ANTOLOGÍA

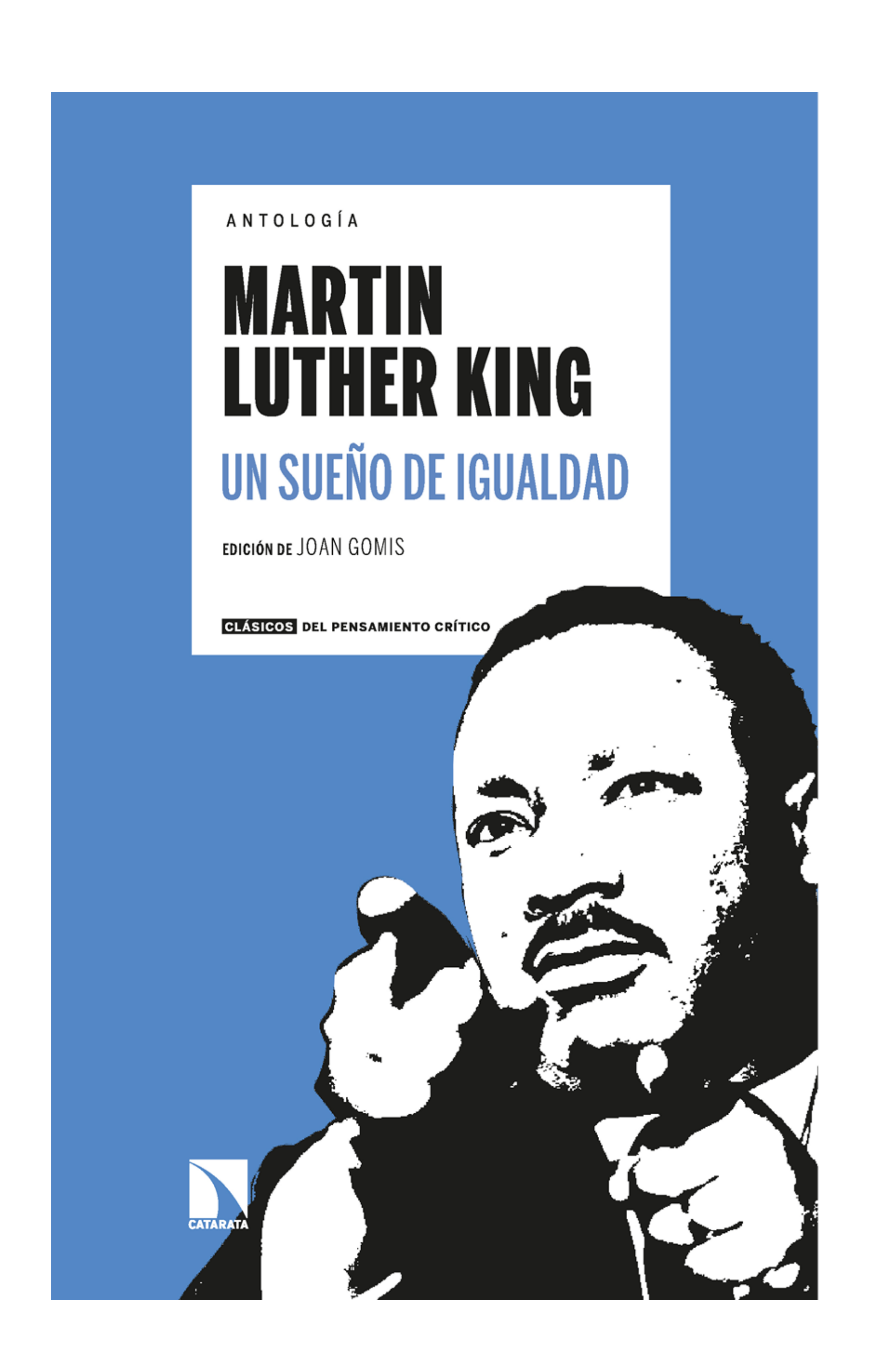
MARTIN LUTHER KING

UN SUEÑO DE IGUALDAD

EDICIÓN DE JOAN GOMIS

CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO CRÍTICO




ANTOLOGÍA
MARTIN LUTHER KING
UN SUEÑO DE IGUALDAD
EDICIÓN DE JOAN GOMIS
CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO CRÍTICO
CATARATA

Índice

Martin Luther King

Un sueño de igualdad

Edición de Joan Gomis



COLECCIÓN CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO CRÍTICO
FUNDADOR: FRANCISCO FERNÁNDEZ BUEY (1943-2012)
DIRECTORES: JORGE RIECHMANN Y CÉSAR DE VICENTE HERNANDO

LOS TÍTULOS QUE INTEGRAN ESTA COLECCIÓN TIENEN UNA ORIENTACIÓN FUNDAMENTALMENTE PEDAGÓGICA. SU OBJETIVO ES ACERCAR AL LECTOR ACTUAL LA OBRA Y EL PENSAMIENTO DE AQUELLOS AUTORES Y AUTORAS QUE HAN DESTACADO EN LA ELABORACIÓN DE UN PENSAMIENTO CRÍTICO A LO LARGO DE LA HISTORIA: ENSEÑAR QUÉ DIMENSIÓN HISTÓRICA TUVIERON Y QUÉ DIMENSIÓN POLÍTICA, SOCIAL Y CULTURAL TIENEN; ENSEÑAR CÓMO SE LEYERON Y CÓMO SE LEEN HOY.

PRIMERA EDICIÓN: NOVIEMBRE DE 2001
SEGUNDA EDICIÓN: OCTUBRE DE 2013
TERCERA EDICIÓN: ENERO DE 2022

FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 05 04
WWW.CATARATA.ORG

UN SUEÑO DE IGUALDAD

ISBNE: 978-84-1352-418-4
ISBN: 978-84-1352-366-8
DEPÓSITO LEGAL: M-689-2022
THEMA: DNT/JBFA/JPWG

INTRODUCCIÓN

JOAN GOMIS

Martin Luther King nació en 1929 en Atlanta, Estados Unidos. Un bisabuelo suyo había sido esclavo en uno de los estados del Sur. En 1865, al final de la guerra de Secesión que enfrentó largamente a esclavistas y antiesclavistas, el presidente Lincoln había abolido la esclavitud. Se calcula que la medida legal liberó a cuatro millones de esclavos negros.

La esclavitud era una de las más viejas y peores realidades de la historia humana, y el núcleo mayor de esclavitud de los tiempos modernos estuvo en las colonias inglesas de América del Norte, hacia donde se había dirigido parte importante del tráfico de negros africanos, y donde los cultivos de algodón y de tabaco fueron el campo de trabajo más importante de los esclavos, junto con las tareas domésticas para las mujeres. Su número había crecido de forma espectacular, pues si a principios del siglo XVII eran muy pocos miles, cien años después los esclavos alcanzaban el millón.

La abolición decretada por Lincoln fue el final legal de la esclavitud, pero no el de la discriminación real, especialmente en los estados del Sur. La gran mayoría de la población negra permaneció en los estratos más pobres de la sociedad. Tenía acceso muy escaso a la instrucción y apenas podía ejercer con normalidad sus derechos civiles más elementales. En el extremo de la violencia racista estaba la sociedad secreta Ku Klux Klan, fundada inmediatamente después de la abolición para oponerse a la emancipación de la población negra. El Ku Klux Klan no se contentaba a menudo con el amedrentamiento, sino que llegaba a la tortura y al asesinato y tuvo sucesivas etapas de renacimiento, de 1915 a 1924 y de 1955 a 1966. Los progresos de la población negra resultaban lentos, difíciles y combatidos.

Especialmente después de la superación rooseveltiana de la gran depresión de 1929 existían, sin embargo, incluso en los estados del Sur, sectores reducidos de población negra

que, aunque estaban sujetos a la discriminación general, habían alcanzado, con mucho esfuerzo, estadios medios de recursos económicos, capacitación profesional y niveles culturales. Entre ellos estaba la familia en la que nació y creció Martin Luther King.

Su padre era pastor de la Iglesia baptista, así como lo habían sido un abuelo y un bisabuelo y lo sería más tarde un hermano de Martin Luther, jr. Su infancia transcurrió bastante protegida, aunque nunca olvidó que, a los catorce años, de vuelta de un concurso escolar en el que obtuvo un premio, fue obligado, junto con la maestra que le acompañaba y a la que quería mucho, a bajar del autobús porque habían subido más pasajeros blancos. Como ambos no obedecían con la rapidez que quería el chófer, este los insultó, llamándolos "negros hijos de perra", y tuvieron que seguir a pie el largo viaje de regreso.

Estudió en escuelas públicas y cursó el bachillerato. Decidió seguir la tradición familiar y prepararse para ser pastor. Estudió en el seminario teológico de Crozier, en Pensilvania, y en la Universidad de Boston. Se licenció y se doctoró. Fue buen estudiante y un lector atento de los teólogos protestantes entonces más destacados, como Paul Tillich o Reinhold Niebuhr. Leyó por primera vez a quien sería uno de sus grandes maestros, Gandhi. Se casó con Coretta Scott y el matrimonio tuvo en años sucesivos cuatro hijos, dos niños y dos niñas. En 1954 aceptó la invitación para ser pastor de la iglesia baptista de la avenida Dexter, en Montgomery, Alabama. Fue en Montgomery donde ocurrió el hecho que había de marcar su vida.

LOS AUTOBUSES DE MONTGOMERY

También ocurrió en un autobús. El 1 de diciembre de 1955 una costurera negra, Rosa Parks, fue invitada a levantarse de los primeros bancos reservados a negros para ceder el sitio a blancos que habían subido. La costurera estaba cansada, se negó y fue arrestada y condenada por violar la ordenanza

municipal de segregación. Como el año antes el Tribunal Supremo había tomado una decisión antisegregacionista que podía ser útil, líderes negros decidieron convertir el caso Parks en un banco de pruebas. En Montgomery se decidió organizar un boicot a los autobuses. Se fundó una asociación y King fue nombrado presidente a sugerencia de su colega Ralph Abernathy, que después sería su segundo y, cuando Martin Luther King fue asesinado, su sucesor.

El nombramiento resultó un acierto memorable. King tenía la preparación adecuada para la tarea: llevaba en su corazón el anhelo para trabajar por los derechos de los negros. Creía en los principios que proclama la Declaración de Independencia de Estados Unidos, conocía las posibilidades y características de las iglesias negras del Sur y lo situaba todo ello en el marco de su creencia fundamental, el cristianismo. No vaciló en aceptar su participación; cuando le propusieron colaborar en la organización de la protesta y el boicot respondió: "Ahora mismo". Resultó además que todo ello podía ser servido por unas cualidades excepcionales de líder que se revelaron entonces.

Una de ellas, que poseía en grado verdaderamente descollante y que le ayudaría sobremanera en su trabajo, era su talento de orador. Este se puso de manifiesto precisamente la noche de su elección como presidente de la Asociación para la Mejora de Montgomery. Tenía que pronunciar un discurso que podía ser decisivo a miles de negros que participaban en el boicot. Apenas tuvo tiempo de preparar el discurso, pero el resultado fue deslumbrante. El auditorio conocía bien el ritmo y características de las homilías de muchos predicadores negros. King recordó que eran ciudadanos estadounidenses y que, como tales, tenían unos derechos. Habló de lo sucedido en el autobús y elogió a Rosa Parks. La muchedumbre participaba como es costumbre entre las comunidades negras y reaccionaba con respuestas sonoras de aprobación.

Luego King continuó su *crescendo*: "Y vosotros sabéis, amigos míos, que llega un momento en el que la gente se

cansa de ser pisoteada por los pies de acero de la opresión. Llega un momento en que la gente se cansa de ser expulsada de la brillante luz de julio de la vida, y de quedarse de pie en medio del frío gélido de un noviembre alpino. Estamos aquí porque ya estamos cansados". Explicó que el boicot rechazaba la violencia y que la única arma contra ella era el amor, y concluyó: "No estamos equivocados en lo que estamos haciendo… Si estamos equivocados… el Tribunal Supremo de esta nación está equivocado… si estamos equivocados, Dios Todopoderoso está equivocado". La multitud prorrumpió en aclamaciones.

Taylor Branch, biógrafo de King, comentaba así el momento:

El boicot estaba en marcha. King trabajaba a su ritmo, pero su oratoria acababa de hacerlo para siempre una figura pública. En los pocos y breves minutos de su primer discurso político, surgió de él un poder de comunicación que hablaba inexorablemente a desconocidos que lo amaban y que lo injuriaban, como a todos los profetas.

El boicot a los autobuses de Montgomery fue un largo combate. Participaron en él cincuenta mil personas. Los adversarios utilizaron todas las armas: amenazas, violencias, arrestos. King fue uno de los detenidos. Llegó a pensar en abandonar, como contó en un emotivo sermón. Los dirigentes del boicot emplearon todo su ingenio para encontrar medios que remediaran la falta de transporte público. Se organizó un servicio de automóviles alternativo. Las autoridades de Montgomery lograron un mandato para suspenderlo. Hubo multitud de ejemplos de valor y solidaridad. Finalmente, después de 381 días, el Tribunal Supremo dictaminó que las leyes de Alabama sobre segregación en los autobuses eran inconstitucionales. La lucha no-violenta de Martin Luther King y los suyos en Montgomery había triunfado. Y la larga y difícil experiencia fue utilísima para King, que había decidido continuar en el camino en el que había entrado un año antes.

La dirección del boicot de Montgomery cambió su vida. Podía haberse dedicado por entero a su feligresía o bien, puesto que tenía condiciones y preparación intelectuales,

podía haber alcanzado algún cargo docente en la universidad. Se convirtió, en cambio, y hasta su muerte, en un líder de dimensión nacional por los derechos civiles de los negros. No dudó en aceptar el camino: "Ahora mismo", había contestado cuando le pidieron que se pusiera en cabeza del boicot. En todo caso, quien parecía encaminarse a ser sobre todo hombre de pensamiento pasó a ser hombre de acción. O, con más precisión, ambas cosas a la vez, pensamiento y acción. Esta es una característica singular de Martin Luther King que le incorpora a la categoría de los seres, lógicamente no demasiado numerosos, que se encuentran cómodos y dan la talla en ambos ámbitos.

King puso los medios para cumplir bien su papel. Participó en la constitución de una nueva organización, la Conferencia de Líderes Cristianos Sureños (CLCS), trabajó en el estudio y la comprensión de la no-violencia gandhiana para aplicarla correctamente y adecuarla con imaginación a las circunstancias de su país. Viajó a Ghana y a la India, donde mantuvo conversaciones útiles con los dos famosos líderes de estos países, Kwame Nkrumah y Jawaharlal Nehru. Empezó a dirigirse directamente con sus peticiones a los dirigentes nacionales más destacados: el presidente Eisenhower y el vicepresidente Nixon; participó en acciones no-violentas en diversos lugares, fue amenazado, sufrió atentados que le pusieron a las puertas de la muerte y volvió a la cárcel.

Al despedirse de su comunidad de Montgomery, a la que había ido reduciendo su dedicación, y pasar a la iglesia baptista de Ebenezer, donde trabajaría junto a su padre, se despidió conmovido hasta las lágrimas de la que había sido su feligresía con estas palabras: "Ya no puedo parar. La historia ha puesto sobre mis hombros algo a lo que no me puedo negar". Ya no paró en aquella lucha por los derechos de la población negra, que era entonces aproximadamente de 720 millones personas, un 10 por ciento de la población total.

Durante los años de presidencia de John Fitzgerald Kennedy, King desarrolló una actividad continuada y

enérgica, realmente asombrosa. Viajó 440.000 kilómetros y pronunció más de 350 discursos. Trabajó para cohesionar y fortalecer la CLCS que dirigía y trató de establecer y mantener buenas relaciones con organizaciones parecidas, activas o interesadas en la defensa de los derechos civiles de los negros. Como todo líder, necesitaba tener una base de apoyo, cuanto más amplia y sólida mejor. En su caso había sido sobre todo la población negra del Sur, especialmente la cristiana, que conocía bien y con la que le resultaba fácil comunicar.

Pero para este sector era también una gran novedad la estrategia de campañas no-violentas continuadas que sucedían a la habitual resignación, puntuada por ocasionales brotes de violencia en la respuesta a la opresión. Y no solo había que cuidar la base, sino procurar ampliarla. Habían aparecido por otra parte sectores negros contrarios a la no-violencia, que denunciaban como contemporadizadora e inútil. Había grupos caracterizados en esta posición, que se oponían a King y que constituyeron los Musulmanes Negros, que se incorporaban a la religión islámica y cuyo líder era Malcom X, más tarde también asesinado.

Las tareas de King incluían un abanico muy abierto, y aunque tenía colaboradores numerosos y decididos, no había ninguno que pudiera sustituirlo al frente del movimiento de protesta. Por eso las tareas de King incluían también las organizativas y más aún las administrativas, para las que no tenía afición ni talento especial. Una de las preocupaciones de las campañas era la económica. La base del movimiento era muy modesta en este sentido, y aunque el voluntariado ocupaba un lugar esencial, no todo podía ser voluntariado y, lógicamente, había gastos. Uno de estos era tener dinero para pagar las fianzas con las que los detenidos pudieran salir de la cárcel. Esto fue realmente importante en Birmingham, donde se había decidido que las detenciones numerosas de activistas negros eran un buen medio de presión. Hubo que buscar fuera donativos importantes de simpatizantes adinerados que permitieran seguir. Uno de ellos fue del

famoso artista negro Harry Belafonte.

Fue en el año 1963 cuando King desarrolló algunas de sus acciones más espectaculares: la primera fue en Birmingham, la mayor ciudad industrial del Sur. En ella la discriminación era feroz: escuelas, parques, iglesias, almacenes, *snacks-bar*, oportunidades laborales, comedores y simples lavabos eran lugares no integrados en los que la población negra estaba discriminada. Además, el comisario de policía de la ciudad, Eugene *Bull* Connor, era famoso por su conducta durísima contra la población negra y no dudaba en lanzar los perros policía sobre ella. Pronto habría elecciones en el municipio y una de las tentativas era que Bull Connor saliera derrotado, como así sucedió finalmente.

Fue en Birmingham donde King y los suyos realizaron grandes acciones en marzo, abril y mayo de 1963. Otras organizaciones semejantes les habían preparado el terreno en 1962, y la primavera de 1963 vivió dramáticos enfrentamientos entre autoridades y sectores racistas y el movimiento negro de protesta no-violenta. Los acontecimientos fueron seguidos cada vez con mayor interés por una opinión pública al mismo tiempo sorprendida y dividida.

Martin Luther King, como otros muchos negros, fue a parar a la cárcel. Fue desde allí donde escribió unas de sus páginas más significativas y conocidas. Se había publicado un artículo periodístico titulado "Clérigos blancos instan a los negros locales a que abandonen las manifestaciones". Eran acusaciones muy peligrosas para King y los suyos. Se trataba de conocidos clérigos de diversas confesiones, cristianos y judíos, que denunciaban la acción de King como propia de alborotadores impacientes y peligrosos y que, bajo capa de ponderación, imparcialidad y buen sentido, era una desautorización que podía influir en amplias capas de gentes ya inclinadas a desconfiar de las reivindicaciones organizadas en favor de los derechos civiles de la población negra.

King se aplicó, pues, en la respuesta en circunstancias difíciles como eran las de la cárcel. El resultado fue excelente. Defendía con vigor y lucidez la necesidad de acciones públicas contra la discriminación, describía su carácter no-violento y rechazaba las absurdas acusaciones de aquellos clérigos sobre la inconveniencia y peligrosidad de los métodos pacíficos, establecía las razones cristianas de aquellas conductas y, finalmente, lamentaba la actuación de muchos cristianos blancos moderados con respecto a las acciones en favor de la población negra. Era uno de los textos más brillantes y elocuentes de King, y sin duda tuvo su influencia en la decisión de sectores blancos diversos para evolucionar en su apoyo.

La "Carta desde la cárcel de Birmingham" tuvo amplia difusión y luego fue recogida en uno de los libros de King, *Porque no podemos esperar*. Este fragmento resume con viva expresividad sus razones dirigidas a aquellos clérigos y sacerdotes pero también a toda la opinión pública de Estados Unidos:

> Hemos esperado durante más de 340 años a usar nuestros derechos constitucionales y otorgados por Dios. Las naciones de África y Asia se dirigen a velocidad supersónica a la conquista de su independencia política, pero nosotros estamos todavía arrastrándonos por un camino de herradura que llevará a la conquista de un tazón de café en el mostrador de los almacenes. Es posible que resulte fácil decir "Espera" para quienes no sintieron nunca en sus carnes los acerados dardos de la segregación. Pero cuando se ha visto cómo muchedumbres enardecidas linchaban a su antojo a madres y padres, y ahogaban a hermanas y hermanos por puro capricho, cuando se ha visto cómo policías rebosantes de odio insultaban a los nuestros, cómo maltrataban e incluso mataban a nuestros hermanos y hermanas negros; cuando se ve a la gran mayoría de nuestros veinte millones de hermanos negros asfixiarse en la mazmorra sin aire de la pobreza en medio de una sociedad opulenta; cuando, de pronto, se queda uno con la lengua torcida; cuando balbucea al tratar de explicar a su hija de seis años por qué no puede ir al parque público de atracciones recién anunciado en la televisión, y ve cómo se le saltan las lágrimas cuando se le dice que el "Parque de las Maravillas" está vedado a los niños de color; y cuando observa que los ominosos nubarrones de la inferioridad empiezan a enturbiar su pequeño cielo mental, y cómo empieza a deformar su personalidad dando cauce a un inconsciente resentimiento hacia los blancos [...] entonces se comprende por qué nos parece tan difícil esperar.

Las acciones en Birmingham podían parecer que perseguían resultados menores, y así lo decía el mismo King,

como que los negros no fueran discriminados en los mostradores de los *snack-bar* de Birmingham para tomar un café, pero el conjunto de todas aquellas acciones y su eco fueron relevantes. Lo patentizaron, por ejemplo, que Robert Kennedy, ministro de Justicia, se interesara por el encarcelamiento de Martin Luther King, y que el propio presidente Kennedy telefoneara a la esposa del detenido, Coretta, para mostrarle su simpatía. Ambas cuestiones demostraron que en el más alto nivel del poder se era consciente de que no se podía permanecer públicamente indiferente ante las campañas de King y los suyos, y los dos grandes partidos podían tener el voto negro.

Por otra parte la campaña en Birmingham colaboró a lograr el objetivo de que el Congreso presentara un vigoroso proyecto de ley de derechos civiles, que sería aprobado el año siguiente. En la presión al Congreso logró gran importancia otro acontecimiento en la secuela de Birminghham, que tuvo lugar aquel verano y que alcanzó difusión internacional y contribuyó a lanzar a King hacia la cima de su popularidad. Fue la Marcha sobre Washington del 28 de agosto de 1963.

'YO TENGO UN SUEÑO'

Es difícil cifrar de modo fidedigno la participación en movimientos de masa parecidos, pero puede decirse que la Marcha sobre Washington sobrepasó largamente las doscientas mil personas y que la cifra que normalmente se dio era la de doscientas cincuenta mil. En cualquier caso significó una enorme movilización de asociaciones y voluntades, y unió a negros y blancos. La audiencia televisiva que tuvo el acto final es todavía más difícil de cifrar, pero se podría hablar de millones. Era la primera protesta a escala nacional parecida que hubo en los Estados Unidos, y pretendía fundamentalmente una presión de la opinión pública al Congreso y al presidente Kennedy para aprobar la ley sobre el derecho de voto de los negros, fin de la segregación en los servicios públicos y otros temas

semejantes en los que King venía trabajando desde hacía años.

Se había previsto la intervención de varios oradores en la escalinata del Lincoln Memorial. Como deferencia a King y reconocimiento de que era el verdadero líder de la acción, se le había reservado el último lugar de lista de los oradores. Se le otorgaron ocho minutos. Era una intervención de importancia extraordinaria y King estuvo a la altura de las circunstancias. Su discurso ha pasado a la historia con el título de "Tengo un sueño", muchas veces imitado luego.

Empezó con sus habituales elogios a la Constitución y a la Declaración de Independencia de la nación, pero añadió que a los cien años de la Declaración de emancipación los negros todavía no eran libres. Comparó la defraudación de aquel compromiso con un cheque sin fondos que aún no había sido pagado. "No habrá calma ni tranquilidad en América hasta que se garanticen a los negros sus derechos de ciudadanía". Después de recordar que aquella lucha no podía degenerar en violencia física hizo su llamamiento a la esperanza en los triunfos futuros. Eran los párrafos más inspirados del parlamento, los que han quedado en el recuerdo colectivo y son historia.

> Volved a Mississippi, volved a Alabama, volved a Georgia, volved a Luisiana, volved a los suburbios y guetos de nuestras ciudades norteñas, sabiendo que de algún modo esta situación puede cambiar y cambiará. No entremos en el valle de la desesperación.
>
> Hoy os digo, amigos míos, que a pesar de las dificultades y frustraciones del momento, yo todavía tengo un sueño. Es un sueño profundamente enraizado en el sueño americano.
>
> Tengo el sueño de que un día esta nación se levantará y hará revivir el verdadero significado de su credo: Consideramos que estas verdades son evidentes: todos los hombres han sido creados iguales.
>
> Tengo el sueño de que un día, en las rojas colinas de Georgia, los hijos de los antiguos esclavos y los hijos de antiguos propietarios de esclavos se sentarán juntos en la mesa de la hermandad.

King continuó con su *ritornello* de "Yo tengo un sueño". Prosiguió: "Esta es nuestra esperanza. Esta es nuestra fe con la que regreso al Sur". En la última parte del parlamento,

también formalmente construida sobre las repeticiones que el orador dominaba, la gran palabra era "libertad". Deseó que a todos les llamara la libertad desde todas las montañas y colinas, desde todas las ciudades y estados. "Entonces podremos hacer emerger el día en que todos los hijos de Dios, hombres negros y hombres blancos, judíos y gentiles, protestantes y católicos, podremos unir nuestras manos y cantar las palabras del viejo negro espiritual: ¡Libres al fin! ¡Libres al fin! ¡Gracias a Dios Todopoderoso, somos libres al fin!". Así terminaba el discurso de Martin Luther King. Era, por supuesto, una magnífica pieza oratoria, que decía lo que debía decir y lo hacía de modo elevado, atractivo y personal. Si a esto unimos el dominio de un orador de mucho talento y experiencia, el ambiente que se había creado y los gritos y aclamaciones que acompañaban las palabras de King, se comprende el éxito del parlamento y el que, aún hoy, escuchar una grabación del acto y la repetición de los "I have a dream" acompañados por los apoyos sonoros y entusiastas de la multitud sea algo inolvidable que pone la piel de gallina.

El éxito fue inmediato y coronó la marcha sobre Washington. El presidente Kennedy, al recibir enseguida a King en la Casa Blanca, repitió la frase que este acababa de hacer famosa: "Yo tengo un sueño". El prestigioso periodista James Restori escribía en el *New York Times* del día siguiente:

> Pasará mucho tiempo antes de que Washington olvide la voz melodiosa y melancólica del reverendo doctor Martin Luther King, junior, gritando sus sueños a la multitud… El doctor King tocó todos los temas del día, solo que lo hizo mejor que nadie. Estuvo lleno del simbolismo de Lincoln y de Gandhi, y de las cadencias de la Biblia. Estuvo combativo y triste, y despidió a la muchedumbre dejándola con la sensación de que el largo viaje había merecido la pena.

CONTINUIDAD EN LA ENTREGA

Hasta la concesión del Premio Nobel de la Paz en octubre de 1964, pareció que King había alcanzado un amplio consenso de reconocimiento, aunque no sin que aparecieran nubes precursoras de tormentas. En noviembre de 1963 el

presidente Kennedy fue asesinado en Dallas. Al conocer la noticia, King dijo simplemente: "Eso me va a suceder a mí". No era sorprendente que lo temiera. Desde los días del boicot de autobuses en Montgomery soportaba amenazas, algunos atentados con bomba y otro con un pisapapeles como puñal en la espalda que le tuvo a las puertas de la muerte. Además había un hosco ambiente de violencia: no eran pocos los asesinatos de negros y de algunos blancos simpatizantes, o las amenazas de asesinato. Bastantes veces King hablaba de un posible atentado del que sería víctima.

Pero en el claroscuro de este panorama vivía momentos de gratificación e incluso de euforia. El semanario *Time* lo escogió "hombre del año", distinción muy apreciada, y luego fue galardonado con el Nobel de la Paz, lo que significaba un reconocimiento excepcional para un negro americano. De nieto de esclavos a premio nobel.

En el discurso que King pronunció el 10 de diciembre de 1964 en Oslo como aceptación del Nobel puede rastrearse la simultaneidad de dos sentimientos. Por una parte, la confianza en el progreso de los derechos civiles para la población negra, en el avance de la no-violencia como respuesta a la opresión, en un posible horizonte mundial de desarme y de paz que recordara las palabras bíblicas: "Y el león y el cordero yacerán juntos y cada hombre reposará bajo su propia vid y su higuera y ninguno de ellos tendrá miedo". Pero, por otra parte, parecen descubrirse algunas vacilaciones o dudas en su habitual negativa a aceptar la desesperación.

El día anterior al discurso del Nobel, y también algo antes, había habido en el estado de Mississippi nuevos estallidos de violencia contra los negros y contra aquellos que no aceptaban la segregación, y había en el mundo otros indicios de "la tenebrosa noche del racismo y de la guerra". King aceptaba el Nobel en nombre de "todos los hombres que aman la paz y la hermandad". Afirmaba que "todavía queda esperanza para un mañana más luminoso". Pero no se mostraba ignorante ni menospreciador de las amenazas, y

estas sombras se proyectaban en lo que era un día de gloria y de triunfo.

Según Howard Gardner, autor de un excelente estudio sobre King en su libro *Mentes líderes*, los últimos años de la vida del pastor negro significaron cambios con respecto al tiempo que se inició con su lucha en Montgomery. Como causas apunta las siguientes. Durante aquellos años del mandato del presidente Johnson fueron aprobadas diversas leyes de derechos civiles. Pero al mismo tiempo hubo disturbios sangrientos en diversas ciudades, relacionados con la opresión de población negra marginada. Los negros partidarios de la violencia atacaban los métodos pacíficos de King y muchos blancos los creían también insuficientes o inútiles.

Según Gardner, el intento de King de organizar también sus acciones en el Norte, no solo sobre cuestiones de discriminación racial, sino sobre problemas de pobreza y de injusticia económica, que por supuesto no había olvidado anteriormente ya que estaban en el corazón del panorama, no tuvo éxito en algunas iniciativas, sobre todo en Chicago. Seguramente le era más difícil trabajar en el Norte que en aquel Sur que conocía tan bien.

Eran además los años del crecimiento de la guerra de Vietnam. Con muestra de su habitual lucidez y valor, Martin Luther King no rehuyó enfrentarse a la guerra de modo categórico, como atestiguan estos párrafos de un sermón de abril de 1967:

> Hemos destruido sus dos instituciones más queridas: la familia y el pueblo. Hemos destruido sus campos y sus cosechas. Hemos cooperado en el aplastamiento de la única fuerza revolucionaria no comunista de la nación: la Iglesia budista unificada. Hemos apoyado a los enemigos de los campesinos de Saigón. Hemos corrompido a sus mujeres y sus hijos y matado sus hombres. ¡Qué liberadores…! ¿Qué piensan cuando probamos nuestras armas más recientes en su tierra, lo mismo que los alemanes probaron nuevas medidas y nuevas torturas en los campos de concentración de Europa?

Gardner aventura que las intervenciones de King sobre la guerra de Vietnam le alejaban de una buena parte de su público tradicional, menos interesado en los problemas de

política exterior que en sus propias dificultades diarias. Lo que sí es indudable es que la actitud de King ante la guerra de Vietnam le valió la enemistad creciente de los círculos oficiales y de los sectores más conservadores. El FBI ya había investigado su vida durante años, buscando hechos que le desprestigiaran.

Se le había acusado de estar bajo la influencia e incluso el dominio del partido comunista, de haberse enriquecido con su movimiento por los derechos civiles o de llevar una vida sexual licenciosa. Ahora redoblaban las investigaciones y las acusaciones. El FBI incluso llegó a investigar los trabajos universitarios de King, para concluir que en su tesis de licenciatura había más inspiraciones ajenas de lo que era normal. Dicho más claramente, que era un plagiario.

Los ataques de diverso tipo no eran ninguna novedad en la vida de King, y son habituales contra los líderes polémicos y combatidos. Pero tal vez pudieron influir en una evolución hacia posiciones que pueden considerarse más radicales o de mayor amplitud en sus propuestas de cambio. Son muestra de ello estas palabras suyas: "Durante años, me afané con la idea de reformar las instituciones existentes de la sociedad, un pequeño cambio aquí, un pequeño cambio allá. Ahora pienso de manera muy diferente. Creo que se ha de conseguir una reconstrucción de la sociedad entera, una revolución de valores". Pero ya en 1963 había rechazado "tomar la medicina tranquilizante del gradualismo".

Evidentemente el King de esta última etapa seguía siendo fiel a las reivindicaciones de derechos civiles y a la no-violencia, y a la coherencia entre pensamiento y práctica. "Nuestro programa de acción directa no-violenta —decía en una entrevista— continuará, hasta que los últimos que imponen esta injusticia a los negros sean obligados a negociar, hasta que, finalmente, el negro conquiste las protecciones de la Constitución que le han sido negadas, hasta que la sociedad, por fin, contraiga gloriosa e incurablemente la ceguera ante el color de los hombres".

Si a veces los ataques crecían, también había aumentado

su prestigio como líder reconocido internacionalmente y su participación en iniciativas fuera de Estados Unidos, como en la Conferencia "Pacem in Terris" celebrada en Ginebra en 1967. Estaba, pues, en un momento de joven madurez que fue quebrado súbitamente el 4 de abril de 1968, en Memphis. King había ido a la ciudad para apoyar una huelga de basureros. Aquella noche dijo a sus compañeros:

> Tenemos unos días difíciles por delante. Pero no importa ya lo que me pase. Porque he estado en la montaña… y he visto la tierra prometida. Puede que no entre en ella con vosotros, pero esta noche quiero que sepáis que nosotros, como pueblo, entraremos en la tierra prometida.

Apenas un día después, cuando King estaba en el balcón de un motel en Memphis, un tiro cruzó las sombras y acabó con su vida. Tenía treinta y nueve años. Las circunstancias del asesinato aún son confusas. James Earl Ray, de quien se dijo que era un pistolero loco y un vagabundo de derechas, fue detenido. Confesó su culpabilidad. Fue condenado a 99 años de cárcel. En 1970 Ray se desdijo, aseguró que era inocente, víctima de una conjura y pidió ser juzgado. No lo consiguió. En 1998 murió en la cárcel, asegurando siempre su inocencia.

La familia King no creyó la versión oficial de los hechos y demandó a Lloyd Jowers, propietario del modesto restaurante, el Jim's Grill, que estaba delante del motel y de donde salió el disparo. En diciembre de 1999 un tribunal de Memphis dictó una sentencia según la cual King no fue asesinado por un pistolero solitario sino que fue víctima de una conspiración en la que Jowers y otros, incluyendo "agencias gubernamentales", urdieron el asesinato. Jowers tenía 73 años en la fecha de la sentencia, y estaba tan enfermo que no pudo testificar en el juicio. Según el abogado William Pepper, participaron en la conjura que llevó al asesinato el Gobierno, la CIA, el Ejército y algunos órganos de prensa. Dijo que la oposición de Martin Luther King a la guerra de Vietnam determinó que alguien dijera "basta".

La viuda de King declaró que ella y la familia confiaban en que continuara el esclarecimiento del asunto, puesto que el

veredicto solo mencionaba a Jowers. No se sabe si el caso será realmente aclarado o si el asesinato de Martin Luther King será, como otros famosos, objeto de polémica desgastada por el tiempo y nunca esclarecido por completo.

LAS RAZONES DE UNA LUCHA

Siempre existen unas motivaciones. Y más en una vida tan entregada y, pese a la relativa brevedad de su actuación pública, tan verdaderamente desbordante de tareas como fue la de Martin Luther King. Hay una primera motivación obvia: King conoció desde siempre la discriminación que sufría la población negra y, aun cuando vivía en una situación de relativa protección si se la comparaba con muchos otros niños negros de la nación en la época, la padeció personalmente. Era muchos años antes de que se abriera paso en Estados Unidos la actual expresión "políticamente correcta" de hablar de "afroamericanos" al referirse a la población negra.

Por otra parte, la principal influencia intelectual y sentimental de su vida favorecía su entrega a la causa de la defensa de los derechos civiles de los negros. Esta influencia fue el cristianismo. Evidentemente, ha habido y hay muchos cristianismos, a veces incluso opuestos entre sí, pero es indudable que una de las columnas sólidas de lo que podemos considerar un cristianismo auténtico es la afirmación de la igualdad fundamental de los seres humanos. El cristianismo en el que se integró King pertenecía a esta gran corriente. Es seguro que influyó en su opción el que este cristianismo favoreciera poderosamente su lucha por la igualdad de las razas: ¿qué argumentos más consistentes podía encontrar para defender la dignidad de los negros?

Es sobradamente sabido que el cristianismo ha sido utilizado por unos fieles suyos como elemento de resignación y conformidad mientras que otros lo han empleado como instrumento de transformación de la sociedad o de unos aspectos suyos. No se trata aquí de dar los innumerables

ejemplos históricos que por otra parte son bien conocidos. Lo que importa ahora es que la visión de King es la del cristianismo como elemento transformador o de progreso. La carta a sacerdotes y dirigentes religiosos escrita desde la cárcel de Birmingham es una buena muestra de ello. Los que llama dirigentes de los blancos cristianos moderados, y que dice que le han defraudado tanto, serían modelos del cristianismo que, al fin y al cabo, apoya el desorden establecido y busca toda clase de argumentos para frenar y, si es preciso, abortar todo inconformismo, denuncia, protesta o rebelión, en este caso respecto a las justas reivindicaciones de la población negra largamente discriminada.

El cristianismo de King es bien diferente, y le impulsa y fortalece en la lucha por una efectiva igualdad entre todos los seres humanos, sea cual sea el color de su piel. King es consciente de que no todos los cristianos piensan así, ni tampoco todas las Iglesias, y en la carta citada lo desarrolla de modo elocuente y reafirma el partido que tomó. "Sí, amo a la Iglesia. ¿Cómo no iba a ser así? Me encuentro en la situación frecuente de ser hijo, nieto y bisnieto de predicadores. Sí, la Iglesia es para mí el cuerpo de Cristo. Mas, ¡ay!, cómo hemos envilecido este cuerpo con la negligencia social y con el temor de convertirnos en posibles miembros disconformes". El tipo de opción cristiana de King está claro, y fue explícito en sus libros y en sus discursos y sermones.

El segundo motor del pensamiento y de la acción de King hay que buscarlo en lo que se llama tantas veces, y él también lo hacía, "el sueño americano". A menudo se refiere con admiración y afecto a la Constitución y a la Declaración de Independencia. El sueño americano tiene sus orígenes, en especial la Ilustración del diecinueve que llevó a la Revolución francesa y a la americana y, en definitiva, a la democracia política. El marco era la creencia en la igualdad de todos los humanos y en la necesidad y posibilidad de hacerla efectiva. A menudo había en estos planteamientos alguna influencia del cristianismo, y esta resulta más explícita y menos combatida en América del Norte que en

Europa.

Martin Luther King es un creyente apasionado en el sueño americano y en la posibilidad de que se realice. Por supuesto, no ignora que muchas veces el sueño quedó en ilusión y que en la realidad americana era frecuente su negación. Y el ejemplo que tiene más cerca y le hiere más es la segregación de los negros. Pero eso no le hace vacilar sobre el acierto de los principios ni, como es propio de los reformadores, en la confianza de que puede ir llegándose a una realización siempre más efectiva. El sueño americano es el sueño de Martin Luther King. Incluso el que es en cierto modo un aspecto más trivial del sueño, la posibilidad de progresar individual y espectacularmente, se vio cumplida en él: si el tópico dice "de vendedor de periódicos a millonario", para King la realidad de aquel progreso individual podría formularse así: "de predicador negro a Premio Nobel de la Paz".

Un párrafo elocuente de los escritos de King se refiere a este doble motor, el cristianismo y la democracia en su versión americana: afirma que llegará el día en que se reconocerá que los esfuerzos de los negros para su integración "estaban, de hecho, defendiendo lo mejor del sueño americano y los valores más sagrados de nuestro legado judeo-cristiano, reconduciendo así nuestra nación a los grandes pozos de la democracia, profundamente cavados por los padres de la nación norteamericana en su formulación de la Constitución y de la Declaración de Independencia".

King no solo es creyente en el sueño americano, sino que su retórica pertenece a la retórica americana en su versión liberal. Esta retórica, seguramente nacida en Jefferson y que se puede encontrar incluso en muchas películas de Hollywood, tiene muchos ejemplos, de calidad por supuesto muy diversa. En tiempos de King hubo un ejemplo que se hizo famoso de esta retórica: los discursos del presidente Kennedy —o de quienes se los escribieron, especialmente Theodore Sorensent—. La retórica de King está, con acentos

personales, en esta corriente, y es una retórica a menudo hermosa y comunicativa que tuvo su sitio evidente en la irradiación del líder negro y en sus éxitos. Fue un factor que sería equivocado olvidar.

Hay un tercer gran elemento en el mensaje de King, en su pensamiento y en su acción. Es la no-violencia. Como estudiante curioso y abierto, fue influido por la lectura de Gandhi, en un tiempo en que Gandhi no era leído más que por minorías inquietas y sensibilizadas. Gandhi le causó una enorme impresión y siempre le fue fiel. King encarnó la no-violencia en las circunstancias de los Estados Unidos de mediados del siglo XX, y la prueba de que el pensamiento y la acción gandhianas no eran una extravagancia de un hindú que no podía tener aplicación en ningún otro tiempo ni lugar. Es seguramente una de las mayores aportaciones de King. Si Gandhi fue el creador y primer protagonista de la no-violencia, King fue el primer seguidor que desarrolló teoría y práctica de modo sistemático, decidido, inteligente y creativo. Hubo otros no-violentos, y después ha habido más, pero pese a todas sus cualidades ninguna ha alcanzado por ahora el nivel de la acción, eco y resultados de King.

Él creía en la no-violencia. Como Gandhi, también había en esta creencia y esta práctica una raíz religiosa —parcialmente cristiana en Gandhi, enteramente en King—. Como Gandhi, su utilización tenía como fundamento no ya los posibles logros, sino el respeto al ser humano que le movía a utilizar estos procedimientos de lucha. Como Gandhi, era de imaginación fértil, de enorme tenacidad para buscar modos y caminos de utilización y de gran valentía para no arredrarse. Como Gandhi con multitudes hindúes sin preparación específica para la no-violencia, King alcanzó excelentes resultados con muchedumbres negras parecidamente poco preparadas. Ambos demostraron con ella sus cualidades de líderes.

La combinación de los tres elementos mencionados es la que da personalidad a la aportación intelectual de King. Además, una característica singular suya, en la que reside

buena parte de los logros que alcanzó, fue no ser solo un hombre de acción, sino también un teórico. Sus libros *La fuerza de amar, Los viajeros de la libertad, Porque no podemos esperar, Hacia dónde vamos: ¿caos o comunidad?*, sus discursos y sermones revelan un hombre de preparación sólida y notables facultades intelectuales. Fue alguien de pensamiento encarnado. Y la consistencia de pensamiento y la lucidez de su crítica fueron utilizadas por una persona que se reveló con excepcionales condiciones de hombre de acción hasta ser un verdadero líder, tanto en la visión de las acciones a acometer como en la decisión, constancia y habilidad para realizarlas, como las cualidades de gestor, de conductor de seguidores y de negociador. A veces recuerda la famosa frase de Gandhi cuando este decía que había descubierto la belleza del compromiso.

Si a ello se suma su coherencia ética entre principios y conducta en su lucha por la integración de la población negra, y su enorme entrega a la que fue la tarea de su vida, no será nada difícil dar a Martin Luther King el lugar que le corresponde en la historia de la promoción y defensa de los derechos humanos y en el progreso hacia horizontes de mayor justicia y de mayor libertad. No es fácil valorar con precisión los éxitos y las limitaciones de vidas parecidas. Es indudable que King ha contribuido muy vigorosamente a un avance poderoso en el reconocimiento efectivo de los derechos civiles de los negros en Estados Unidos, por mucho que falte aún para que sea pleno. Los progresos de un cierto volumen en estos campos no se alcanzan nunca de una vez ni enteramente. Así en este caso. Es indudable también que ha sido un líder mundial y un ejemplo memorable en la lucha contra el racismo. Es verdad que ni la CLCS, la organización que fundó, ni los sucesores que tuvo estuvieron a tanta altura, pero es habitual que los hombres extraordinarios no tengan sucesores igualmente extraordinarios. Una vez dijo en una entrevista:

Nunca olvidaré un momento en Birmingham cuando un policía blanco se acercó a una niñita negra que marchaba en una manifestación con su madre: "¿Qué quieres tú?", le preguntó con aspereza. La niñita le miró directamente a los ojos y

le contestó: "Libetá". Ni siquiera podía pronunciar bien la palabra, pero sabía lo que significaba. ¡Fue algo hermoso!

La decisión, originalidad, valor y constancia de la entrega de Martin Luther King para que fuera realidad su sueño de igualdad racial fue algo hermoso. No será olvidado.

MARTIN LUTHER KING JR. Y SU TIEMPO*

1929 El 15 de enero Michael King Jr. (su nombre antes de pasar a llamarse Martin Luther King Jr.) nace en Atlanta, hijo de Alberta Christine Williams King y Martin Luther King Sr., dos figuras destacadas de la Iglesia Bautista y el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos.

El 24 de octubre una especulación descontrolada da inicio a la caída de la Bolsa de Nueva York, desembocando en el Crac del 29, *el catastrófico desplome del mercado de valores que marca el inicio de la Gran Depresión*.

1932 *El candidato demócrata Franklin D. Roosevelt derrota de forma aplastante a Herbert Hoover en las elecciones presidenciales de Estados Unidos. Frente a la crisis económica, su legislatura promoverá el programa de reformas legislativas conocido como* New Deal.

1935 *El 19 de marzo 10.000 negros arrasan las calles de Harlem y destruyen las propiedades de los comerciantes blancos. Se enviaron 700 policías para restablecer el orden y dos negros resultaron muertos. Por aquel entonces, y a pesar de todas las reformas del New Deal, en el Harlem negro habitaban 233 personas por cada media hectárea, unas 10.000 familias residían en sótanos y bajos infestados de ratas, la mitad de las mujeres casadas trabajaban como empleadas domésticas y en el hospital morían proporcionalmente el doble de personas que en el*

Centro Hospitalario de Bellevue, que se encontraba en el núcleo blanco de la ciudad.

1944 El 20 de septiembre Luther King Jr. se matricula en el Morehouse College, tras aprobar el examen de ingreso a los 15 años.

1946 El 6 de agosto el *Atlanta Constitution* publica la carta de King al director en la que afirma que los negros "tienen derecho a los derechos y oportunidades básicos de los ciudadanos estadounidenses".

1948 El 25 de febrero Luther King Jr. es nombrado pastor asistente de la iglesia bautista Ebenezer de Atlanta.

1948-1951 Luther King Jr. cursa la Licenciatura de Teología en el Crozer Theological Seminary de Chester, Pensilvania, obteniendo el grado de "Bachelor" el 12 de junio de 1951.

1953 El 18 de junio Luther King Jr. y Coretta Scott (en adelante Coretta Scott King) se casan en la casa de los Scott cerca de Marion, Alabama.

1954 El 1 de septiembre King comienza su labor como pastor en la iglesia bautista de la Avenida Dexter en Montgomery, Alabama. *Este mismo año el Tribunal Supremo abole la doctrina "iguales, pero separados", y la noticia de que el Gobierno estadounidense ha ilegalizado la segregación racial da la vuelta al mundo.*

1955 *El 1 de diciembre Rosa Parks es detenida por negarse a*

abandonar su asiento y pasar a la parte trasera de un autobús urbano en Montgomery para dejar paso a un pasajero blanco. Jo Ann Robinson y otros miembros del Consejo Político de Mujeres mimetizan miles de folletos en los que se pide un boicot de un día a los autobuses de la ciudad el lunes 5 de diciembre.

El 5 de diciembre, en una reunión masiva en la iglesia baptista de Holt Street, se forma la Montgomery Improvement Association (MIA) y Luther King Jr. se convierte en su presidente.

1956 El 30 de enero, mientras Luther King Jr. habla en una reunión, su casa es bombardeada. Será una de las represalias de la ciudad ante el boicot a los autobuses urbanos. Se llevó a juicio a 100 líderes del boicot y muchos de ellos fueron a la cárcel. Los segregacionistas blancos recurrieron a la violencia y cuatro bombas explosionaron en iglesias negras. Además del bombardeo, dispararon con una escopeta a través de la puerta de entrada de la casa de Luther King Jr., pero, a pesar de la violencia, los negros de Montgomery se mantuvieron firmes. *El 13 de noviembre de 1956 el Tribunal Supremo declara inconstitucionales las leyes de segregación en los autobuses de Montgomery y Alabama*.

1957 *Los días 10 y 11 de enero los ministros negros del sur se reúnen en Atlanta para compartir estrategias en la lucha contra la segregación*. Luther King Jr. es nombrado presidente de la Conferencia de Líderes Negros del Sur sobre el Transporte y la Integración No Violenta (más tarde conocida como Conferencia de Liderazgo Cristiano del Sur).

El 17 de mayo, en el Lincoln Memorial de Washington D. C., Luther King Jr. pronuncia su primer discurso nacional, "Give Us the Ballot", en la Peregrinación de la

Oración por la Libertad.

1958 El 17 de septiembre se publica el primer libro de Luther King Jr., *Stride Toward Freedom: The Montgomery Story*.

El 20 de septiembre, durante una firma de libros en los almacenes Blumstein's de Harlem, Luther King Jr. es apuñalado por Izola Ware Curry. Es trasladado al hospital de Harlem, donde un equipo de médicos le extrae con éxito un abrecartas de siete pulgadas del pecho.

1959 El 3 de febrero Luther King Jr. se embarca en una visita de un mes a la India, donde se reúne con el primer ministro Jawaharlal Nehru y con muchos de los seguidores de Gandhi.

1960 El 1 de febrero Luther King Jr. se traslada de Montgomery a Atlanta para dedicar más tiempo a la Conferencia de Liderazgo Cristiano del Sur y a la lucha por la libertad. *El mismo día, cuatro estudiantes de una universidad de Greensboro, Carolina del Norte, decidieron sentarse a la barra del restaurante Woolworth, en el que solo comían los blancos. No se les sirvió y, cuando aun así decidieron quedarse, el restaurante cerró sus puertas. Al día siguiente regresaron y poco a poco otros negros fueron a sentarse en silencio frente a la barra. Durante los siguientes doce meses más de 50.000 personas, en su mayoría negras, participaron en algún tipo de manifestación en más de 100 ciudades y fueron encarceladas más de 3.600. A finales de 1960, en las cafeterías de Greensboro y muchas otras poblaciones se servía comida a los negros*.

El 19 de octubre Luther King Jr. es detenido durante una sentada en los grandes almacenes Rich's de Atlanta. Es condenado a cuatro meses de trabajos forzados por violar

las condiciones de la libertad condicional que había recibido a principios de ese año por circular con un permiso de conducir fuera del estado. El 27 de octubre es puesto en libertad con una fianza de 2.000 dólares.

1961 El 16 de octubre Luther King Jr. se reúne con el presidente John F. Kennedy y le insta a emitir una segunda Proclamación de Emancipación para eliminar la segregación racial.

El 16 de diciembre Luther King Jr., Ralph Abernathy, el presidente del Movimiento Albany, William G. Anderson y otros manifestantes son arrestados durante una campaña en Albany, Georgia.

1962 El 27 de julio Luther King Jr. es detenido en una vigilia de oración en Albany, Georgia, y encarcelado. Tras pasar dos semanas en la cárcel, recupera su libertad.

El 28 de septiembre, durante la sesión de clausura de la Conferencia de Liderazgo Cristiano del Sur en Birmingham, Alabama, un miembro del Partido Nazi Americano agrede a Luther King Jr., golpeándolo dos veces en la cara.

1963 *En primavera, la tasa de desempleo entre la población blanca era de un 4,8 %. Para los no blancos era de un 12,1 %. Según los cálculos del Gobierno, una quinta parte de la población blanca estaba por debajo del umbral de la pobreza y la mitad de los negros ni siquiera llegaba a ese umbral.*

El 16 de abril, en respuesta al consejo de ocho clérigos judíos y cristianos de que los afroamericanos esperen pacientemente la justicia, Luther King Jr. escribe su "Letter from Birmingham Jail". Luther King Jr. y

Abernathy habían sido arrestados el 12 de abril y hasta el 19 de ese mes no recuperarán su libertad.

El 7 de mayo el conflicto en Birmingham alcanza su punto álgido cuando las mangueras de alta presión obligan a los manifestantes a abandonar el distrito comercial. Además de las mangueras, el comisario de policía Eugene "Bull" Connor emplea perros, palos y picanas para dispersar a 4.000 manifestantes en el centro de Birmingham.

El 5 de junio se publica *Strength to Love*, el libro de sermones de Luther King Jr.

El 28 de agosto la Marcha sobre Washington por el Empleo y la Libertad atrae a más de 200.000 manifestantes al Lincoln Memorial. Organizada por Asa Philip Randolph y Bayard Rustin, la marcha recibe el apoyo de las principales organizaciones de derechos civiles, así como de muchos grupos sindicales y religiosos. Luther King Jr. pronuncia su discurso "I Have a Dream". Tras la marcha, Luther King Jr. y otros líderes de los derechos civiles se reúnen con el presidente John F. Kennedy y el vicepresidente Lyndon B. Johnson en la Casa Blanca. *Dieciocho días después de la concentración en Washington, una bomba hizo explosión en el sótano de una iglesia negra de Birmingham y mató a cuatro niñas que habían acudido a la escuela dominical.*

El 10 de octubre el fiscal general de Estados Unidos, Robert Kennedy, autoriza al FBI a intervenir el teléfono de la casa de Luther King Jr.

1964 El 18 de enero el presidente Lyndon B. Johnson se reúne con Luther King Jr., Roy Wilkins, Whitney Young y James Farmer y busca apoyo para su iniciativa de guerra contra la pobreza.

El 26 de marzo Luther King Jr. se reúne con Malcolm X

en Washington D. C. por primera y única vez.

En junio se publica el libro de Luther King Jr. *Why We Can't Wait*.

El 11 de junio Luther King Jr. es arrestado y encarcelado por exigir servicio en un restaurante solo para blancos en San Agustín, Florida.

El 18 de noviembre, después de que Luther King Jr. criticara la falta de protección de los trabajadores de los derechos civiles por parte del FBI, el director de la agencia, John Edgar Hoover, denuncia a Luther King Jr. como "el mentiroso más notorio del país". Una semana después afirma que la Conferencia de Liderazgo Cristiano del Sur está "encabezada por comunistas y degenerados morales".

El 1 de diciembre Luther King Jr. se reúne con el director del FBI, John Edgar Hoover, en el Departamento de Justicia.

El 10 de diciembre Luther King Jr. recibe el Premio Nobel de la Paz en una ceremonia en Oslo, Noruega. Declara que "cada centavo" del premio de 54.000 dólares se utilizará en la lucha por los derechos civiles.

1965 La familia King se traslada a su nuevo hogar en el 234 de Sunset Avenue en Atlanta.

En agosto de 1965, cuando Lyndon B. Johnson rubricaba la Ley de Derecho al Voto, que garantizaba protección federal a los negros en el momento de inscribirse en las listas electorales, en el gueto negro de Watts, en Los Ángeles, se produjeron los disturbios urbanos más violentos desde la Segunda Guerra Mundial. Los desencadenaron la detención violenta de un joven conductor negro, los golpes de la policía a un viandante y la detención de una joven negra acusada falsamente de haber escupido a la policía. Hubo disturbios en las calles, saqueos y lanzamiento de bombas incendiarias contra las

tiendas. La policía y la Guardia Nacional hicieron fuego. 34 personas perdieron la vida, la mayoría negras, hubo cientos de heridos y 4.000 arrestados.

El 12 de agosto Luther King Jr. se opone públicamente a la guerra de Vietnam en un mitin masivo en la Novena Convención Anual de la Conferencia de Liderazgo Cristiano del Sur en Birmingham.

1966 El 26 de enero Luther King Jr. y Coretta Scott se mudan a un apartamento en el 1550 de South Hamlin Avenue en Chicago para llamar la atención sobre las malas condiciones de vivienda de la ciudad.

El 23 de febrero Luther King Jr. se reúne en Chicago con el líder de la Nación del Islam, Elijah Muhammad.

En el verano de 1966 hubo protestas en Chicago con lanzamiento de piedras y bombas incendiarias, saqueos por parte de los negros y disparos indiscriminados de la Guardia Nacional: tres negros resultaron muertos, entre ellos un chico de 13 años y una chica embarazada de 14 años. En Cleveland se requirió a la Guardia Nacional para poner fin a un disturbio en la comunidad negra: cuatro negros resultaron muertos, dos por disparos de los guardias y otros dos por disparos de civiles blancos. Para entonces estaba claro que la no violencia del movimiento sureño, aunque necesaria tácticamente en el ambiente del Sur y efectiva porque podía utilizarse para influir en la opinión pública contra el Sur segregacionista, no era suficiente para resolver los problemas de pobreza de los guetos negros.

1967 En junio se publica el libro de Luther King Jr. *Where Do We Go from Here: Chaos or Community?*

El 4 de diciembre Luther King Jr. revela públicamente

sus planes de organizar una campaña de desobediencia civil masiva, la Campaña de los Pobres, en Washington D. C., para obligar al Gobierno a acabar con la pobreza.

1968 El 28 de marzo Luther King Jr. encabeza una marcha de 6.000 manifestantes en apoyo de los trabajadores sanitarios en huelga en Memphis. La marcha se convierte en un acto de violencia y saqueo, y Luther King Jr. es expulsado del lugar.

El 3 de abril Luther King Jr. regresa a Memphis, decidido a liderar una marcha pacífica. Durante un mitin nocturno en el Mason Temple de Memphis, Luther King Jr. pronuncia su último discurso, "I've Been to the Mountaintop".

El 4 de abril Luther King Jr. es asesinado a tiros cuando se encontraba en el balcón del Motel Lorraine de Memphis.

LA DETENCIÓN DECISIVA

El 1 de diciembre de 1955, una atractiva costurera negra, la señora Rosa Parks, subió al autobús que recorre el distrito de Cleveland Avenue. Volvía a casa después de su jornada habitual de trabajo en el Montgomery Fair, un importante establecimiento. Cansadas sus piernas a causa de haber permanecido de pie largas horas, la señora Parks se sentó en el primer asiento detrás del departamento reservado a blancos. No hacía mucho que había tomado asiento, cuando el empleado del autobús le ordenó, junto con otros tres pasajeros negros, que se levantaran para acomodar a otros pasajeros blancos. En aquel momento todos los asientos del autobús estaban ocupados. Ello significaba que si la señora Parks cumplía la orden del conductor, debería permanecer de pie, mientras que un pasajero masculino blanco que acababa de subir se sentaría. Los otros tres pasajeros negros cumplieron al momento los requerimientos del conductor, pero la señora Parks se negó tranquilamente. El resultado fue su detención.

Se habló mucho de por qué la señora Parks no obedeció al conductor. Muchas personas de la comunidad blanca discutían que había seguido consignas de la NAACP para proporcionar una prueba decisiva de la situación. A primera vista esta explicación parecía lógica, ya que ella era secretaria del departamento local de la NAACP. Tan persistente y persuasivo era este argumento, que convenció a muchos reporteros de todo el país. Más adelante, cuando tuve conferencias de prensa tres veces por semana —para informar a los reporteros y periodistas que llegaron a Montgomery de todo el mundo—, la primera pregunta fue invariablemente esta: ¿suscitó la NAACP el boicot de los autobuses?

Pero la acusación era totalmente injustificable como revelan los testimonios de la señora Parks y de los dirigentes de la NAACP. Realmente, nadie puede comprender la acción de la señora Parks, a menos que se dé cuenta de que, a la larga, la capacidad de aguante se agota y el ser humano no puede evitar el exclamar: "No puedo sufrirlo por más tiempo". La negativa de levantarse de la señora Parks fue una intrépida afirmación personal de que ya tenía bastante. Era una expresión individual de un sinfín de anhelos de dignidad humana y libertad. No había sido "enviada" allí por la NAACP o cualquier otra organización; ella se mantuvo allí por su sentido personal de dignidad y pundonor. Permaneció pegada a su asiento por las acumuladas indignidades de días pasados y por las inmensas aspiraciones de generaciones aún no nacidas. Era víctima a la vez de las fuerzas de la historia y de las fuerzas del destino. Había sido marcada por el *Zeitgeist,* el espíritu del tiempo.

Afortunadamente la señora Parks era ideal para el papel que le había sido asignado por la historia. Era una persona amable con radiante personalidad, suave expresión y suma tranquilidad en todas las actuaciones. Su carácter era impecable y sus convicciones, profundamente arraigadas. Todos estos rasgos unidos hacían de ella una de las más respetadas personas en la comunidad negra.

Solo E. D. Nixon —firmante de la fianza de la señora Parks — y una o dos personas más estaban enteradas del arresto cuando ocurrió, a primeras horas del jueves por la noche. Más tarde, por la noche, la voz corrió por un pequeño grupo de mujeres influyentes de la comunidad. La mayor parte de ellas, miembros del Consejo Político de Mujeres. Después de una serie de llamadas telefónicas a unos y a otros, acordaron que los negros deberían boicotear los autobuses. Inmediatamente le sugirieron la idea a Nixon, quien al momento estuvo de acuerdo. En su característica forma valerosa decidió ponerse en vanguardia del movimiento.

A primeras horas de la mañana del 2 de diciembre Nixon me telefoneó: estaba tan ensimismado en lo que iba a decir,

que se olvidó de saludarme con el habitual "hello", y se precipitó inmediatamente a contarme la historia de lo que le había pasado a la señora Parks la noche anterior. Le escuché, disgustándome profundamente a medida que me fue describiendo el humillante incidente. "Hemos permitido que este tipo de cosas haya ido demasiado lejos", concluyó Nixon con voz temblorosa. "Creo que es el momento de boicotear los autobuses. Solo por medio del boicot podemos hacer entender a la población blanca que no aceptaremos este tipo de tratamiento por más tiempo". Enseguida estuve de acuerdo con él en que era necesario protestar de alguna manera, y que el sistema del boicot podría ser efectivo.

Antes de telefonearme a mí, Nixon había discutido la idea con el reverendo Ralph Abernathy, el joven ministro de la First Baptist Church de Montgomery, que debería ser una de las figuras centrales en la protesta y uno de mis más íntimos asociados. Abernathy también creyó que el boicot del autobús era nuestro mejor plan de acción. Durante treinta o cuarenta minutos los tres nos telefoneamos, el uno al otro, concibiendo planes y estrategias. Nixon sugirió que debíamos efectuar una reunión de todos los ministros y líderes civiles, para conocer su opinión sobre la propuesta; ofrecí mi iglesia como lugar de reunión. Los tres estuvimos inmediatamente atareados. Con la confirmación del reverendo H. H. Hubbard —presidente de la Baptist Ministerial Alliance—, Abernathy y yo comenzamos a telefonear a todos los ministros baptistas. Debido a que muchos ministros metodistas estaban asistiendo a una reunión de fieles en un local de una iglesia aquella tarde, a Abernathy le fue posible anunciarlo a todos simultáneamente. Nixon se puso en contacto con A. W. West, viuda de un famoso dentista, y consiguió su ayuda para comunicar la medida a los líderes civiles.

A primeras horas de la tarde la detención de la señora Parks era del dominio público. La noticia se extendió entre la comunidad como fuego incontrolado. Los teléfonos empezaron a sonar en casi rítmica sucesión. A las dos, un

grupo entusiasmado había hecho unas octavillas explicando el arresto y la propuesta de boicot, que por la noche circularon extensamente.

Cuando la hora de la reunión se aproximaba, me acerqué a las puertas de la iglesia con cierta aprensión, pensando cuántos líderes responderían a nuestra llamada. Afortunadamente era una de esas plácidas noches invernales de calor desacostumbrado. Para nuestro consuelo, casi todos los que habían sido invitados estaban allí. Más de cuarenta personas de cada estamento de la vida negra se apiñaban en la gran sala de reuniones de la iglesia. Vi médicos, maestros de escuela, abogados, hombres de negocios, empleados de correos, líderes sindicales y clérigos. Virtualmente cada organización de la comunidad negra estaba representada.

La mayor representación era del ministerio eclesiástico. Habiendo salido de tantas reuniones cívicas en el pasado, tristemente amargado por la carencia de ministros participantes, estaba henchido de alegría cuando, al entrar en la iglesia, vi a tantos. Entonces comprendí que algo fuera de lo corriente iba a suceder.

Si E. D. Nixon hubiera estado presente, probablemente hubiera sido automáticamente elegido para presidir, pero había tenido que salir de la ciudad a primeras horas de la tarde para su servicio habitual en el ferrocarril. En su ausencia, llegamos a la conclusión de que el reverendo L. Roy Bennett —como presidente de la Interdenominational Ministerial Alliance— era la persona más a propósito para presidir. Aceptó y se sentó en el estrado: su alta y recta figura dominaba la sala.

La reunión empezó alrededor de las siete y media, dirigiendo H. H. Hubbard un corto periodo de oración. Entonces Bennett actuó, explicando la finalidad de la reunión. Con gestos excitados relató la resistencia de la señora Parks y su detención. Presentó la propuesta de que los ciudadanos negros de Montgomery deberían boicotear los autobuses el lunes en señal de protesta, "ahora es el momento de hacer algo", concluyó, "no es tiempo de hablar,

es tiempo de actuar".

Tan seriamente se tomó Bennett su exhortación "no es momento para hablar", que durante bastante rato se negó a permitir que alguien hiciese alguna sugerencia o pregunta, insistiendo en que debíamos actuar y nombrar ya los comités encargados de la puesta en práctica de la propuesta. Esta actitud despertó la oposición de la mayoría de los presentes y creó un momentáneo tumulto. Durante casi cuarenta y cinco minutos persistió la confusión. Las voces eran recias y muchas personas amenazaban irse si no podían hacer preguntas y ofrecer sugerencias. Por un momento pareció que el movimiento había llegado a su fin antes de comenzar. Finalmente, enfrentado con semejante disconformidad, Bennett aceptó abrir la discusión.

Inmediatamente empezaron a brotar las preguntas de la asamblea. Algunas personas querían más aclaración sobre los actos de la señora Parks y su detención. Más tarde, empezaron las preguntas más prácticas. ¿Cuánto duraría la protesta? ¿Cómo se daría a conocer la idea a la comunidad? ¿Cómo se transportaría a la gente a su trabajo?

Cuando contemplamos la vivacidad de la discusión nos sentimos optimistas, al notar que, a pesar de la carencia de claridad de ideas en la reunión, nadie hizo una pregunta sobre la validez o deseabilidad del boicot. Parecía que existiera un acuerdo unánime de que el boicot debía ser una realidad. Los ministros aprobaron el plan con entusiasmo y prometieron obtener de sus congregaciones, el domingo por la mañana, la aprobación del proyectado día de protesta. Su cooperación era insignificante, ya que, virtualmente, todos los ministros negros influyentes estaban presentes. Se decidió que se debería celebrar una amplia reunión ciudadana el lunes por la noche, 5 de diciembre, para determinar por cuánto tiempo nos abstendríamos de subir a los autobuses. El reverendo A. W. Wilson, ministro de la iglesia baptista de Holt Street, ofreció su iglesia, ideal para una reunión por su tamaño y su céntrica situación. Los reunidos acordaron que deberían distribuirse más octavillas

el sábado y el presidente eligió un comité, en el que se me incluyó a mí, para preparar su redacción.

Nuestro comité empezó a trabajar mientras todavía tenía lugar la reunión. El mensaje final era más corto que el que había aparecido en las primeras octavillas, pero la sustancia era la misma. Decía así:

No utilicéis los autobuses para ir al trabajo, a la ciudad, a la escuela o a cualquier otro lugar el lunes día 5 de diciembre.

Otra mujer negra ha sido arrestada y encarcelada porque se negó a ceder su asiento en el autobús.

No utilicéis los autobuses para ir al trabajo a la ciudad, a la escuela, o donde os dirijáis el lunes. Si trabajas toma un taxi, comparte un viaje o dirígete andando.

Asiste a la gran reunión, el lunes a las 7 de la tarde, en la iglesia baptista de Holt Street para más instrucciones.

Después de finalizar la declaración, el comité comenzó a sacar copias con la máquina de la iglesia, pero como era tarde, me ofrecí voluntariamente para acabar el trabajo el sábado por la mañana temprano.

La última cuestión que trató la reunión se refirió a los transportes. Acordamos que trataríamos de conseguir que las compañías de taxis negras de la ciudad —dieciocho en total—, con aproximadamente 210 taxis, transportasen a las personas por el mismo precio que normalmente pagaban en el autobús. Un comité fue elegido para efectuar esta gestión, teniendo como presidente al reverendo W. J. Powell, ministro de la Old Ship A. M. E. Zion Church.

Con estas responsabilidades sobre nosotros se clausuró la reunión. Nos fuimos con un gran ánimo en nuestros corazones. Las horas pasaban rápidas. El reloj de pared señalaba casi medianoche, pero el reloj de nuestras almas revelaba que estábamos en el alba.

Estaba tan excitado que dormí muy poco aquella noche y a la mañana siguiente me dirigí temprano a la iglesia para trabajar en las octavillas. A las nueve el secretario de la iglesia había acabado de imprimir unas 7.000 octavillas y hacia las once un ejército de mujeres y jóvenes se las llevaron

para distribuirlas a mano.

Los del comité que debían encargarse de ponerse en contacto con las compañías de taxis empezaron a trabajar a primera hora del sábado por la tarde. Trabajaron laboriosamente, y por la noche prácticamente se habían puesto en contacto con todas las compañías, y relataron triunfalmente que cada una de ellas estaba de acuerdo en cooperar con el propuesto boicot, transportando pasajeros a sus trabajos por la tarifa normal de autobús de diez centavos.

Mientras tanto nuestros esfuerzos para que la noticia se extendiera por toda la comunidad negra se vieron favorecidos por un medio inesperado. Una muchacha que no sabía leer muy bien recibió una de las octavillas anónimas que habían sido distribuidas el viernes por la tarde. Sin saber aparentemente lo que decía la octavilla, se la dio a su patrón. Tan pronto como el patrón blanco se enteró de la noticia, la dirigió al periódico local y el *Montgomery Advertiser* insertó su contenido en la página principal de su edición del sábado por la mañana. Según parece, el *Advertiser* insertó la historia para que la comunidad blanca se enterara de las maniobras en que se hallaban ocupados los negros; pero ello no hizo sino favorecer a los negros, ya que sirvió de información a cientos de personas que no habían oído hablar del plan. El sábado por la tarde, la noticia prácticamente había llegado a cada ciudadano negro de Montgomery. Solo las pocas personas que vivían en los arrabales no habían oído hablar de ello.

Después de un duro día de trabajo, llegué a casa a última hora del domingo por la tarde y me senté para leer el periódico. Había un extenso artículo sobre el propuesto boicot. A través del artículo deduje que creían que los negros se estaban preparando para utilizar la misma solución para su problema que utilizaron los Consejos de Ciudadanos Blancos. Esta comparación inducía a serias implicaciones. Los Consejos de Ciudadanos Blancos que tuvieron su origen en Mississippi pocos meses después de la decisión del Tribunal Supremo acerca de las escuelas, fueron creados para

preservar la segregación. Los Consejos se multiplicaron rápidamente por el Sur, proponiéndose alcanzar sus fines por medio de las maniobras legales de "interposición" y "anulación". Desafortunadamente, sin embargo, las secciones de algunos de estos Consejos se extendieron más allá de los límites de la ley. Sus métodos eran los métodos de abierto y oculto terror, intimidaciones brutales, sistemas de hacer pasar hambre a hombres, mujeres y niños negros. Tomaron abiertas represalias económicas contra los blancos que se atrevieron a protestar contra su abuso de la ley, y el objeto de sus boicots no fue simplemente el de impresionar a sus víctimas, sino destruirlas si era posible.

Perturbado por el hecho de que nuestra acción se iba a semejar a los sistemas de boicot de los Consejos de Ciudadanos Blancos, me vi obligado por primera vez a pensar seriamente en la naturaleza del boicot. Hasta este momento había aceptado sin críticas este método como nuestro mejor medio de acción. Ahora empezaban a atormentarme algunas dudas. ¿Estábamos siguiendo un sistema de acción ético? ¿Es el sistema de boicot básicamente anticristiano? ¿No supone un negativo enfoque de la solución del problema? ¿Es cierto que estábamos siguiendo los sistemas de algunos de los Consejos de Ciudadanos Blancos? E incluso si de tal boicot obteníamos resultados prácticos duraderos, ¿podrían unos medios inmorales justificar fines morales? Cada una de estas preguntas exigía una contestación honesta.

Tenía que reconocer que el sistema de boicot podría ser utilizado para fines antimorales y anticristianos. Debía reconocer, además, que estos métodos eran los utilizados frecuentemente por Consejos de Ciudadanos Blancos para privar a muchos negros, así como a personas blancas de buena voluntad, de las necesidades básicas de la vida. Sin embargo, me dije a mí mismo que nuestras acciones no podían ser interpretadas desde este punto de vista.

Nuestros propósitos eran del todo diferentes. Nosotros usaríamos este método para dar origen a la justicia y a la libertad y también para instar a los hombres a cumplir con la

ley del país; los Consejos Ciudadanos Blancos lo utilizaban para perpetuar el reinado de la injusticia y servidumbre humana e instar a los hombres a desafiar la ley del país. Pensé, sin embargo, que la palabra "boicot" realmente era un nombre falso para nuestra propuesta acción. Un boicot sugiere una represión económica y tiene un sentido negativo. Pero nosotros estamos interesados en una cosa positiva. Nuestro interés no era el de arruinar a la compañía de autobuses, sino que ejercieran su negocio con justicia.

Dando más vueltas a mi cabeza, llegué a comprender que lo que realmente estábamos haciendo era retirar nuestra cooperación de un sistema injusto, más que retirar nuestro apoyo económico a la compañía de autobuses. La compañía de autobuses, siendo una expresión externa del sistema, sufriría naturalmente, pero el objetivo básico era negar la cooperación al mal. Entonces pensé en la obra de Thoreau *Essay on Civil Disobedience*. Recordé cómo, siendo estudiante, me sentí conmovido al leer este libro.

Me convencí de que lo que estábamos preparando para hacer en Montgomery se relacionaba en gran manera con lo que Thoreau había expresado. Simplemente estábamos diciendo a la comunidad blanca: "No podemos prestar por más tiempo nuestra cooperación a un sistema injusto".

Sentí algo que me decía: "Quien acepta el mal pasivamente está tan mezclado con él como el que ayuda a perpetrarlo. Quien acepta el mal sin protestar, realmente está cooperando con él". Cuando las gentes oprimidas aceptan con gusto su opresión, solo sirven para dar al opresor la conveniente justificación de sus actos. Frecuentemente el opresor sigue adelante sin advertir su mal, envuelto en su opresión, tanto tiempo como los oprimidos la aceptan. De este modo, para ser sinceros con nuestra conciencia y sinceros ante Dios, un hombre recto no tenía más alternativa que negarse a cooperar con un sistema injusto. Sentí que esta era la naturaleza de nuestra acción. Desde este momento concebí nuestro movimiento como un acto de no-cooperación masiva. Desde entonces raramente empleé la palabra

"boicot".

Cansado, pero ya fuera de dudas sobre la moralidad de nuestra protesta, vi que la noche había llegado sin darme cuenta. Después de algunas llamadas telefónicas, me preparé para irme a descansar pronto. Pero poco después de haberme acostado, nuestra hija Yolanda Denise, de dos años de edad, empezó a llorar, y poco después el teléfono comenzó a sonar de nuevo. Claramente condenado a permanecer despierto por algún tiempo más, dediqué el rato a pensar sobre otras cosas. Mi esposa y yo discutimos acerca del posible éxito de la protesta. Francamente, tenía dudas. Aunque la noticia se había extendido por todos los lugares asombrosamente bien, y los ministros habían prestado al plan un apoyo decisivo, todavía me preguntaba si la gente tendría la suficiente valentía para seguir adelante. ¡Había visto derrumbarse tantas empresas dignas en Montgomery! ¿Por qué debía ser esta una excepción? Coretta y yo estábamos de acuerdo en que si tuviéramos un sesenta por ciento de cooperación, la protesta sería un *éxito*.

Alrededor de medianoche una llamada telefónica de los miembros del comité me informó de que cada compañía negra de taxis de Montgomery había convenido en apoyar la protesta el lunes por la mañana. Cualesquiera que fuesen las perspectivas de éxito, estaba profundamente impresionado por la incansable labor efectuada por los ministros y los líderes civiles. Esto ya era un éxito sin par.

Después de la llamada de medianoche el teléfono dejó de sonar. Solo unos minutos antes "Yoki" había dejado de llorar. Cansadísimo, di las buenas noches a Coretta y, con una extraña mezcla de esperanza y ansiedad, me dormí.

EL DÍA CLAVE: 5 DE DICIEMBRE

Mi esposa y yo nos despertamos más temprano de lo normal el lunes por la mañana. A las cinco y media estábamos de pie y vestidos totalmente. El día de la protesta había llegado y estábamos determinados a ver el primer acto de este drama. Seguía pensando que si pudiéramos conseguir el sesenta por ciento de cooperación, resultaría un éxito.

Afortunadamente, a escasa distancia de nuestra casa había una parada de autobús, lo cual significaba que podríamos observar las escenas públicas desde nuestra ventana principal. El primer autobús acostumbraba a pasar hacia las seis: esperamos una interminable media hora. Estaba en la cocina bebiendo mi café cuando oí gritar a Coretta: "Martin, Martin, ven enseguida". Dejé mi taza y corrí hacia la sala. Así que me acerqué a la ventana, Coretta me señaló alegremente un autobús que se movía con lentitud: "Querido, va vacío". Difícilmente podía creer lo que estaba viendo. Sabía que la línea South Jackson, que pasa junto a nuestra casa, es la que lleva más pasajeros negros que ninguna otra en Montgomery, y este, que era el primer autobús, generalmente iba lleno de trabajadores domésticos que se dirigían a sus trabajos. ¿Seguirían todos los autobuses el ejemplo dado por el primero? Esperamos ansiosamente el próximo autobús; al cabo de un cuarto de hora pasó por la calle y, como el primero, iba vacío. Apareció el tercer autobús e iba también vacío a excepción de dos pasajeros blancos.

Salté a mi coche y durante casi una hora transité por las calles principales y examiné cada autobús que pasaba. Durante esta hora punta del tráfico matinal, no vi más que ocho pasajeros negros subidos en autobuses. En aquel momento me sentí lleno de alegría. En lugar del sesenta por

ciento de cooperación que esperábamos, fue patente que habíamos alcanzado el cien por cien. Había tenido lugar un milagro. La dormida y pasiva comunidad negra se había por fin despertado totalmente.

Por todo el día continuó. Al fin de la tarde, los autobuses iban todavía tan vacíos de pasajeros negros como habían ido por la mañana. Estudiantes del Alabama State College, que generalmente utilizaban el atiborrado autobús de South Jackson, iban optimistamente andando o hacían auto stop. Los que trabajaban en la ciudad habían encontrado ya otros medios de transporte o se dirigían a pie. Algunos iban en taxi o en coches privados, otros utilizaban medios menos convencionales. Se veían hombres montando mulas dirigiéndose a su trabajo y más de un coche de caballos circuló aquel día por las calles de Montgomery.

Durante las horas punta las aceras estaban apiñadas de obreros y trabajadores domésticos, muchos de ellos de edad más que mediana, que caminaban pacientemente a sus trabajos y a casa de nuevo, recorriendo a veces hasta un total de veinte millas de distancia. Ellos sabían por qué lo hacían; se veía de una forma evidente por la manera en que se comportaban. Y al mirarles comprendí que no hay nada tan sublime como la decidida valentía de los individuos dispuestos a sufrir y a sacrificarse por su libertad y dignidad.

Muchos espectadores se hallaban reunidos en las paradas de autobús para ver lo que sucedía. Al principio permanecieron tranquilamente, pero así que avanzó el día empezaron a vitorear a los autobuses vacíos, y a reírse y a hacer bromas. Se podía oír cantar a jóvenes bulliciosos "Sin pasajeros hoy". Detrás de cada autobús que atravesaba el barrio negro iban dos policías en motocicletas, siguiendo instrucciones de los comisionarios de la ciudad, que proclamaban que habían sido organizadas patrullas de negros para impedir que otros subieran a los autobuses. Durante el curso del día, la policía consiguió efectuar una detención. Un estudiante estaba ayudando a atravesar la calle a una anciana cuando fue acusado de "intimidar pasajeros".

Las patrullas existían tan solo en las imaginaciones de los comisionarios. Nadie fue amenazado o intimidado para que no subiera a los autobuses; la única preocupación con que cada uno se encaraba era la de sus propias conciencias.

Hacia las nueve y media de la mañana abandoné mi inspección por las calles de la ciudad y me dirigí a la atestada sala del tribunal de la policía. En ella se estaba juzgando a la señora Parks, acusada de desobedecer las ordenanzas de segregación de la ciudad. Su abogado, Fred D. Gray —el brillante joven negro que más tarde sería el jefe del consejo para el movimiento de protesta—, se encargaba de la defensa. Después de que el juez oyera los argumentos, declaró culpable a la señora Parks y la multó con diez dólares más los gastos del tribunal (un total de catorce dólares). Ella apeló el caso. Este era uno de los primeros casos claros en el que un negro había sido penado por desobedecer las leyes de segregación. Anteriormente, otros casos como este o bien habían sido desechados o bien, a las personas inculpadas se las había acusado por conducta desordenada. De este modo, la declaración de culpabilidad y detención de la señora Parks tuvo doble impacto: fue un factor que precipitó el que los negros adoptaran una acción positiva y fue una prueba de la plena aplicación de la ley de segregación. Estoy seguro de que los defensores de tales causas hubieran obrado de otra manera si hubieran previsto las consecuencias que producirían.

Al salir del juicio de la señora Parks, Ralph Abernathy, E. D. Nixon y el reverendo E. N. French —entonces ministro de la Hilliard Chapel A. M. E. Zion Church— discutieron la necesidad de montar alguna organización para guiar y dirigir la protesta. Hasta este momento las cosas habían seguido adelante de una forma más o menos espontánea. Estos hombres eran lo suficientemente inteligentes como para ver que había llegado el momento de ordenarse y dar una orientación más concreta.

Mientras tanto, Roy Bennett había citado a algunas personas a las tres en punto para hacer planes para la

reunión masiva de la noche. Todos los presentes estaban alegres por el gran éxito que ya había alcanzado la protesta. Pero, aun bajo esta alegría, a nadie se le ocultaba la siguiente dificultad: "¿Qué haremos a partir de ahora?". Cuando E. Nixon explicó la discusión que había tenido con Abernathy y French a primeras horas del día, y sus sugerencias para formar una organización *ad hoc*, los reunidos respondieron entusiásticamente. El próximo trabajo era elegir los dirigentes de la nueva organización. Tan pronto como Bennett abrió las candidaturas para presidente, Rufus Lewis exclamó desde el rincón más lejano de la sala: "Señor presidente, yo propongo nombrar al reverendo M. L. King como presidente". La propuesta fue secundada y sostenida, y en cuestión de minutos fui elegido por unanimidad.

El acto me cogió de improviso. Había sucedido tan rápidamente que ni siquiera tuve tiempo de pensarlo enteramente. Es probable que, si lo hubiese hecho, hubiera declinado el nombramiento. Solo tres semanas antes, algunos miembros del departamento local de la NAACP me habían instado para prestarme como candidato a la presidencia de aquella organización, diciéndome que era segura mi elección. Después de que mi esposa y yo hubimos discutido el asunto, acordamos que no aceptaría nuevas responsabilidades en la comunidad, ya que había finalizado recientemente mi tesis y necesitaba prestar más atención a mi tarea eclesiástica. Pero en esta ocasión los hechos habían acaecido con demasiada rapidez.

La elección de los restantes dirigentes fue rápidamente completada: reverendo L. Roy Bennett, vicepresidente; reverendo U. J. Fields, secretario registrador; reverendo E. N. French, secretario encargado de la correspondencia; señora A. Dunge, secretaria de financiación; señor E. D. Nixon, tesorero. Se acordó entonces que todos los presentes constituirían el consejo ejecutivo de la nueva organización. Era un grupo bien equilibrado, incluyendo ministros de todas clases, maestros de escuela, hombres de negocios y dos abogados.

La nueva organización necesitaba un nombre, y fueron sugeridos algunos. Algunos proponían Comité de Ciudadanos Negros; pero fue rechazado por asemejarse bastante con el de Consejo de Ciudadanos Blancos. Otras sugerencias fueron hechas, hasta que Ralph Abernathy indicó un nombre que gustó a todos: Montgomery Improvement Association (MIA) (Asociación Progresista de Montgomery).

Con estos problemas de organización solucionados, nos dedicamos a discutir la reunión de la noche. Algunas personas sugirieron que para que los periodistas no supieran nuestros futuros movimientos, se rezara y cantara; si hubiera de hacerse algunas recomendaciones específicas a la gente, se haría por medio de octavillas que se distribuirían secretamente durante la reunión. Esto dejaría a los periodistas en la oscuridad. Otros indicaron que debería hacerse algo para ocultar la identidad de los dirigentes, creyendo que si los nombres particulares no eran revelados, estarían a salvo de todo embrollo. Después de una extensa discusión, E. D. Nixon se levantó impaciente:

Estamos obrando como niños —dijo—. El nombre de cualquiera debe saberse, y si tenemos miedo podemos quedarnos donde estamos. Debemos ser lo suficientemente hombres para discutir nuestros asuntos abiertamente; esta idea de enterarnos de las noticias pasando un papel en secreto es una tontería. La población blanca se enterará finalmente de alguna manera. Mejor haríamos si discutiéramos ahora si vamos a ser hombres sin miedo o muchachos espantadizos.

Con esta sincera expresión, la atmósfera fue aclarada. Nadie sugeriría de nuevo que deberíamos tratar de ocultar nuestra identidad o evitar dar la cara tal como se había acordado. La valerosa afirmación de Nixon dio nuevas fuerzas a aquellos que estaban a punto de flaquear por miedo.

Fue acordado por unanimidad que la protesta debería continuar hasta que ciertos propósitos fuesen alcanzados y que un comité bajo la dirección de Ralph Abernathy pondría en orden estos propósitos bajo la forma de una resolución y poderla presentar en la reunión de la noche para su aprobación. Realizamos rápidamente el resto del programa.

Bennett presidiría y sería el principal orador. Se harían observaciones por otros pocos oradores; la lectura de las Escrituras, oraciones, himnos y colecta completarían el programa.

Inmediatamente el comité se dedicó a redactar sus estatutos. A pesar de nuestra satisfacción por el rápido éxito de la protesta, todavía estábamos preocupados. ¿Concurriría suficiente gente a la reunión de la noche? ¿Podríamos esperar que la firmeza y el entusiasmo de la comunidad negra sobreviviesen más de un día de sacrificio? Alguien sugirió que reconsiderásemos nuestra decisión de continuar la protesta.

¿No sería mejor —dijo el sugerente—, dar por terminada la protesta mientras que todavía es un éxito, más bien que hacerla durar unos cuantos días más con peligro de que decaiga? Hemos demostrado ya nuestra fuerza unida a la comunidad blanca. Si la damos por terminada ahora, conseguiremos lo que queramos de la compañía de autobuses, simplemente porque ellos creen que podemos hacerlo de nuevo. Pero si continuamos y son muchas las personas que mañana o en el día próximo vuelven a subir a los autobuses, la población blanca se reirá de nosotros y acabaremos por no conseguir nada.

Este argumento fue tan convincente que casi resolvimos acabar la protesta. Pero finalmente acordamos dejar que la reunión —que se celebraría dentro de una hora— nos sirviera de guía. Si la reunión se viera muy concurrida y el público estuviera entusiasmado, continuaríamos; en caso contrario, acabaríamos la protesta esa noche.

Fui a casa por primera vez desde las siete de la mañana y encontré a Coretta descansando de un largo día de llamadas telefónicas y nerviosismo general. Después de explicarnos mutuamente los acontecimientos del día, le dije algo preocupado, pues no sabía cómo iba a reaccionar, que había sido elegido presidente de la nueva organización. No hubiera tenido que preocuparme. Se sorprendió, naturalmente, pero también vio que, a pesar de la responsabilidad que recaía sobre mí, no tenía otra alternativa más que la de aceptar. No necesité decirle que tendríamos de este modo menos tiempo para nosotros, y permaneció imperturbable ante el posible peligro que nos amenazaría por mi nueva posición. "Tú sabes

—dijo tranquilamente— que en todo lo que hagas, tienes mi ayuda”.

Tranquilizado, me fui a mi estudio y cerré la puerta. Los minutos pasaban rápidos. Eran en aquellos momentos las seis y media, y debería ir a la reunión no más tarde de las seis y cincuenta minutos. Esto significaba que tenía solo veinte minutos para preparar la disertación más decisiva de mi vida. Cuando pensé el limitado tiempo de que disponía y las posibles complicaciones de la disertación, sentí miedo. Cada semana necesitaba al menos quince horas para preparar mi sermón dominical. Ahora me enfrentaba con la ineludible tarea de preparar, casi sin tiempo, una disertación que era esperada para dar un sentido de dirección a un pueblo imbuido por la nueva y todavía inasentada pasión de justicia. Sabía también que los periodistas y la televisión estarían allí con sus lápices y los magnetófonos preparados para registrar mis palabras y transmitirlas a toda la nación.

Ahora estaba casi vencido, obsesionado por una sensación de ineptitud. En este estado de ansiedad, ya había perdido cinco minutos de los veinte de que disponía. Sin nada más que la fe en un poder, cuya fuerza sin igual pospone las debilidades y las insuficiencias de la naturaleza humana, me dirigí a Dios rezándole. Mis palabras eran breves y simples, le pedía a Dios que restaurara mi equilibrio y que estuviera conmigo en el momento que necesitaba su guía más que nunca.

Habían pasado casi quince minutos cuando empecé a preparar un esquema. En medio de él, me enfrenté con un nuevo y grave dilema: ¿Cómo podría yo hacer una disertación que fuera lo suficiente exhortativa para que levantara a mi pueblo a una acción positiva y que fuera al mismo tiempo lo suficiente moderada para que guardase estos ánimos, controlándolos dentro de los límites cristianos? Sabía que eran muchas las personas negras víctimas de un rencor que fácilmente podía provocar el derramamiento de sangre. ¿Qué podía decirles para mantenerlos valerosos y prepararlos para acciones positivas librándolos al mismo

tiempo del odio y del resentimiento? ¿Podían combinarse los dos aspectos en una simple disertación?

Decidí que tenía que enfrentarme con el desafío existente e intenté combinar las dos cosas aparentemente irreconciliables. Debería buscar el medio de mover el grupo a la acción, insistiendo en que su dignidad estaba en peligro y que si ellos aceptaban tales injusticias sin protestar, traicionarían su propio sentido de la dignidad y los designios eternos de Dios. Pero al decir tal cosa, debería equilibrarla con una fuerte afirmación del amor de la doctrina cristiana. En el momento en que mi mente había perfilado un esquema de la disertación, se me acabó el tiempo. Sin detenerme a tomar mi cena (no había comido desde la mañana), dije adiós a Coretta y me dirigí a la iglesia de Halt Street.

A cinco manzanas de la iglesia, noté un embotellamiento de tráfico. Hasta donde mi vista alcanzaba, veía coches alineados a ambos lados de la calle. Pasaron unos instantes antes de que se me ocurriera pensar que todos aquellos coches se dirigían a la reunión. Aparqué al menos a cuatro manzanas de la iglesia y cuando me dirigí a ella andando, me di cuenta de que centenares de personas permanecían fuera de ella. En la negra noche, los coches de la policía circulaban lentamente por el lugar vigilando a la ordenada, paciente y jovial muchedumbre. Las tres o cuatro mil personas que no pudieron entrar en la iglesia permanecieron fuera alegremente toda la noche, escuchando lo que sucedía por medio de los altavoces que se habían instalado para tal efecto. Y cuando casi al final de la reunión se silenciaron los altavoces, a requerimiento de los habitantes blancos de las cercanas vecindades, la multitud permaneció tranquila y contenta, simplemente por estar presente.

Me costó quince minutos llegar al despacho pastoral, donde el doctor Wilson me informó de que la iglesia estaba llena desde las cinco. A partir de este momento, las dudas sobre si continuaría el éxito de nuestra aventura se disiparon. La cuestión de acabar la protesta era ahora académica. El entusiasmo de aquellos miles de personas lo

barrió todo, como las olas del mar limpian la orilla. Algunos momentos antes los restantes oradores habían podido llegar al púlpito a través de la abarrotada iglesia. La reunión empezó con casi media hora de retraso. El himno preliminar fue el muy conocido *Onward Cristian Soldiers* (*Adelante, Soldados Cristianos*) y cuando la inmensa audiencia se puso en pie para cantar, las voces del exterior aumentaron el coro de la iglesia, creando un fuerte tañido que sonaba como alegre eco del cielo.

El reverendo W. F. Alford, ministro de la iglesia baptista de Beulah, dirigió a los fieles en la oración, a la que siguió la lectura de la Escritura a cargo del reverendo V. S. Fields, ministro de la iglesia baptista de Bell Street. En aquel momento, el que dirigía la reunión me presentó. Como la audiencia aplaudía, me levanté y permanecí en pie delante del púlpito. Las cámaras de televisión empezaron a enfocarme desde todos los lugares. La multitud se apaciguó. Sin escritos o notas, expliqué la historia de lo sucedido a la señora Parks. Entonces reviví la larga historia de los abusos e insultos que los ciudadanos negros habían sufrido en los autobuses de la ciudad. "Pero llega un momento en que la gente se cansa —dije—. Estamos aquí esta noche para decirles a aquellos que nos han maltratado durante tanto tiempo que estamos cansados, cansados de estar segregados y humillados; cansados de ser pisoteados por el brutal pie de la opresión". La congregación recibió esta declaración con fervientes aplausos. "No tenemos otra alternativa que protestar —continué—. Durante muchos años hemos poseído una asombrosa paciencia. Algunas veces, hemos hecho creer a nuestros hermanos blancos que nos gustaba la forma en que éramos tratados. Pero hemos venido aquí esta noche para librarnos de esta paciencia que nos hace pacientes con todo, menos con la libertad y la justicia". La audiencia aplaudió de nuevo.

Justifiqué nuestras acciones brevemente, tanto moral como legalmente. "Una de las grandes glorias de la democracia es el derecho a protestar por los derechos".

Comparando nuestros métodos con los de los Consejos de Ciudadanos Blancos y el del Ku Klux Klan, indiqué que mientras que estas sociedades protestaban para perpetuar la injusticia en la comunidad, nosotros protestábamos para implantar la justicia en nuestra comunidad. Sus métodos se rigen por la violencia y la ilegalidad. Pero en nuestra protesta no va a haber ninguna cruzada de incendios. Ninguna persona blanca será arrojada de su casa por grupo alguno de negros encapuchados y asesinada brutalmente. No habrá amenazas ni intimidaciones. Nos guiaremos por los más altos principios de la ley y del orden.

Con esta base de trabajo para un plan de acción efectivo, pasé a pronunciar palabras de prudencia. Indiqué a la gente que no debían impedir a nadie que subiera a los autobuses. "Nuestro sistema será el de la persuasión, no el de la coacción". Solo diremos a las personas: "Que tu conciencia sea tu guía". Acentuando el amor de la doctrina cristiana, "nuestras acciones deben guiarse por los más profundos principios de nuestra fe cristiana". El amor debe ser nuestro ideal regulador. Otra vez debemos oír las palabras de Jesucristo que hacen eco a través de los siglos: "Ama a tus enemigos, bendíceles cuando te maldigan, ruega por ellos aunque impiadosamente abusen de ti". Si nos olvidamos de obrar en esta forma, nuestra protesta finalizará como un drama sin motivo en las páginas de la historia, y su memoria se cubrirá con las repugnantes vestiduras de la vergüenza. A pesar de los malos tratos que hemos sufrido, no debemos ser rencorosos, acabando por odiar a nuestros hermanos blancos. Como dijo Booker T. Washington: "No permitas que ningún hombre te haga caer tan bajo como para que le odies". Una vez más la audiencia respondió entusiásticamente.

Entonces, pronuncié mis últimas palabras: "Si protestáis valientemente, pero con dignidad y amor cristiano, cuando los libros sean escritos en futuras generaciones, los historiadores harán una pausa y dirán: 'Ahí vivió un pueblo grande —un pueblo negro— que inyectó nuevo significado y

dignidad a las venas de la civilización'. Es una gran oportunidad la que se nos ofrece y nuestra responsabilidad es abrumadora". Así que me senté la gente se puso en pie y aplaudió. Di gracias a Dios, porque el mensaje había sido lanzado y porque la tarea de combinar lo combativo con lo moderado había sido cumplida por lo menos parcialmente. El público se había mostrado tan entusiasta cuando les indiqué que debían amar como cuando les señalé que debían protestar.

Cuando me senté escuchando los continuos aplausos, comprendí que este sermón había tenido más éxito que ninguna otra plática o sermón que yo hubiera pronunciado a pesar de que fue virtualmente improvisado. Por primera vez comprendí el sentido de las palabras de los antiguos predicadores cuando decían: "Abre tu boca y Dios hablará por ella". Si bien no permitiría que esta experiencia me instigara a desdeñar la necesidad de una preparación continua, siempre recordaría que Dios puede transformar la debilidad humana en su gloriosa oportunidad.

Cuando la señora Parks fue presentada desde el púlpito por E. N. French, la audiencia respondió acogiéndola con una larga ovación. Ella era su heroína. Ellos vieron en su valerosa persona el símbolo de sus esperanzas y aspiraciones.

Había llegado el momento de pronunciarse sobre la importante resolución. Ralph Abernathy leyó las palabras lenta y fuertemente. La sustancia principal de la resolución consistía en un llamamiento a los negros para que no volvieran a utilizar los autobuses hasta que:

1. Se garantizase un tratamiento cortés por parte de los empleados de los autobuses.
2. Los pasajeros se sentasen en los autobuses bajo la base de: primero que llega, primero al que se le da sitio —los negros se sentarían de atrás adelante, mientras que los blancos se sentarían de adelante hacia atrás—.
3. Los empleados negros del autobús se asignasen

predominantemente en las rutas más frecuentadas por los negros.

A las palabras "Todos en favor del sostenimiento del movimiento", todas las personas, como un solo hombre, se pusieron en pie y quienes ya estaban en pie levantaron sus manos. Los vítores empezaron a salir tanto de dentro como de fuera. La moción se aprobó por unanimidad. El público había expresado su determinación de no subir en los autobuses hasta que las condiciones cambiaran.

Llegado este momento, tuve que dejar la reunión y dirigirme a toda velocidad al otro lado de la ciudad, donde debía hablar en un banquete organizado por la YMCA. Cuando me alejaba mi corazón estaba henchido. Nunca había visto tanto entusiasmo por la libertad. Además, este entusiasmo estaba unido a una sorprendente autodisciplina. La unidad de propósito y *esprit de corps* había sido indescriptiblemente conmovedora. Ningún historiador sería nunca suficientemente capaz para describir la reunión y ningún sociólogo la interpretaría adecuadamente. Se tenía que haber participado en la experiencia para poder entenderla.

En el Hotel Ben Moore, cuando el ascensor subía lentamente al ático donde se celebraba el banquete, me dije a mí mismo: "La victoria está ganada, independientemente del tiempo que tengamos que luchar para lograr los tres puntos de la resolución. Es una victoria infinitamente mayor que la de la colocación en el autobús. La verdadera victoria radica en la reunión masiva, donde miles de personas negras han descubierto un nuevo sentido de la dignidad y del destino".

Muchos serán los que se harán la inevitable pregunta: ¿por qué tuvo lugar este acontecimiento en Montgomery, en 1955? Algunos han sugerido que la decisión del Tribunal Supremo de desegregar las escuelas, decretada menos de dos años antes, había dado nuevas esperanzas de una justicia final para los negros en cualquier lugar, inyectándoles el necesario chispazo de valentía para alzarse contra la opresión. Pero,

aunque esto pueda explicar el motivo de la protesta cuando se hizo, no puede explicar por qué sucedió en Montgomery.

Ciertamente existe una explicación parcial en la larga historia de injusticias registrada en los autobuses de Montgomery. La protesta del autobús no nació totalmente desarrollada como Atenea nació de Zeus; fue la culminación de un lento proceso de maduración. El arresto de la señora Parks fue el factor que lo precipitó, más que la causa de la protesta. La causa yacía profundamente en los recuerdos de similares injusticias. Casi todo el mundo podía hacer mención de algún desafortunado episodio que había experimentado o visto.

Pero llega un momento en que la gente se cansa de ser aplastada por la opresión. Llega un momento en que la gente se cansa de permanecer hundida en el abismo de la explotación y de la injusticia. La historia de Montgomery es la historia de 50.000 negros que querían sustituir sus cansados pies por sus cansadas almas, y andar par las calles de Montgomery hasta que los muros de la segregación fueran finalmente abatidos por las fuerzas de la justicia.

Pero ni una ni otra dan la explicación íntegra. Los negros de otras comunidades se enfrentaban con condiciones igualmente malas y frecuentemente peores. No podemos explicar la historia de Montgomery por el motivo exclusivo de los abusos sufridos allí. Por otra parte, tampoco puede explicarse por la preexistencia de una unidad entre los líderes negros, ya que hemos visto que la comunidad negra de Montgomery antes de la protesta se caracterizaba por la división de los líderes, la indiferencia y la complacencia. Tampoco se puede explicar por la aparición en la escena de una nueva dirección. La historia de Montgomery habría tenido lugar aunque los líderes de la protesta no hubieran nacido nunca.

De este modo, cada explicación racional falla en algún punto. Hay algo en la protesta que es superracional; y que no puede ser explicado sin darle una dimensión divina. Algunos lo han llamado un principio de concreción, como Alfred N.

Whitehead; o un proceso de integración, según Henry N. Wieman; o un florecimiento del propio ser, como Paul Tilhich; o un Dios personal. Cualquiera que sea el nombre, se trata de fuerzas extrahumanas que trabajan para crear una armonía de las discordias de la humanidad. Hay un poder creativo que trabaja para destruir las montañas de las maldades y las cumbres de las injusticias. Dios trabaja sin cesar a través de la historia y utiliza sus maravillas para llevar a cabo sus planes. Parece como si Dios hubiera decidido que Montgomery fuese utilizado como experimento para la lucha y triunfo de la libertad y la justicia en América. ¿Y qué mejor sitio para ello que el lugar más simbólico del viejo Sur? Es una de las sorprendentes ironías de nuestros días que Montgomery, la cuna de la Confederación, se esté transformando en Montgomery, la cuna de la libertad y de la justicia.

El día clave, lunes, 5 de diciembre de 1955, estaba llegando a su fin. Todos nos preparamos para ir a nuestras casas, no sabiendo del todo lo que había sucedido. Las deliberaciones de esta despejada y fría noche de diciembre no serán olvidadas. En aquella noche empezábamos un movimiento que se ganaría el reconocimiento nacional; cuyos ecos sonarían en los oídos de gentes de todas las naciones; un movimiento que aturdiría al opresor y aportaría nuevas esperanzas al oprimido. Aquella noche fue el momento de Montgomery en la historia.

LOS AUTOBUSES INTEGRADOS

Había decidido que, después de luchar muchos meses con mi pueblo para llegar a la meta de la justicia, no debería ahora sentarme y esperar, sino que debería dirigirlos en los autobuses con mi presencia. Rogué a Ralph Abernathy, E. D. Nixon y Glenn Smiley que se unieran a mí para utilizar el primer autobús integrado. Llegaron a mi casa hacia las 5.45 del viernes por la mañana. Las cámaras de televisión, fotógrafos y periodistas rondaban fuera en la puerta. A las 5.55 nos dirigimos hacia la parada del autobús, las cámaras, disparando y los periodistas, bombardeándonos a preguntas. Pronto apareció el autobús; la puerta se abrió y subí. El conductor del autobús me sonrió con cordialidad. Así que puse mi dinero en la taquilla, dijo:

—Creo que usted es el reverendo King, ¿no?

Respondí: "Sí, yo soy".

—Es un placer tenerle entre nosotros esta mañana —dijo.

Le di las gracias y tomé asiento sonriéndome también. Abernathy, Nixon y Smiley me siguieron con algunos periodistas y fotógrafos tras ellos. Glenn Smiley se sentó junto a mí. De esta manera subí al primer autobús integrado en Montgomery, con un ministro blanco y nativo del Sur como compañero de asiento.

En el centro de la ciudad transbordamos a un autobús de los que hacían el servicio del distrito residencial de los blancos. Las personas blancas iban subiendo y muchas de ellas tomaban asiento como si nada ocurriese. Otras miraban sorprendidas a los negros sentados en la parte delantera y otras se mostraban enojadas al ver que debían sentarse detrás de los negros o permanecer de pie. Un señor anciano permaneció de pie junto al conductor, a pesar de que había

algunos asientos vacíos en la parte posterior. Cuando alguien le sugirió que se sentase en la parte de atrás respondió: "Antes moriría e iría al infierno que sentarme detrás de un negro". Una mujer blanca se sentó inconscientemente junto a un negro. Cuando se dio cuenta de quién era su vecino saltó y dijo en un tono de evidente enfado: "¿Qué es lo próximo que van a hacer estos negros?".

Pero a pesar de tales muestras de hostilidad no hubo mayores incidentes el primer día. Muchos de los blancos respondieron al nuevo sistema con calma. Algunos, premeditadamente y con amistosas sonrisas, tomaron asiento junto a los negros. Cierto es que una mujer negra fue abofeteada por un hombre blanco cuando descendía, pero se negó a tomar represalias. Más tarde dijo: "Yo sola hubiese podido romperle el cuello a ese amiguito, pero cuando salí de la reunión la pasada noche, determiné hacer lo que el reverendo King indicaba". El *Montgomery Advertiser* publicó al final del primer día: "La tranquila pero prudente aceptación de este significante cambio en la vida de Montgomery se produjo sin ningún mayor disturbio".

Pero los reaccionarios no se habían retirado. Muchos de ellos habían predicho violencia, y dichas predicciones son siempre una invitación consciente o inconsciente a la acción. Cuando la gente, especialmente en las oficinas públicas, habló de las matanzas como compañeras de la integración, agitaron e incitaron a las masas a actos de destrucción, y a menudo trabajaron subrepticiamente para llevarlos a cabo. En Montgomery varios funcionarios públicos habían predicho violencia, y violencia debería producirse si ellos querían salvar su posición.

El 28 de diciembre, los primeros días llenos de pacífica coexistencia habían dado paso a un reinado de terror. Los autobuses eran tiroteados por toda la ciudad, especialmente en los lugares poco iluminados. Una joven fue golpeada por cuatro o cinco hombres blancos cuando descendía del autobús. Una mujer en estado de embarazo fue alcanzada por una bala en la pierna. Llenos de terror, muchos negros y

blancos rehusaron subir a los autobuses. La corporación de la ciudad respondió suspendiendo los trayectos nocturnos. Ningún autobús podía iniciar un recorrido después de las cinco de la tarde, lo cual significaba que de nuevo los obreros que regresaban a sus hogares quedaban sin transporte. Esto era exactamente lo que los elementos de la violencia querían.

Durante este periodo se hizo un nuevo esfuerzo para dividir a los negros. Se distribuyeron octavillas indicando a los negros que se rebelaran contra mí en particular y contra sus dirigentes en general. Se decía que estos folletos provenían de los magnates negros, pero todos sabían que eran obra de los extremistas blancos. Refiriéndose a mí como Luther, un folleto decía: "Se nos dispara desde que él sube; cada día nos crea más problemas. Despertaos. Echadlo de la ciudad". Otro expresaba: "¡Todo iba bien en Montgomery antes de que tuviéramos predicadores de fuera! Preguntad a los padres del reverendo King si aprueban sus hechos, o preguntadle a él si le van a ayudar en Atlanta. Mejor es abandonarle antes de que sea tarde".

El Ku Klux Klan estaba en su elemento. Un día descendió hasta Montgomery con gran aparato de presentación. Pero parecía que habían perdido su atracción. Un estudiante que vio a los hombres del Klan en las calles con sus vestiduras blancas y sus insignias rojas se dirigió a sus quehaceres con todo optimismo, pensando que estaban haciendo una colecta, y una noche un chico negro fue visto calentándose las manos en una cruz que se quemaba.

El 9 de enero, Ralph Abernathy y yo fuimos a Atlanta para preparar una reunión de dirigentes negros que habíamos convocado para el día siguiente. A medianoche fuimos despertados por una llamada telefónica de la esposa de Ralph, Juanita. Supuse que solo un nuevo desastre le haría hacernos levantar a las dos de la madrugada. Cuando Ralph volvió, su grave semblante me explicó parte de la historia. "Mi casa ha sido bombardeada y tres o cuatro explosiones se han oído en la ciudad, pero Juanita todavía no sabe dónde". Pregunté por el estado de Juanita y su hija. "Gracias a Dios

están salvas". Antes de que pudiésemos hablar más, el teléfono sonó por segunda vez. Era Juanita de nuevo, diciendo que la First Baptist Church había sido alcanzada. Miré a Ralph cuando se sentó atónito junto a mí. Su casa y su iglesia habían sido bombardeadas en una noche y yo no tenía palabras para confortarle. Allí, en las tempranas horas de la mañana, rogamos juntos a Dios pidiéndole firmeza y fuerza para seguir adelante.

Entre las tres y las siete recibimos un mínimo de quince llamadas. Finalmente supimos que junto con la casa y la iglesia de Ralph, la casa de Bob Graetz y otras tres iglesias baptistas (Bell Street, Hutchinson Street y M. T. Olive) habían sido alcanzadas. Presintiendo que esta vez la gente podía ser incitada a luchar, telefoneé a unos cuantos ministros de Montgomery y les indiqué que hicieran todo lo que pudiesen para mantener el control. Al mismo tiempo Ralph y yo decidimos regresar inmediatamente, dejando que la reunión de dirigentes sudistas comenzara sin nosotros.

Desde el aeropuerto de Montgomery nos dirigimos directamente a casa de Ralph. La calle estaba acordonada y cientos de personas contemplaban con espanto las ruinas. El porche central había sido casi completamente destruido y los objetos del interior de la casa estaban esparcidos de un lugar a otro. Juanita, aunque horrorizada y pálida, estaba totalmente apaciguada.

El resto de la mañana lo pasamos en una desagradable visita a los otros lugares bombardeados. Las iglesias de Bell Street y M. T. Olive Baptist habían sido casi completamente destruidas. Las otras dos iglesias no habían sido tan seriamente dañadas, pero sin embargo habían sufrido grandes pérdidas. Las pérdidas totales de las cuatro iglesias fueron estimadas en 70.000 dólares. La casa de Bob Graetz había sufrido un atentado el verano anterior, pero había escapado únicamente con pequeños desperfectos. Esta vez no fue tan afortunado. La parte frontal de su casa aparecía en ruinas y los trozos de cristales esparcidos por el interior mostraban la violencia de la explosión. Junto a cada lugar de

los atentados había grandes grupos de personas enojadas, pero, con una sujeción que nunca he dejado de admirar, se sabían mantener bajo control.

La mañana siguiente tres importantes organismos blancos publicaban declaraciones condenando los atentados. Grover Hall, editor del *Montgomery Advertiser*, publicó un duro artículo titulado: "¿Es seguro vivir en Montgomery?", en el que insistía en que las cosas se habían desbordado y habían dejado de ser una mera cuestión de la segregación contra la integración. Cuando leí el severo artículo de Hall no pude dejar de admirar a aquel hombre tan brillante como complejo, que a pesar de decir de sí mismo que era partidario de la segregación, no podía asimilar los excesos que se hacían en su nombre. Algunos ministros blancos denunciaron los atentados como anticristianos e incivilizados y durante todo el día sus declaraciones fueron repetidas en la televisión por el distinguido ministro de la First Presbyterian Church, reverendo Merle Patterson. Los "Men of Montgomery" también hicieron saber su inalterable oposición a los atentados. Por primera vez desde que la protesta empezó, estos influyentes blancos se declararon públicamente del lado de la ley y del orden. Sus actitudes nos dieron nueva confianza en la decencia básica de la inmensa mayoría de los blancos de la comunidad. A pesar de su apoyo a la segregación estaba claro que todavía permanecían del lado de la ley y que nunca justificarían el uso de la violencia para preservar el sistema.

Aquella tarde regresé a Atlanta para hacer al menos una aparición en la reunión de dirigentes negros. Allí encontré a un entusiástico grupo de casi cien hombres de todo el Sur, decididos a iniciar un movimiento no-violento a fin de extender por todo el Sur la decisión del Tribunal Supremo contra la segregación en los autobuses. Antes de levantar la sesión se votó para formar una organización permanente, la Southern Christian Leadership Conference, y me eligieron presidente, cargo que todavía desempeño.

Cuando volví a Montgomery después del fin de semana

encontré a la comunidad negra decaída. Después de los atentados la Corporación de la ciudad había ordenado que los autobuses no circularan por las calles y parecía ahora que los dirigentes de la ciudad se servían de este reinado de violencia como una excusa para cancelar las concesiones a la compañía de autobuses. Como resultado, muchos empezaron a creer que todo lo que habíamos ganado había sido perdido; y yo mismo sentí miedo de que tuviéramos que padecer otra larga lucha para conseguir que se renovase el servicio. Empezaba a preguntarme si las virulentas octavillas que se esparcieron por la comunidad negra habían podido hacer su efecto. Descorazonado, y todavía sublevado ante los atentados, por alguna extraña razón comencé a sentirme culpable de todo lo que estaba sucediendo.

En este estado de ánimo fui a la reunión masiva del lunes por la noche. Allí, por primera vez, me abatí en público.

Había invitado a la audiencia a que se uniera a mí en la oración y había comenzado pidiendo a Dios guía y dirección para todas nuestras actividades. Entonces, en un momento de emoción, no pude controlarme y dije: "Señor, espero que nadie muera como resultado de nuestra lucha por la libertad en Montgomery. Ciertamente no quisiera morir. Pero si alguien tiene que morir que sea yo". La audiencia se alborotó, gritos de "no, no" se oyeron de todos lados. Tan intensa fue la reacción que no pude continuar mi plegaria. Dos ministros amigos míos subieron al púlpito y me instaron a sentarme. Durante unos minutos permanecí entre sus brazos incapaz de moverme; después, con la ayuda de mis amigos, me senté. Fue esta escena la que causó que la prensa relatara equivocadamente que me había desmayado. Inesperadamente este episodio me produjo gran consuelo. Muchas personas vinieron a mí después de la reunión y muchas me telefonearon al día siguiente para asegurarme que estaríamos unidos hasta el final. Durante los días siguientes, la ciudad permaneció completamente tranquila. Los servicios de autobuses fueron pronto reanudados, aunque durante el día solamente.

Entonces hizo su aparición otra ola de terror. El día 28 de enero por la mañana temprano People's Service Station y Cab Stand fueron bombardeadas y otras bombas fueron introducidas en la casa de Allen Robertson, un trabajador negro del hospital, de sesenta años de edad. Nunca se descubrió por qué se escogieron a estas dos víctimas para el atentado. La misma mañana una bomba sin explotar, que contenía doce cargas de dinamita, fue hallada humeando todavía en mi porche.

Yo estaba con unos amigos en el otro extremo de la ciudad, y Coretta y "Yoki" estaban en Atlanta; una vez más me enteré de la noticia por teléfono. En mi camino hacia casa visité los otros escenarios de los desastres cercanos, y para mi gran consuelo me enteré de que nadie había sido herido. Vi un coche de la policía alejarse del lugar con dos negros en los asientos posteriores. Supe que aquellos hombres habían sido arrestados porque habían recriminado a la policía en su propia cara, diciéndoles que no habían hecho nada para coger a los terroristas. Más tarde los dos fueron acusados de haber intentado "instigar al motín". Pero no hubo ningún motín aquel día, aunque las masas se habían reunido alrededor de los edificios dañados y estaban preparadas para la violencia. Esperaban una señal. Afortunadamente esta señal no llegó nunca.

En casa me dirigí a la muchedumbre desde mi porche, donde la señal de la bomba estaba clara. "No debemos recurrir a la violencia bajo ninguna condición. Sé que es un consejo difícil de seguir, especialmente desde que hemos sido víctimas de un mínimo de diez atentados. Pero este es el camino de Cristo; es el camino de la cruz. De una manera u otra debemos creer que el sufrimiento inmerecido es redentor".

Entonces, como era domingo por la mañana, indiqué a la gente que fueran a sus casas y se prepararan para ir a la iglesia. Se dispersaron gradualmente.

Con estos atentados la comunidad se dio cuenta de que

Montgomery estaba encaminándose velozmente hacia la anarquía. Finalmente, la ciudad empezó a investigar en serio. Fueron ofrecidos premios de 4.000 dólares por las informaciones concernientes al arresto y culpabilidad de los terroristas. El 31 de enero la comunidad negra se sorprendió al oír que siete personas blancas habían sido arrestadas en relación con los atentados. El detective J. D. Shows aseguró haberlas detenido. Todos estos hombres fueron puestos en libertad bajo fianza de 250 a 13.000 dólares y el tribunal de la ciudad pasó los cargos al gran jurado del condado de Montgomery. El gran jurado procesó a cinco de los hombres y dejó en libertad a los otros dos.

El juicio de los dos primeros acusados, Raymond D. York y Sonny Kyle Livingston, se efectuó en el tribunal del condado de Montgomery, el mismo tribunal donde yo había sido juzgado en el caso del antiboicot un año antes y con el mismo procurador William F. Thetford, encargado de hacer de fiscal. Con el caso de Emmet Till, de Mississippi, todavía fresco en nuestras mentes, los negros tenían pocas esperanzas de que se los declarara culpables.

Algunos de nosotros fuimos citados como testigos. El día que se abrió la sesión encontramos la sala del tribunal llena de espectadores, la mayoría de ellos blancos. Por el contrario, había poco espacio para los negros. Se podía decir por el vestido y maneras de los blancos que la mayoría de ellos eran pobres e ignorantes, la clase que encontraría seguridad en el Ku Klux Klan. Cuando entramos nos miraron con un odio no disimulado.

Los abogados encargados de la defensa emplearon dos días intentando probar la inocencia de sus clientes, discutiendo que los atentados habían sido efectuados por la MIA, para obtener nuevos donativos del exterior, para su maltrecha hacienda. Al final del segundo día fui llamado al estrado de los testigos por la defensa. Durante más de una hora se me preguntaron cosas que no estaban relacionadas con los casos de atentados. Los abogados elevaron informes míos fuera de lo que se estaba discutiendo para dar la

impresión de que yo era el infiltrador del odio y de la violencia. Sobre muchos puntos inventaron declaraciones denigrantes de gente blanca y me las atribuyeron a mí.

Por otro lado el señor Thetford luchó para demostrar la culpabilidad con tanta diligencia como lo había hecho conmigo el año anterior. Tenía un caso excelente. Los hombres habían firmado sus confesiones. Pero a pesar de todas estas evidencias, el jurado dio un veredicto de inocencia. Rodeados de sus amigos, Raymond D. York y Sonny Kyle Livingston salieron de la sala del tribunal sonriendo satisfactoriamente.

La justicia había fracasado una vez más. Pero los fanáticos reaccionarios habían conseguido su último triunfo. Los disturbios cesaron abruptamente. La desegregación en los autobuses fue un proceso suave. En pocas semanas los transportes volvieron a la normalidad y las personas de ambas razas viajaron juntas a donde les placía. No se cayeron los cielos cuando los autobuses integrados viajaron finalmente por las calles de Montgomery.

SER UN BUEN PRÓJIMO

¿Y quién es mi prójimo?

Lc 10, 29

Quisiera hablaros de un hombre bueno, cuya vida ejemplar será siempre una luz esplendorosa que perturbará la adormecida conciencia de la humanidad. Su bondad no se fundamentaba en una confianza pasiva en un credo particular, sino en su participación activa en una acción salvadora de la vida. No en un peregrinaje moral que consigue su meta, sino en una moral de amor que le hacía recorrer los grandes caminos de la vida. Era bueno porque era un buen "prójimo".

La preocupación ética de este hombre está expresada en una maravillosa pequeña narración, que empieza con una discusión teológica sobre el significado de la vida eterna y se acaba con una manifestación concreta de compasión en un camino agreste. Una pregunta fue formulada a Jesús por un hombre que había sido adiestrado en todos los detalles de la ley judía:

"Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna?". La respuesta es rápida: "¿Qué es lo que está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella?". Después de unos instantes, el escriba recita articuladamente: "Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu espíritu; y al prójimo como a ti mismo". Entonces viene la palabra decisiva de Jesús: "Has respondido correctamente; haz esto y vivirás".

El jurista quedó preocupado: "¿Por qué —podría preguntar la gente— un hombre experto en la ley preguntaba lo que hasta un novicio habría podido responder?". Queriéndose justificar y mostrar que la respuesta de Jesús distaba mucho de ser completa, preguntó: "¿Y quién es mi prójimo?". El jurista llevaba así la discusión hacia un punto en el que podía

hacer de la conversación una discusión abstracta. Pero Jesús, decidido a no dejarse atrapar en la "parálisis del análisis", cogió la pregunta al vuelo y la dejó en una curva peligrosa entre Jerusalén y Jericó.

Explicó la historia de un hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos ladrones que lo desnudaron, le golpearon y lo dejaron medio muerto. Por suerte, apareció un sacerdote, pero pasó de largo por el otro lado del camino. Poco después, un levita hizo lo mismo. Finalmente, apareció un samaritano, un mestizo de un pueblo con el que los judíos nunca tenían tratos. Viendo al herido, se compadeció de él, le brindó los primeros auxilios, "lo montó encima de su propia cabalgadura, lo llevó a la posada y tuvo cuidado de él".

¿Quién es mi prójimo? "Yo no sé su nombre", dice en esencia Jesús. "Es todo aquel de quien tú eres vecino. Es quien se encuentra en una necesidad al borde del camino de la vida. No es ni judío ni gentil; no es ni ruso ni americano; no es ni blanco ni negro. Es *un hombre* —todo hombre en la necesidad— en uno de los numerosos caminos de Jericó de la vida". Jesús define al prójimo, por consiguiente, no con una fórmula teológica, sino con una situación vital.

¿En qué consistía la bondad del buen samaritano? ¿Por qué siempre será un modelo y una inspiración en la virtud de la buena relación? Me parece que la bondad de este hombre puede ser descrita con una sola palabra: altruismo. El buen samaritano era altruista hasta el fondo de su corazón. ¿Qué es el altruismo? El diccionario lo define como "la preocupación y la entrega por el interés de los otros". El samaritano era bueno porque hacía de la preocupación por los otros la primera ley de su vida.

I

El samaritano era capaz de un "altruismo universal". Se daba cuenta con agudeza de lo que existe más allá de los eternos accidentes de raza, de religión, de nacionalidad. Una de las

grandes tragedias en el largo trayecto del hombre sobre las grandes rutas de la historia ha sido la limitación de la preocupación por el prójimo a la tribu, a la raza, a la clase, a la nación. El Dios del Antiguo Testamento era un dios tribal y la moral era tribal. "No matarás" significaba: "No matarás a un hermano israelita; pero, por el amor de Dios, ¡mata a un filisteo!". La democracia griega contenía una cierta aristocracia, pero no las hordas de esclavos griegos, cuyo trabajo permitió la construcción de las ciudades-Estado. El universalismo que hay en el centro de nuestra Declaración de Independencia ha sido negado vergonzosamente por la desastrosa tendencia de América de sustituir "todos" por "algunos". Mucha gente, tanto en el Norte como en el Sur, aún creen que la afirmación "Todos los hombres han sido creados iguales" significa "Todos los hombres blancos han sido creados iguales". Nuestra firme adhesión al capitalismo monopolístico nos vuelve más deseosos por la seguridad económica de los capitanes de industria que por los trabajadores, cuyo sudor y destreza aseguran el funcionamiento de la industria.

¿Cuáles son las devastadoras consecuencias de esta actitud estrecha, centrada en el grupo? Pues que nadie se preocupa realmente de lo que ocurre a la gente que está fuera de su propio grupo. Si un americano solo se preocupa de su nación, no se preocupará por los pueblos de Asia, de África o de América del Sur. ¿No es por esto que las naciones se comprometen en la locura de la guerra sin el menor sentido de arrepentimiento? ¿No es por esto que el asesinato de un compatriota es un crimen, pero que el asesinato de los ciudadanos de otra nación en guerra es un acto de virtud heroica? Si los industriales no se preocupan más que de sus intereses personales, pasarán de largo cuando miles de trabajadores perderán sus trabajos y se encontrarán abandonados en cualquier camino de Jericó, en razón de la automatización, y considerarán "socialista" cualquier movimiento para una mejor distribución de los recursos y una vida mejor para el trabajador. Si un hombre blanco solo se preocupa de su raza, pasará sin interés cerca del negro que

ha sido despojado de su personalidad, privado de su sentido de la dignidad y dejado agonizante en un camino perdido. Hace años, un coche que transportaba varios miembros de un equipo de baloncesto de un colegio negro tuvo un accidente en una gran carretera del sur y tres de los jóvenes resultaron heridos de gravedad. Una ambulancia fue llamada inmediatamente; pero, al llegar al lugar del accidente, el chófer, que era blanco, declaró sin excusarse que no tenía por costumbre servir a los negros y regresó. Un automovilista que pasaba condujo a los heridos benévolamente al hospital más próximo, pero el médico de guardia declaró en un tono hostil: "No admitimos negros en este hospital". Cuando los jóvenes llegaron, por fin, a un hospital de "color" en un pueblo a unas 50 millas del lugar del accidente, uno estaba muerto y los otros dos murieron, respectivamente, treinta y cincuenta minutos más tarde. Los tres probablemente se habrían salvado si hubiesen podido ser atendidos inmediatamente. Este no es más que uno de los miles de accidentes inhumanos que se producen cada día en el Sur, manifestación increíble de las bárbaras consecuencias de toda ética centrada en la tribu, la nación o la raza.

La verdadera tragedia de este provincianismo estrecho es que nosotros vemos a la gente como entidades o simplemente como cosas. Demasiado poco a menudo vemos a la gente verdaderamente como *hombres*. Una miopía espiritual restringe nuestra visión a los accidentes externos. Vemos a la gente como a judíos o gentiles, católicos o protestantes, chinos o americanos, negros o blancos. No pensamos en ellos como hermanos humanos, hechos de la misma materia que nosotros, modelados sobre la misma imagen divina. El sacerdote y el levita no vieron más que un cuerpo ensangrentado, no a un ser humano semejante a ellos. Pero el buen samaritano nos recordará siempre que es necesario extirpar de nuestros ojos espirituales la catarata del provincianismo y ver a los hombres como hombres. Si el samaritano hubiese considerado al herido en primer lugar como a un judío, no se habría parado, ya que judíos y samaritanos no tenían relaciones. Lo vio, en primer lugar,

como un ser humano, que era judío solamente por accidente. El buen prójimo mira más allá de los accidentes externos y distingue aquellas cualidades interiores que hacen a todos los hombres humanos y, por lo tanto, hermanos.

II

El samaritano era capaz de un "altruismo peligroso". Arriesgó su vida para salvar a su hermano. Si nos preguntamos por qué el sacerdote y el levita no se detuvieron para ayudar al herido, nos vienen muchas hipótesis a la mente. ¿Quizás no podían entretenerse porque iban a una importante reunión eclesiástica? ¿Quizás las reglas litúrgicas les prohibían tocar un cuerpo humano antes de sus funciones en el templo? ¿O quizás se habían puesto en camino para ir a una Asamblea para la Mejora del Camino de Jericó? En este caso se trataba sin duda alguna de una necesidad real: no es suficiente, en efecto, ayudar a un individuo herido en este preciso camino; es igualmente importante cambiar las condiciones que hacen posible el latrocinio.

La filantropía es una cosa buena, pero no ha de llevar al filántropo a ignorar las circunstancias de injusticia económica que hacen necesaria la filantropía. Quizás el sacerdote y el levita creían que vale más curar la injusticia en la fuente de origen que no conformarse con un simple resultado individual.

Estas son unas razones probables de su negativa a detenerse; pero aún hay otra razón, a menudo olvidada: tuvieron miedo. El camino de Jericó era un camino peligroso. Cuando yo visité Tierra Santa con mi mujer, alquilamos un coche e hicimos el trayecto de Jerusalén a Jericó. Mientras pasábamos lentamente por este camino sinuoso y accidentado le dije a mi esposa: "Ahora comprendo por qué Jesús escogió este camino para situar aquí su parábola". Jerusalén está a unos seiscientos metros sobre el nivel del mar y Jericó, a unos trescientos debajo. El descenso se realiza en menos de treinta kilómetros. Muchos virajes

bruscos facilitan las emboscadas y exponen al viajero a ataques imprevisibles. En otro tiempo el camino se llamaba "El paso de la sangre". Es, pues, posible que el sacerdote y el levita tuviesen miedo, si se detenían, serían atacados ellos también. Quizás los ladrones estaban todavía cerca. Y el herido, ¿no podía ser un falso herido que buscaba atraer a los viajeros a su alcance y atacarlos pronto y sin mucho esfuerzo? Imagino que el sacerdote y el levita se hicieron antes esta pregunta: "¿Qué me sucederá si me paro a ayudar a este hombre?". En razón de su preocupación, el buen samaritano cambió la pregunta: "¿Qué le sucederá a este hombre si no me detengo a ayudarle?". El buen samaritano estaba comprometido con un altruismo peligroso.

Nos preguntamos a menudo: "¿Qué será de mi empleo, de mi prestigio, de mi rango, si me comprometo en este asunto? ¿Mi casa, será dinamitada? ¿Mi vida, se verá amenazada? ¿Iré a la cárcel?". El hombre bueno siempre da la vuelta a la pregunta. Albert Schweitzer no se interrogó: "¿Qué será de mi prestigio y mi seguridad como profesor de Universidad, qué será de mi categoría de organista especialista de Bach, si trabajo con el pueblo de África?". Se preguntó lo contrario: "¿Qué sucederá a estos millones de personas heridas por la injusticia si no voy hacia ellos?". Abraham Lincoln no se preguntó: "¿Qué me pasará si proclamo la Emancipación y pongo fin a la esclavitud?". Sino que se preguntó: "¿Qué le sucederá, a la Unión y a los millones de negros, si no lo hago?". El negro que ejerce una profesión no pregunta: "¿Qué le sucederá a mi posición asegurada, a mi rango de clase media, a mi seguridad personal, si participo en el movimiento que quiere poner fin a la segregación?", sino que pregunta: "¿Qué pasará a la causa de la justicia y a las masas de pueblo negro que nunca han sentido el calor de una seguridad económica si no participo activa y valientemente en este movimiento?".

Un hombre no se mide, en definitiva, por el lugar que ocupa en los momentos de confort y de comodidad, sino por el que ocupa en tiempos de prueba y de adversidad. El

verdadero prójimo pondrá en peligro su situación, su prestigio y hasta su vida por el bien de los otros. En los valles peligrosos y en los caminos expuestos, levantará a su hermano maltratado y golpeado hacia una vida más alta y más noble.

III

Finalmente, el samaritano estaba dotado de un "altruismo excesivo". Con sus propias manos curó las heridas del hombre y lo cargó encima de su propia cabalgadura. Habría sido más fácil pagar una ambulancia para conducir al hospital el infortunado, en vez de arriesgarse a ver su elegante vestido tacado de sangre.

El altruismo auténtico es más que la aptitud para la piedad; es la aptitud para simpatizar. La piedad puede no ser mucho más que la preocupación impersonal dispuesta rápidamente a enviar un cheque, pero la verdadera simpatía es la preocupación personal que exige el don de uno mismo. La piedad puede nacer del interés por una abstracción denominada humanidad, pero la simpatía crece a partir de una preocupación por un ser humano en particular, que yace en un camino perdido de la vida. La simpatía es un sentimiento de hermandad por la persona necesitada, por su pena, por su angustia, por su carga. Nuestros esfuerzos misioneros quedan anulados cuando se fundamentan en la piedad en vez de fundamentarse en la verdadera compasión. En vez de probar a hacer algo *con* los pueblos africanos y asiáticos, demasiado a menudo hemos buscado solamente el hacer algo *para* ellos. Una expresión de piedad, sin auténtica simpatía, conduce a una nueva forma de paternalismo que una persona que se respete no puede aceptar. Los dólares tienen el poder de ayudar a los niños de Dios en los caminos de Jericó de la vida, pero si estos dólares no son repartidos por manos compasivas no enriquecerán ni al que los da ni al que los recibe. Millones de dólares misioneros han sido enviados a África por personas de iglesia que tolerarían

millones de muertos antes que conceder a un solo africano el privilegio de asociarse al culto en su comunidad. Millones de dólares del Cuerpo de la Paz son invertidos en África gracias al voto de ciertos hombres que luchan implacablemente para evitar que los embajadores africanos lleguen a ser miembros de sus cuerpos diplomáticos o establezcan la residencia en su vecindario. El Cuerpo de la Paz no tendrá éxito si mira de hacer algo *para los* pueblos menos favorecidos del mundo; triunfará si procura de manera creadora hacer algo *con* ellos. No tendrá éxito en tanto que movimiento negativo dirigido a extinguir el comunismo; lo tendrá únicamente como resultado de un esfuerzo positivo destinado a liberar el mundo de la pobreza, de la ignorancia y de la enfermedad. El dinero sin amor es como la sal sin sabor, que solamente sirve para ser pisada por los hombres. El samaritano curó con sus manos las heridas corporales del hombre atacado y manifestó aún suficiente amor para curar las heridas de su espíritu desamparado.

Otra manifestación del altruismo excesivo del buen samaritano fue su voluntad de hacer más que su deber. Después de haber asistido al herido, lo montó sobre su propia cabalgadura, lo condujo a la posada y dio el dinero necesario para su curación, y aseguró que, si había gastos suplementarios, los abonaría de buen grado. "Y los gastos que haya de más, yo, cuando regrese, te los pagaré".

Hasta sin este gesto, habría sobrepasado toda regla posible sobre el deber hacia un extraño herido. Fue más allá de la segunda milla. Su amor era completo.

El Dr. Harry Emerson Fosdick ha hecho una distinción importante entre las obligaciones que pueden ser impuestas y las que no pueden serlo. Las primeras están reguladas por los códigos de la sociedad y la intervención vigorosa de los órganos de aplicación de la ley. La violación de estas obligaciones, detallada en miles de páginas en los libros de derecho, ha llenado muchas cárceles. Pero las obligaciones que no pueden ser impuestas escapan a las leyes de la sociedad. Se refieren a actitudes interiores, a las verdaderas

relaciones de persona a persona, a manifestaciones de compasión, que los tratados jurídicos no pueden reglamentar y que las cárceles no pueden rectificar. Las obligaciones de esta índole emanan de la sumisión personal a una ley interior, escrita en el corazón del hombre. Las leyes humanas aseguran la justicia, una ley superior produce el amor. Ningún código ha persuadido a un padre a amar a sus hijos, o a un marido a mostrar afecto hacia su mujer. Los tribunales de justicia pueden obligarle a dar a su familia el pan para el cuerpo, no pueden obligarle a dar el pan del amor. Un buen padre obedece a lo que no puede serle impuesto desde el exterior. El buen samaritano representa la conciencia de la humanidad, porque también él obedece a lo que no puede serle impuesto. Ninguna ley del mundo habría podido producir esta compasión sin mezcla, este amor genuino, este altruismo total.

Hoy, en el seno de nuestra nación, hay planteado un gran combate. Es el combate por la victoria sobre un monstruo llamado segregación y su gemelo inseparable llamado discriminación, un monstruo que durante casi cien años ha recorrido este país despojando a millones de negros de su sentido de la dignidad y robándoles el derecho natural a la libertad.

No caigamos nunca en la tentación de creer que la legislación y los decretos jurídicos no desempeñan más que un papel menor en la solución de este problema. La moralidad no puede ser puesta en forma de ley, pero la conducta puede ser regulada. Los decretos jurídicos no pueden cambiar los corazones, pero pueden moderar a los sin corazón. La ley no puede hacer que un patrón ame a su subordinado, pero puede impedir que no lo quiera contratar por el color de su piel. Los hábitos de la gente, ya que no sus corazones, han sido y son cambiados a diario por actos legislativos, decisiones judiciales y medidas administrativas. No nos dejemos engañar por quienes sostienen que la fuerza de la ley no puede poner fin a la segregación.

Reconociéndolo así tenemos que admitir que la solución

final del problema racial se encuentra en la buena voluntad de los hombres a obedecer aquello que no nos puede ser impuesto desde fuera. Las decisiones de los tribunales y los órganos federales de aplicación de la ley son de un valor inestimable para realizar la desegregación, pero la desegregación no es más que un paso, necesario pero parcial, hacia la meta final que nos proponemos, que es vivir genuinamente con todas las personas y con todos los grupos. La desegregación destruirá las barreras legales y unirá físicamente a los hombres, pero algo deberá conmover los corazones y las almas para que estos hombres se unan espiritualmente, porque es natural y justo. Una aplicación enérgica de la ley de derechos civiles pondrá punto final a la segregación en los servicios públicos, cosa que imposibilita una verdadera desegregación de la sociedad, pero no puede poner fin a los temores, a los prejuicios, al orgullo y a la irracionalidad, que obstaculizan una sociedad verdaderamente integrada. Estas actitudes turbias y diabólicas no desaparecerán a menos que los hombres estén poseídos por la ley invisible e interior que graba en su corazón la convicción de que todos los hombres son hermanos y de que el amor es para la humanidad el arma más poderosa de transformación personal y social. La integración verdadera será realizada por verdaderos *prójimos* sometidos voluntariamente a obligaciones no impuestas.

Más que nunca en el pasado, los amigos míos, los hombres de todas las razas y naciones, son requeridos a la buena vecindad. La llamada a una política mundial de buena vecindad es más que una piedra de toque efímera; es la llamada a una manera de vivir que transformará nuestra elegía cósmica inminente en un salmo de cumplimiento creador. Nosotros ya no nos podemos permitir el lujo de "pasar al otro lado del camino". A una locura así antes se la llamaba debilidad moral; hoy conduce a un suicidio universal. No podemos sobrevivir mucho más separados espiritualmente en un mundo unido geográficamente. En un último análisis, yo no puedo ignorar al herido del camino de Jericó, porque es una parte de mí mismo y yo soy una parte de

él. Su sufrimiento me empequeñece y su salvación me engrandece.

En nuestra búsqueda para hacer del amor fraternal una realidad, tenemos para guiarnos, además del ejemplo estimulante del buen samaritano, la vida magnánima de nuestro Cristo. Su altruismo fue universal, ya que pensaba en todos los hombres, incluso publicanos y pecadores, como hermanos. Su altruismo fue peligroso, ya que recorrió voluntariamente caminos llenos de peligros por una causa que sabía justa. Su altruismo fue excesivo, ya que escogió morir en el calvario, y la historia no nos puede proporcionar una expresión más magnífica de la obediencia a aquello que no se puede imponer.

De *Strength to Love*

CARTA DESDE LA CÁRCEL DE BIRMINGHAM*

16 de abril de 1963

Mis queridos sacerdotes y compañeros:

Mientras me hallo recluido aquí, en la cárcel de la ciudad de Birmingham, me llegó vuestra reciente declaración calificando mis actividades presentes de "poco hábiles e inoportunas". Son pocas las veces en que me detengo a contestar a las críticas formuladas contra mi trabajo e ideas. Si tratase de contestar a todas las críticas que pasan por mi mesa de trabajo, mis secretarios tendrían poco tiempo disponible para cualquier otra cosa en el curso del día, y a mí no me quedaría ni un instante para realizar una tarea constructiva.

Pero, como creo que sois hombres de intenciones fundamentalmente buenas, y que vuestras críticas han sido formuladas sinceramente, quiero intentar responder a vuestra declaración con unas pocas palabras que espero sean pacientes y razonables.

Creo que debería indicaros por qué estoy aquí, en Birmingham, puesto que parecéis influidos por la opinión que anatematiza a los "forasteros que se inmiscuyen en los asuntos ajenos". Tengo el honor de ser presidente de la *Southern Christian Leadership Conference,* una organización que actúa en todos los estados del Sur, con su cuartel general en Atlanta (Georgia). Tenemos en todo el Sur unas ochenta y cinco organizaciones afiliadas, y una de ellas es el *Alabama Christian Movement for Human Rights.* Compartimos a menudo nuestra dirección y nuestros recursos tanto educativos como financieros con nuestras filiales. Hace varios meses, la filial de aquí, de Birmingham, nos pidió que

estuviésemos dispuestos a emprender un programa de acción directa no-violenta si ello resultaba necesario. Consentimos enseguida, y, cuando llegó la hora, cumplimos nuestra promesa. Por eso, yo, y conmigo varios de mis colaboradores de la dirección, estamos aquí, por habérsenos invitado a que viniésemos. Estoy aquí porque aquí tengo vínculos de organización.

Pero lo que es más importante: estoy en Birmingham porque también está aquí la injusticia. Así como los profetas del siglo VIII antes de Cristo abandonaban sus pueblos y difundían su mensaje divino muy lejos de los límites de sus ciudades originarias; así como el apóstol Pablo dejó su pueblo de Tarso y difundió el Evangelio de Cristo hasta los lugares más remotos del mundo grecorromano, así me veo yo también obligado a difundir el Evangelio de la Libertad allende los muros de mi ciudad de origen. Lo mismo que Pablo, tengo que responder sin dilación a la petición de ayuda de los macedonios. Y, lo que es más, soy consciente de la interrelación existente entre todas las comunidades y los estados. No puedo permanecer con los brazos cruzados en Atlanta sin sentirme afectado por lo que en Birmingham acontece. La injusticia, en cualquier parte que se cometa, constituye una amenaza para la Justicia en todas partes. Nos encontramos cogidos dentro de las ineludibles redes de la reciprocidad, uncidos al mismo carro del Destino. Cualquier cosa que afecte a uno de nosotros directamente, nos afecta a todos indirectamente. Nunca más podremos permitirnos el lujo de aferrarnos a la idea estrecha, provinciana, de "agitador forastero". Quienquiera que vive dentro de las fronteras de los Estados Unidos tiene derecho a que no se le vuelva a considerar nunca más forastero en el territorio de la nación.

Deploráis las manifestaciones que ahora tienen lugar en Birmingham. Pero vuestra declaración, siento decirlo, hace caso omiso de las condiciones que dieron lugar a estas manifestaciones. Estoy seguro de que ninguno de vosotros quiere limitarse a esa clase de análisis social superficial que

no se ocupa más que de los efectos, sin detenerse a aprehender las causas subyacentes. Es una pena que las manifestaciones tengan lugar en Birmingham, pero es todavía más lamentable que la estructura del poder blanco de la ciudad no dejase a la comunidad negra otra salida que esta.

Toda campaña no-violenta tiene cuatro fases básicas: primero la reunión de los datos necesarios para determinar si existen las injusticias; luego la negociación; después la autopurificación; y, por último, la acción directa. Hemos pasado en Birmingham por todas estas fases. No cabe discutir el hecho de que la injusticia racial embarga a esta comunidad. Birmingham es probablemente la ciudad más drásticamente segregada de toda Norteamérica. Su horrenda lista de violencias es conocida de todos. Los negros han sufrido de modo flagrante un trato injusto por parte de los tribunales; ha habido más destrucciones de domicilios e iglesias negros a consecuencia de bombas y que han quedado sin resolver en Birmingham que en cualquier otra ciudad de la nación. Estos son los hechos, duros, palmarios, determinantes de la situación. Con estas condiciones por base, los líderes negros trataron de negociar con los prohombres de la ciudad. Pero estos se negaron una y otra vez a entablar negociaciones de buena fe.

Entonces, en septiembre último se presentó la oportunidad de hablar con los representantes de la comunidad económica de Birmingham. Durante las negociaciones, los comerciantes formularon ciertas promesas, entre ellas la de suprimir los humillantes símbolos raciales de los almacenes.

Apoyándose en estas promesas, el reverendo Fred Shuttles-worth y los líderes del Alabama Christian Movement for Human Rights concedieron una tregua en todas las manifestaciones. Pasaron las semanas y los meses, y comprobamos que éramos víctimas de un perjurio. Unos cuantos emblemas, tras haber sido suprimidos por un tiempo, volvieron a surgir; el resto permanecieron donde estaban.

Como en tantos otros casos, se habían defraudado nuestras esperanzas, y se apoderó de nosotros la sensación de un profundo desaliento. No teníamos más salida que la de apercibirnos para la acción directa, en la que presentaríamos nuestros propios cuerpos como instrumentos de exposición de nuestro caso ante la conciencia de la comunidad local y nacional. A sabiendas de las dificultades existentes, decidimos emprender un proceso de autopurificación. Dimos comienzo a la creación de toda una serie de seminarios para aleccionar sobre la no-violencia, y nos preguntamos reiteradas veces: ¿sabrás aceptar los golpes sin devolverlos? ¿Sabrás prevalecer en la prueba del encarcelamiento? Decidimos lanzar nuestro programa de acción directa en la temporada de Semana Santa, porque sabíamos que, excepto la Navidad, este era el periodo principal de compras durante el año. Conscientes de que un programa enérgico de boicot económico sería la consecuencia de la acción directa, pensamos que este sería el mejor momento para poner en marcha la presión que pensábamos ejercer sobre los comerciantes para provocar el cambio necesario.

Entonces caímos en la cuenta de que los comicios para la elección de alcalde en Birmingham estaban señalados para el mes de marzo, y decidimos rápidamente posponer la acción hasta el día siguiente al de las elecciones. Cuando descubrimos que el responsable del Orden Público, Eugene *Bull* Connor, había reunido votos bastantes para presentarse al desempate, nuevamente decidimos posponer la acción hasta el día siguiente al de los comicios finales para que no se utilizaran las manifestaciones con el fin de velar los problemas reales que se debatían. Como muchos otros, esperábamos asistir a la derrota del señor Connor, y para ello nos avinimos a retrasar una y otra vez la fecha de nuestra acción. Después de haber prestado nuestro auxilio a la comunidad en esta necesidad, creímos que ya no se podía demorar más nuestro programa de la acción directa.

Preguntaréis: "¿Por qué acción directa?". "¿Por qué *sit-*

ins, marchas y demás?". "¿Acaso no es el de la negociación el camino mejor?". Tenéis razón para abogar por la negociación. De hecho, esto es lo que realmente se propone la acción directa. La acción directa no-violenta trata de crear una crisis tal, y de originar tal tensión, que una comunidad que se ha negado constantemente a negociar se ve obligada a hacer frente a este problema. Trata de dramatizar tanto la cuestión, que ya no puede ser desconocida bajo ningún concepto. Podrá parecer raro que yo cite la creación de un estado de tensión como parte del trabajo que incumbe al resistente no-violento. Pero tengo que confesar que no me asusta la palabra "tensión". No he dejado nunca de oponerme a la tensión violenta, pero existe una clase de tensión no-violenta constructiva, necesaria para el crecimiento. Así como Sócrates creía que era necesario crear una tensión en la mente para que los individuos superasen su dependencia respecto de los mitos y de las semiverdades hasta ingresar en el recinto libre del análisis creador y de la evaluación objetiva, así también hemos de comprender la necesidad de "tábanos" no-violentos creadores de una tensión social que sirva de acicate para que los hombres superen las oscuras profundidades del prejuicio y del racismo, elevándose hasta las alturas mayestáticas de la comprensión y de la fraternidad.

La meta de nuestro programa de acción directa radica en crear una situación tan pletórica de crisis que desemboque inevitablemente en la salida negociadora. Me uno, pues, a ustedes en su apología de la negociación. Nuestro querido Sur ha permanecido demasiado tiempo encerrado en un trágico esfuerzo de vivir monologando en vez de dialogar.

Uno de los puntos básicos de su declaración es que la acción que yo y mis colaboradores hemos emprendido en Birmingham es inoportuna. Han preguntado algunos: "¿Por qué no habéis dado a la nueva administración urbana tiempo para obrar?". La única contestación que se me ocurre para esta pregunta es que la nueva administración de Birmingham tiene que ser tan zarandeada como la anterior si se quiere

que obre. Estamos profundamente equivocados si creemos que la elección de Albert Boutwell para el cargo de alcalde convertirá los sueños en realidad en Birmingham. Pese a ser el señor Boutwell persona mucho más pacífica que el señor Connor, ambos son segregacionistas, empeñados en el mantenimiento del *statu quo*. Espero que el señor Boutwell será lo bastante razonable como para percatarse de la insignificancia de una resistencia denodada a la integración. Pero no lo verá sin la presión de los partidarios incondicionales de los defensores de los derechos civiles. Amigos míos, tengo que decirles que no nos hemos apuntado ni un solo tanto en materia de derechos civiles sin una empecinada presión legal y no-violenta. Desgraciadamente, es un hecho histórico incontrovertible que los grupos privilegiados prescinden muy rara vez espontáneamente de sus privilegios. Los individuos podrán ver la luz de la moral y abandonar voluntariamente una postura injusta; pero, como nos recordara Reinhold Niebuhr, los grupos tienden a comportarse más inmoralmente que los individuos.

Sabemos por una dolorosa experiencia que la libertad nunca la concede voluntariamente el opresor. Tiene que ser exigida por el oprimido. A decir verdad, todavía estoy por empezar una campaña de acción directa que sea "oportuna" ante los ojos de los que no han padecido considerablemente la enfermedad de la segregación. Hace años que estoy oyendo esa palabra: "¡Espera!". Suena en el oído de cada negro con penetrante familiaridad. Este "espera" ha significado casi siempre "nunca". Tenemos que convenir con uno de nuestros juristas más eminentes en que "una justicia demorada durante demasiado tiempo equivale a una justicia denegada".

Hemos aguardado más de trescientos cuarenta años para usar nuestros derechos constitucionales y otorgados por Dios. Las naciones de Asia y de África se dirigen a velocidad supersónica a la conquista de su independencia política; pero nosotros estamos todavía arrastrándonos por un camino de herradura que nos llevará a la conquista de un tazón de café

en el mostrador de los almacenes. Es posible que resulte fácil decir "espera" para quienes nunca sintieron en sus carnes los acerados dardos de la segregación. Pero cuando se ha visto cómo muchedumbres enfurecidas linchaban a su antojo a madres y padres, y ahogaban a hermanas y hermanos por puro capricho; cuando se ha visto cómo policías rebosantes de odio insultaban a los nuestros, cómo maltrataban, e incluso mataban a nuestros hermanos y hermanas negros; cuando se ve a la gran mayoría de nuestros veinte millones de hermanos negros asfixiarse en la mazmorra sin aire de la pobreza, en medio de una sociedad opulenta; cuando, de pronto, se queda uno con la lengua torcida, cuando balbucea al tratar de explicar a su hija de seis años por qué no puede ir al parque público de atracciones recién anunciado en la televisión, y ve cómo se le saltan las lágrimas cuando se le dice que el "País de las Maravillas" está vedado a los niños de color, y cuando observa cómo los ominosos nubarrones de la inferioridad empiezan a enturbiar su pequeño cielo mental, y cómo empieza a deformar su personalidad dando cauce a un inconsciente resentimiento hacia los blancos; cuando se tiene que amañar una contestación para el hijo de cinco años que pregunta: "Papá, ¿por qué tratan los blancos a la gente de color tan mal?"; cuando se sale a dar una vuelta por el campo en coche y se ve uno obligado a dormir noche tras noche en algún rincón incómodo del propio automóvil porque no están abiertas las puertas de ningún hotel para uno; cuando se le humilla a diario con los símbolos punzantes de "blanco" y "*colored*"; cuando el nombre de uno pasa a ser "negrazo" y el segundo nombre se torna "muchacho" (cualquiera que sea la edad que se tenga), volviéndose su apellido "John", en tanto que a su mujer y a su madre se les niega el trato de cortesía de "señora"; cuando se viene estando hostigado de día y obsesionado por la noche por el hecho de ser un negro, viviendo en perpetua tensión sin saber nunca a qué atenerse, y rebosando temores internos y resentimientos exteriores; cuando se está luchando continuamente contra una sensación degeneradora de despersonalización, entonces, y solo entonces, se comprende por qué nos parece tan difícil

aguardar. Llega un momento en que se colma la copa de la resignación y los hombres no quieren seguir abismados en la desesperación. Espero, señores, que comprenderán nuestra legítima e ineludible impaciencia.

Expresan una profunda ansiedad en torno a nuestra decisión de quebrantar las leyes si es preciso. No cabe duda de que su preocupación es legítima. Como pedimos con tanta diligencia a nuestro pueblo que obedeciese a la decisión del Tribunal Supremo que declaraba ilegal la segregación en las escuelas oficiales, podrá parecer paradójico, de buenas a primeras, nuestra desobediencia consciente de las leyes. Podrán preguntar: "¿Cómo pueden ustedes defender la desobediencia de unas leyes y el acatamiento de otras?". La contestación debe buscarse en el hecho de que existen dos clases de leyes: las leyes justas y las injustas. Yo sería el primero en defender la necesidad de obedecer los mandamientos justos. Se tiene una responsabilidad moral además de legal en lo que hace al acatamiento de las normas justas. Y, a la vez, se tiene la responsabilidad moral de desobedecer normas injustas. Estoy de acuerdo con san Agustín en que "una ley injusta no es tal ley".

Pero ¿cuál es la diferencia entre ambas clases de leyes? ¿Cómo se sabe si una ley es justa o no lo es? Una ley justa es un mandato formulado por el hombre que cuadra con la ley moral o la ley de Dios. Una ley injusta es una norma en conflicto con la ley moral. Para decirlo con palabras de santo Tomás de Aquino: "Una ley injusta es una ley humana que no tiene su origen en la ley eterna y en el derecho natural. Toda norma que enaltece la personalidad humana es justa; toda norma que degrada la personalidad humana es injusta". Todos los mandatos legales segregacionistas son injustos, porque la segregación deforma el alma y perjudica a la personalidad; da al que segrega una falsa sensación de superioridad, y al segregado, una sensación de inferioridad asimismo falsa. La segregación, para valernos de la terminología del filósofo judío Martin Buber, sustituye la relación "yo-tú" por una relación "yo-ello", y acaba

relegando a las personas a la condición de cosas. Por eso, la segregación es, además de inadecuada política, económica y sociológicamente, moralmente equivocada y pecaminosa. Dijo Paul Tilich que "pecado es separación". ¿Acaso no es la segregación una manifestación existencial de la trágica separación del hombre, su aislamiento horrible, su tremenda condición de pecador? Por eso precisamente puedo pedir a los hombres que cumplan la decisión de 1954 del Tribunal Supremo, por ser moralmente recta; y por eso puedo instarles a que desobedezcan las ordenanzas segregacionistas, por ser estas moralmente equivocadas.

Consideremos un ejemplo más concreto de normas justas e injustas. Una ley injusta es una norma por la que un grupo numéricamente superior o más fuerte obliga a obedecer a una minoría pero sin que rija para él. Esto equivale a la legalización de la *diferencia*. Por el mismo procedimiento, resulta que una ley justa es una norma por la que una mayoría obliga a una minoría a obedecer a lo que esta mande, quedando a la vez vinculada al texto normativo dicha mayoría. Esto equivale a la legalización de la *semejanza*.

Permítaseme dar otra explicación. Una ley es injusta si es impuesta a una minoría que, al denegársele el derecho a votar, no participó en la elaboración ni en la aprobación de la ley. ¿Quién podrá decir que la legislación de Alabama de la que emanaron las leyes del estado sobre la segregación fue elegida democráticamente? Por todo Alabama se utilizan toda suerte de métodos sutiles encaminados a evitar que los negros pasen a figurar en los censos electorales; y condados hay en que, por más que los negros constituyan una mayoría de la población, no consta ni un solo negro en las listas. ¿Puede decirse que una ley promulgada en tales circunstancias está estructurada democráticamente?

Algunas veces una ley es justa por su texto e injusta en su aplicación. Por ejemplo, se me arrestó por manifestarme sin permiso. Ahora bien; nada hay de malo en que exista una ordenanza que exige un permiso para manifestarse. Pero esta norma se vuelve injusta cuando es puesta al servicio de la

segregación, denegando a los ciudadanos el derecho de reunión y protesta pacíficas concedido por la Enmienda Primera.

Espero que sabrán percatarse de la diferencia que trato de mostrarles. Bajo ningún concepto preconizo la desobediencia ni el desafío a la ley, como haría el segregacionista rabioso. Esto nos llevaría a la anarquía. El que quebranta una ley injusta tiene que hacerlo abiertamente, con amor, y dispuesto a aceptar la consiguiente sanción. Opino que un individuo que quebranta una ley injusta para su conciencia, y que acepta de buen grado la pena de prisión con tal de despertar la conciencia de la injusticia en la comunidad que la padece, está de hecho manifestando el más eminente respeto por el derecho.

Naturalmente, no hay ninguna novedad en esta clase de desobediencia civil. La encontramos, en una de sus manifestaciones sublimes, en la negativa de Shadrach, Meshach y Abednego a obedecer las órdenes de Nabucodonosor, en aras a la ley moral superior. La practicaron de modo soberbio los cristianos primitivos, que estaban dispuestos a enfrentarse con leones hambrientos, con el dolor insoportable de la tortura antes que someterse a ciertas leyes injustas del Imperio romano. Hasta cierto punto, la libertad académica es actualmente una realidad porque Sócrates practicó la desobediencia civil. En nuestra nación, el Boston Tea Party[3] fue un acto colectivo de desobediencia civil.

No hemos de olvidar jamás que todo cuanto hicieron los húngaros que luchaban por la libertad se reputaba "ilegal" en Hungría. "Ilegal" era ayudar y consolar a un judío en la Alemania de Hitler. Aun así, estoy seguro de que, si hubiera vivido entonces en Alemania, hubiese ayudado y consolado a mis hermanos judíos. Si actualmente viviese en un país comunista donde han sido suprimidos ciertos principios inherentes a la fe cristiana, abogaría abiertamente por la desobediencia a las leyes antirreligiosas del país.

Tengo que confesarles honradamente dos cosas, hermanos

míos cristianos y judíos; tengo que confesar, primero, que en los últimos años he quedado profundamente desencantado del blanco moderado. Casi he llegado a la triste conclusión de que la rueda de molino que lleva amarrada el negro y que traba su tránsito hacia la libertad no proviene del miembro del Consejo de Ciudadanos Blancos, o del Ku Klux Klan, sino del blanco moderado que antepone el "orden" a la justicia; que prefiere una paz negativa, que supone ausencia de tensión, a una paz positiva que entraña presencia de la justicia; quien dice continuamente: "Estoy de acuerdo con el objetivo que usted se propone, pero no puedo aprobar sus métodos de acción directa"; que cree muy paternalmente que puede fijar un plazo a la libertad del prójimo; quien vive de un concepto mítico del tiempo y aconseja al negro que aguarde a que llegue "un momento más oportuno". La comprensión superficial de los hombres de buena voluntad es más demoledora que la absoluta incomprensión de los hombres de mala voluntad. Resulta mucho más desconcertante la aceptación tibia que el rechazo sin matices.

Esperé que el blanco moderado comprendería que la ley y el orden existen para la elaboración de la Justicia, y que, cuando fracasan en este empeño, se convierten en unas trabas peligrosamente estructuradas que impiden el fluir del progreso social. Esperé que el blanco moderado comprendería que la actual tensión en el Sur es una fase necesaria para la transición desde una odiosa paz negativa en la que el negro aceptaba pasivamente su carga injusta, a una paz muy otra, real y positiva, en la que todos los hombres respetarán la dignidad y el valor de la personalidad humana. De hecho, los que seguíamos la senda de la acción directa no-violenta no somos quienes creamos la tensión. Nos limitamos a traer a la superficie la tensión oculta que se hallaba en estado latente desde mucho antes. La sacamos a la luz, porque así se la puede ver y actuar en consecuencia. Lo mismo que un tumor que no se puede curar mientras siga oculto, y que debe abrirse en todo su horror a los remedios naturales del aire y de la luz, la injusticia tiene que exponerse, con toda la tensión que esta exposición crea, a la

luz de la conciencia humana y al aire de la opinión nacional si es que existe el deseo de subsanarla.

Afirman ustedes en su declaración que nuestras acciones, aunque pacíficas, tienen que ser condenadas porque conducen a la violencia. ¿Pero es este un aserto lógico? ¿No es ello lo mismo que condenar a un hombre víctima del hurto porque el hecho de haber poseído dinero determinó la pecaminosa acción de robarle? ¿Acaso no es como si se condenara a Sócrates porque su absoluta entrega a la verdad y sus investigaciones filosóficas causaron la actitud del populacho mal aconsejado que le condenó a beber la cicuta? ¿No les parece que esto equivale a condenar a Jesucristo porque su incomparable ciencia divina y su incesante acatamiento de la voluntad de Dios precipitó aquella pecaminosa crucifixión? Hay que reconocer que, como han venido afirmando una y otra vez los tribunales federales, no está bien pedir a un individuo que abandone sus esfuerzos por conquistar sus derechos constitucionales básicos sencillamente porque esta petición pueda determinar la violencia. La sociedad tiene que proteger al robado y castigar al ladrón.

También esperé que el blanco moderado abandonaría ese mito acerca del momento oportuno para librar la batalla por la libertad. Acabo de recibir una carta de un hermano blanco de Texas. Escribe: "Todos los cristianos saben que, a la postre, el pueblo negro gozará de iguales derechos que los blancos; pero es posible que tengáis excesivas prisas religiosas. La cristiandad ha necesitado casi dos mil años para lograr lo que ahora tiene. Las enseñanzas de Cristo tardan en imponerse al mundo". Esta actitud procede de un trágico error en cuanto a lo que es el tiempo, de una noción curiosamente irracional a cuyo tenor hay, en el devenir del tiempo mismo, algo que inevitablemente cura todos los males. De hecho, el tiempo en sí es neutro; puede ser utilizado para la destrucción lo mismo que para construir. Se me ocurre cada vez más que los hombres de mala voluntad se han valido del tiempo con una eficacia muy superior a la

demostrada al respecto por los hombres de buena voluntad. Tendremos que arrepentirnos en esta generación no solo por las acciones y palabras hijas del odio de los hombres malos, sino también por el inconcebible silencio atribuible a los hombres buenos. El progreso humano nunca discurre por la vía de lo inevitable. Es fruto de los esfuerzos incansables de hombres dispuestos a trabajar con Dios; y si suprimimos este esfuerzo denodado, el tiempo se convierte de por sí en aliado de las fuerzas del estancamiento social. Tenemos que utilizar el tiempo de modo creador, conscientes de que siempre es oportuno obrar rectamente. En este momento es hora de convertir en realidad palpable la promesa de democracia y de transformar nuestra indecisa elegía nacional en un salmo de hermandad creador. En este momento es hora de sacar nuestra política nacional de las arenas movedizas de la injusticia racial para plantarla sobre la firme roca de la dignidad humana.

Tildan ustedes nuestra actividad en Birmingham de extremada. Al principio quedé algo desconcertado por pensar que unos sacerdotes colegas míos pudiesen ver en mis esfuerzos no-violentos la actuación de un extremista. Me puse a pensar acerca del hecho de que me encuentro situado en el centro de dos fuerzas opuestas de la comunidad negra. A un lado está la fuerza de la complacencia, compuesta, en parte, de negros que, tras largos años de opresión, han quedado tan faltos de todo sentido de la propia dignidad, tan despersonalizados, que se han adaptado a la segregación; y, en parte, de un puñado de negros de clase media que, debido a cierto grado de seguridad académica o económica, y porque, hasta cierto punto, sacan provecho de la segregación, se han desentendido de los problemas de las masas. La otra fuerza viene animada por el rencor y el odio, y se acerca peligrosamente a la defensa de la violencia. Trasunto suyo son los varios grupos nacionalistas negros que brotan por toda la nación, el más conocido y más numeroso de los cuales es el movimiento musulmán de Elijah Muhammad. Nutrido por la frustración del negro, hijo de la permanencia de la discriminación racial, este movimiento se compone de

gentes que han perdido su fe en los Estados Unidos, que han repudiado definitivamente el cristianismo, y que han llegado a la conclusión de que el blanco es un "demonio" incorregible.

He tratado de mantenerme entre estas dos fuerzas, afirmando que no tenemos necesidad de imitar el inmovilismo de los complacientes ni el odio y la desesperación de los nacionalistas negros. Y es que esta es la mejor forma de protesta amorosa y no-violenta. Agradezco a Dios que haya hecho, por el conducto de la Iglesia negra, que la Senda de la no-violencia pasase a formar parte integrante de nuestro plan de lucha.

Si esta filosofía no hubiese surgido, estoy convencido de que actualmente muchas de las calles del Sur norteamericano estarían inundadas de sangre. Y estoy, además, convencido de que si nuestros hermanos blancos califican de "demagogos" y de "agitadores forasteros" a aquellos de entre nosotros que se valen de la acción directa no-violenta, y si se niegan a apoyar nuestros esfuerzos no-violentos, millones de negros, presa de la desesperación y de la frustración, buscarán refugio y albergue en las ideologías nacionalistas negras, lo cual, de acontecer, conduciría inevitablemente a una aterradora pesadilla racial.

Los hombres oprimidos no pueden seguir estándolo de por vida. El anhelo de libertad acaba por manifestarse abiertamente, y esto es lo que ha ocurrido con el negro estadounidense. Hay algo dentro de él que le ha recordado que nacía con el derecho a la libertad; y algo, otra cosa fuera de él, le ha recordado que esta libertad podía ser conquistada. Consciente o inconscientemente, se ha dejado embargar por el *Zeitgeist*[4], y el negro norteamericano, unido a sus hermanos negros de África y a sus hermanos amarillos y cobrizos de Asia, América del Sur y el Caribe, marcha impregnado por un ansia que no puede esperar hacia la Tierra Prometida de la justicia racial. Si se reconoce esta necesidad vital que se ha apoderado de la comunidad negra, se tiene que comprender inmediatamente el porqué de las

manifestaciones públicas actuales. El negro lleva dentro de sí muchos resentimientos concentrados y muchas frustraciones latentes, y tiene que liberarlos. Así que déjesele marchar; déjesele participar en procesiones pías en dirección al Ayuntamiento; déjesele participar en los "viajes de la libertad", e inténtese comprender por qué siente la necesidad de hacerlo. Si sus emociones reprimidas no encuentran escape en actuaciones no-violentas, buscarán una manifestación violenta. Con ello no formulo una amenaza; me limito a recordar enseñanzas de la historia. Por eso no he dicho a mi pueblo: "Abandonad vuestro descontento". Antes bien, he tratado de decir que este descontento normal cuanto sano puede encauzarse por la vía creadora de la acción directa no-violenta. Y, ahora, he aquí que se califica de extremista este punto de vista.

Pero, a pesar de que me desconcertó inicialmente el sambenito de extremista, conforme seguía pensando acerca del asunto, fue entrándome cierta satisfacción por la etiqueta que se me colgaba. ¿Acaso no fue Jesús un extremista del amor?: "Amad a vuestros enemigos; perdonad a los que os vejan; haced el bien a los que os odian y rezad por los que abusan maliciosamente de vosotros y os persiguen". Y Amós, un extremista de la justicia: "Dejad que la justicia discurra como el agua y que la equidad corra como un inagotable manantial". Y Pablo, un extremista del Evangelio cristiano: "Llevo en mi cuerpo las señales de nuestro señor Jesucristo". Y Martín Lutero, un extremista: "A lo dicho me atengo; no puedo obrar de otra manera: que Dios venga en mi ayuda". Y John Bunyan: "Permanecería en la cárcel hasta el final de mis días antes que asesinar mi conciencia". Y Abraham Lincoln: "Esta nación no puede sobrevivir esclava a medias y libre a medias". Y Thomas Jefferson: "Para nosotros hay verdades evidentes de suyo, y una de ellas es que todos los hombres fueron creados iguales…". Así que el problema no estriba en saber si hemos de ser extremistas, sino en la clase de extremistas que seremos. ¿Llevaremos nuestro extremismo hacia el odio o hacia el amor? ¿Pondremos el extremismo al servicio de la conservación de la injusticia o de la difusión de

la justicia? En la dramática escena del Gólgota fueron crucificados tres hombres. Nunca hemos de olvidar que los tres fueron crucificados por el mismo delito: el delito del extremismo. Dos de ellos eran extremistas de la inmoralidad, y por eso cayeron más bajo que el mundo que les rodeaba. El otro, Jesucristo, era un extremista del amor, de la verdad y de la bondad, y por eso se elevó por encima del mundo que le rodeaba. Bien podría ser que el Sur, la nación y el mundo necesiten muchísimo de extremistas creadores.

Esperé que el blanco moderado se percatara de esta necesidad. Quizás pequé de excesivo optimismo; quizás fueran excesivas mis esperanzas. Supongo que debía haberme dado cuenta de que pocos son los miembros de la raza opresora capaces de comprender la profundidad de los gemidos y la pasión de los deseos de la raza oprimida, y aún son menos los capaces de ver que la injusticia necesita ser extirpada mediante una acción poderosa, persistente y decidida. Estoy, sin embargo, agradecido a algunos de nuestros hermanos blancos del Sur por haber captado el sentido de esta revolución social y haberse puesto a su servicio. Todavía son demasiado pocos en cuanto al número, pero grande es su calidad. Algunos, como, por ejemplo, Ralph McGill, Lillian Smith, Harry Golden, James McBride Dabbs, Ann Braden y Sarah Patton Boyle, han escrito acerca de nuestra lucha con palabras elocuentes y proféticas. Otros han marchado con nosotros por las calles anónimas del Sur; se han consumido en cárceles sucias e infestadas de parásitos, sufriendo los insultos y los malos tratos de policías para quienes ellos eran "despreciables negrazófilos". Frente a lo que solían hacer sus hermanos y hermanas moderados, ellos reconocieron la urgencia de actuar y sintieron la necesidad de poderosos antídotos "activos" para combatir la enfermedad segregacionista.

Déjenme apuntarles otra razón fundamental de mi desencanto. ¡Cuán grande ha sido este en lo que hace a la Iglesia blanca y a sus ministros! Cierto es que existen algunas excepciones notables. No desconozco el hecho de que cada

uno de ustedes ha adoptado algunas actitudes significativas acerca del particular. Le aplaudo a usted, reverendo Stallings, por su actitud cristiana el domingo pasado, al dar la bienvenida a los negros en el oficio dominical, aceptando el principio de la integración. Aplaudo a los líderes católicos de este estado por haber integrado hace ya varios años el Spring Hill College.

Pero, aparte de estas importantes excepciones, tengo que reiterar honradamente que la Iglesia me ha defraudado. No lo digo como lo diría uno de esos críticos negativos que siempre saben encontrar algo equivocado en la Iglesia. Lo digo en mi calidad de ministro del Evangelio, que ama a la Iglesia; en mi calidad de eclesiástico amamantado en su pecho; que se ha sostenido gracias a sus bendiciones espirituales y que seguirá siendo leal mientras le quede un hálito de vida.

Cuando, de pronto, me vi lanzado al liderato de la protesta de los autobuses en Montgomery (Alabama), hace de esto unos años, pensé que gozaría del apoyo de la Iglesia blanca. Pensé que los ministros, sacerdotes y rabinos blancos del Sur se contarían entre nuestros más firmes aliados. Mas, he aquí que algunos de ellos han sido incluso enemigos, negándose a comprender el movimiento de la libertad y formándose una idea equivocada de sus líderes. En cuanto a los demás, han sido demasiados los que se han mostrado más precavidos que valientes y han permanecido silenciosos detrás de la cloroformizante seguridad de las piadosas vidrieras.

A pesar de ver quebrantados mis sueños, acudí a Birmingham con la esperanza puesta en que la dirección religiosa blanca de esta comunidad se percataría de la justicia de nuestra causa y haría, cumpliendo un profundo deber moral, de canal por el que podríamos encauzar nuestras justas quejas hacia las esferas del poder. Esperé que cada uno de ustedes comprendiera. Y de nuevo vino el desencanto.

He oído a muchos dirigentes religiosos del Sur aconsejar a sus feligreses que acatasen una sentencia integracionista porque así lo quería la ley. Pero hubiese querido oír a los

eclesiásticos blancos declarar: "Acatad este decreto porque la integración es moralmente justa y porque el negro es vuestro hermano". En medio de las injusticias palmarias infligidas al negro, he visto a los ministros de la religión blancos permanecer al margen mientras formulaban frases piadosas que no hacían al caso y trivialidades mojigatas. En medio de la grandiosa contienda sostenida por librar a nuestra nación de la injusticia racial y económica he oído a muchos ministros decir: "Son estos problemas sociales con los que el Evangelio no está realmente relacionado". Y he observado cómo varias Iglesias se consagran a una religión perteneciente desde todo punto de vista a un mundo distinto al nuestro; una religión que discrimina curiosamente, de modo antibíblico, entre el cuerpo y el alma, lo sagrado y lo laico.

He viajado por todas partes en Alabama, Mississippi y todos los demás estados del Sur. En bochornosos días de verano y en diáfanas mañanas otoñales, me he quedado mirando las bellas iglesias del Sur con sus elevados campanarios apuntando al cielo. He visto las impresionantes siluetas de sus enormes instituciones dedicadas a la enseñanza confesional. Siempre acababa preguntándome: "¿Qué clase de personas viene aquí? ¿Quién es su Dios? ¿Dónde estaban sus voces cuando salieron de los labios del gobernador Barnett palabras de obstaculización y de anulación? ¿Dónde estaban cuando el gobernador Wallace tocó a rebato dando la señal para desencadenar el odio y la provocación? ¿Dónde estaban sus palabras de apoyo cuando hombres y mujeres negros, magullados y cansados, decidieron abandonar las oscuras mazmorras de la complacencia y pasar a las luminosas colinas de la protesta creadora?".

Sí, sigo preguntándome todo esto. Profundamente desalentado, he llorado sobre la laxitud de la Iglesia. Pero sepan que mis lágrimas fueron lágrimas de amor. No cabe un profundo desaliento sino donde falta un amor profundo. Sí, amo a la Iglesia. ¿Cómo iba a no ser así? Me encuentro en la

situación harto frecuente de ser hijo, nieto y bisnieto de predicadores. Sí, la Iglesia es para mí el cuerpo de Cristo. Mas, ¡ay!, cómo hemos envilecido y herido este cuerpo con la negligencia social y con el temor de convertirnos en posibles miembros disconformes.

Hubo una época en que la Iglesia fue muy poderosa: cuando los cristianos primitivos se regocijaban de que se les considerase dignos de sufrir por sus convicciones. En aquella época, la Iglesia no era mero termómetro que medía las ideas y los principios de la opinión pública. Era, más bien, un termostato que transformaba las costumbres de la sociedad. Dondequiera que un cristiano penetrase en una ciudad, las personas que entonces detentaban las riendas del poder se perturbaban, e inmediatamente trataban de procesar a los cristianos por ser "perturbadores de la paz" y "agitadores forasteros". Pero los cristianos no cejaron en su empeño, convencidos de que eran "una colonia celestial", destinados a obedecer a Dios antes que al hombre. Su número era limitado, pero grande su entrega. Estaban demasiado ebrios de Dios para sentirse "astronómicamente intimidados". Con su esfuerzo y su ejemplo pusieron fin a prejuicios tan remotos como el abominable infanticidio y los funestos combates de gladiadores.

En la actualidad todo ocurre de modo muy distinto. Y es que la Iglesia contemporánea es a menudo una voz débil y sin timbre, de sonido incierto. Es que a menudo es defensora a todo trance del *statu quo.* En vez de sentirse perturbada por la presencia de la Iglesia, la estructura del poder de la comunidad se beneficia del espaldarazo tácito y aun, a veces, verbal, de la Iglesia a la situación imperante.

Pero el juicio de Dios rige para la Iglesia más que nunca. Si la Iglesia de hoy no recobra el espíritu de sacrificio de la Iglesia primitiva, perderá su autenticidad, echará a perder la lealtad de millones de personas y acabará desacreditada como si se tratara de algún club social irrelevante, desprovisto de sentido para el siglo XX. Todos los días me encuentro con jóvenes cuyo desengaño por la actitud de la

Iglesia se ha convertido en auténtico asco.

Puede que también esta vez me haya pasado de optimista. ¿Acaso está la religión demasiado vinculada al *statu quo* como para salvar a nuestra nación y al mundo? Es posible que tenga que polarizar mi fe en la Iglesia espiritual interior, en la Iglesia dentro de la Iglesia, como verdadera *ekklesia* y esperanza del orbe. Pero agradezco nuevamente a Dios que algunas almas nobles de las filas de la religión organizada hayan roto las cadenas paralizantes del conformismo y se hayan unido a nosotros en calidad de asociados activos en la lucha por la libertad. Abandonaron sus tranquilas congregaciones y marcharon con nosotros por las calles de Albany. Han descendido por las autopistas del Sur participando en unos "viajes de la Libertad", por cierto, sembrados de obstáculos. Sí, fueron a la cárcel con nosotros; algunos de ellos perdieron sus parroquias, quedaron sin el apoyo de sus obispos y de sus colegas eclesiásticos. Pero obraron creyendo que la razón derrotada puede más que la sinrazón triunfante. Su testimonio ha sido la sal espiritual que ha conservado el verdadero significado del Evangelio en estos tiempos de turbación. Han cavado un túnel de esperanza en la negra montaña del desconcierto.

Espero que la Iglesia en conjunto salga a la palestra en esta hora decisiva. Pero, aunque la Iglesia no acuda en ayuda de la Justicia, no pierdo mis esperanzas acerca del futuro. No abrigo ningún temor acerca del resultado de nuestra lucha en Birmingham, aunque haya sido dada una interpretación equivocada de nuestros motivos. Alcanzaremos la meta de la libertad en Birmingham y en toda la nación, porque la meta de Norteamérica es la libertad. Por más que se nos insulte y se haga burla de nosotros, nuestro destino va unido al destino de Estados Unidos. Antes de que los peregrinos arribasen a Plymouth, estábamos aquí. Antes de que la pluma de Jefferson escribiera las majestuosas palabras de la Declaración de Independencia en las páginas de la historia, estábamos aquí. Durante más de dos siglos, nuestros antecesores trabajaron en este país sin cobrar salario alguno;

hicieron rey al algodón; edificaron las mansiones de sus amos mientras sufrían una injusticia flagrante y padecían una humillación abyecta, y, sin embargo, gracias a una vitalidad sin límites, siguieron progresando y multiplicándose. Si las inenarrables crueldades de la esclavitud no pudieron detenernos, menos podrá hacerlo la oposición que tenemos ahora frente a nosotros. Conquistaremos nuestra libertad porque el sagrado legado de nuestra nación y la eterna voluntad de Dios están plenamente integrados en nuestras exigencias.

Antes de terminar, me siento obligado a citar otro punto de la declaración hecha por ustedes que me ha turbado profundamente. Aplaudieron ustedes con calor a la policía de Birmingham por mantener "el orden" y "prevenir la violencia". Dudo de que aplaudiesen tan fervorosamente a la fuerza policíaca de haber visto a sus perros hincar sus colmillos en negros inermes, no-violentos. Dudo de que aplaudiesen con tanto fervor a los policías de haber observado el horrible e inhumano trato que deparan a los negros aquí, en la cárcel de la ciudad; si les viesen empujar e insultar a las ancianas negras y a las muchachas negras; si les viesen abofetear y golpear a los viejos y a los muchachos negros; si observasen cómo —según hicieron en dos ocasiones— se negaban a darnos de comer porque queríamos cantar para bendecir la mesa juntos. No puedo unirme a ustedes en su alabanza a la policía de Birmingham.

Es cierto que la policía ha demostrado cierta capacidad de disciplina en su trato a los manifestantes. En este sentido, se han comportado más bien de modo "no-violento" en público. Pero ¿por qué? Para preservar el perjudicial sistema de la segregación. Durante los últimos años he predicado sin cesar que la no-violencia requiere que los medios de que nos valemos sean tan puros como las metas que nos proponemos alcanzar. He tratado de dejar claramente establecido que está mal valerse de medios inmorales para lograr fines morales. Pero ahora he de afirmar que tan mal está, y quizás aun sea peor, valerse de medios morales para la consecución de fines

inmorales. Es posible que el señor Connor y sus policías se hayan mostrado más bien no-violentos en público como hiciera el jefe de policía Pritchett en Albany (Georgia), pero han utilizado los medios morales que les brinda la no-violencia para mantener la meta inmoral de la injusticia racial. Como dijera el gran escritor T. S. Eliot: "La última tentación es la mayor de las traiciones: obrar bien por malos motivos".

Hubiese preferido que aplaudiesen a los negros que participaban en los *sit-ins* y en las manifestaciones de Birmingham, rindiendo así homenaje a su valor sublime, a su aceptación del martirio y su increíble disciplina ante tamaña provocación. Algún día reconocerá el Sur cuáles son sus verdaderos héroes. Se citarán a los James Meredith, con el noble sentido de la misión propia que los arma para enfrentarse a muchedumbres vociferantes y hostiles, y con esa oprimente sensación de soledad que caracteriza la vida del pionero. Se citarán las mujeres negras oprimidas, de edad provecta, desgastadas, simbolizadas por aquella anciana de setenta y dos años que en Montgomery (Alabama) se alzó, movida por su sentido de la dignidad, y decidió con los suyos no viajar más en autobuses segregados, y que respondió con espontánea profundidad a alguien que le preguntaba acerca de su cansancio: "Tengo los pies cansados, pero mi alma descansa". Se hablará de los jóvenes alumnos de los institutos y de los estudiantes universitarios; de los jóvenes ministros del Evangelio y de toda una pléyade de sacerdotes mayores que ellos, que se sientan en las secciones alimentarias de los almacenes, valientemente y adhiriéndose a la no-violencia, a la vez que dispuestos a ingresar en la cárcel porque así se lo pide su conciencia. Día llegará en que el Sur se entere de que, cuando aquellos hijos desheredados de Dios se sentaban en los *snack-bar* de las galerías, de hecho estaban defendiendo lo mejor del sueño norteamericano y los valores más sagrados de nuestro legado judeocristiano, reconduciendo así nuestra nación a los grandes pozos de la democracia, profundamente cavados por los padres de la nación norteamericana en su formulación de la Constitución

y de la Declaración de Independencia.

Nunca antes de ahora escribí una carta tan larga. Me temo que sea demasiado larga, habida cuenta de lo cargado que están sus horarios. Les aseguro que hubiese sido mucho más corta de haber sido escrita detrás de un cómodo despacho, pero ¿qué puede hacer uno cuando está solo en una estrecha celda de la prisión, como no sea escribir largas cartas, desentrañar profundos pensamientos y rezar interminables oraciones?

Si hay en esta carta algo que exagera la verdad, e indica una impaciencia poco razonable, les pido que me perdonen por ello. Si hay en ella algo que minimiza la verdad e indica que es tanta mi paciencia que me conformo con algo menor que la fraternidad, pido a Dios, bien sinceramente, que me perdone.

Espero que esta carta los halle firmes en su fe. Espero también que las circunstancias me permitan a no mucho tardar reunirme con cada uno de ustedes no como integracionista ni como líder del movimiento de los derechos civiles, sino en calidad de eclesiástico y de hermano cristiano. Esperemos todos que los oscuros nubarrones del prejuicio racial se alejen pronto y que la densa niebla de la interpretación torcida se apartará de nuestras comunidades presas de miedo, y que algún día no lejano las refulgentes estrellas del amor y de la fraternidad iluminarán nuestra nación con toda su deslumbrante belleza.

Me despido de ustedes, quedando suyo en la causa de la Paz y la Fraternidad.

MARTIN LUTHER KING, JR.

EL VERANO DE NUESTRA PROTESTA

I

Hace más de veinticinco años, uno de los estados del Sur adoptó un nuevo método para la ejecución de la pena de muerte. El gas tóxico sustituía a la horca. Al principio, se colocaba un micrófono dentro de la cámara de la muerte para que los observadores científicos pudiesen oír las palabras del prisionero agonizante, con el fin de determinar cómo reaccionaba el ser humano ante aquella situación.

La primera víctima fue un negro. Cuando la bola de veneno caía en el recipiente y el gas humeaba hacia él, se oyeron por el micrófono las siguientes palabras: "Sálvame, Joe Louis. Sálvame, Joe Louis. Sálvame, Joe Louis…".

Bastante triste es ponderar las últimas palabras de cualquier persona que muere por la violencia. Pero aún es más sobrecogedor considerar las palabras de este muchacho, porque revelan el desamparo, la soledad y la profunda desesperación de los negros de aquel periodo. El joven negro condenado, asiéndose a la imagen de alguien que pudiera ocuparse de él, y que tuviera fuerza bastante para salvarle, no encontró a nadie más que al campeón mundial de boxeo de los pesos pesados. Joe Louis acudiría en su socorro porque era un negro. Joe Louis podría hacer algo porque era un luchador. En pocas palabras, el hombre agonizante había dejado proclamado un comentario social. No Dios, ni el Gobierno, ni los blancos compadecidos, sino un negro, que era a la sazón el luchador más experto del mundo entero, era en aquel postrero instante su última esperanza.

Menos de tres decenios después habían descubierto los negros el espíritu luchador y la fuerza, cada cual dentro de sí.

Enfrentados a la muerte libremente en varios puntos, confiaron en sus propias filas apretadas, esperando de ellas la fuerza y la protección necesarias. En verano de 1963, el extraño e ingenuo llamamiento a Joe Louis fue sustituido por un poderoso grito de desafío. El desamparo cedió ante la confianza conforme centenares y miles de negros descubrían que la organización, unida a la acción directa no-violenta, transformaba con estrépito, poderosamente, a la sociedad.

Como para dramatizar el cambio, aquel verano de Birmingham apareció en escena otro negro campeón mundial de los pesos pesados. Floyd Patterson vino a Birmingham, no en calidad de salvador, sino porque sentía que su lugar estaba con su pueblo. En ningún instante de su carrera de púgil fue Patterson más campeón que el día en que apareció, lejos de su confortable domicilio, para animar al hombre de la calle que se hallaba sumido en otra clase de combate asimismo peligroso.

Aquilatar las conquistas del verano haciendo una especie de balance escrito —sumando los miles de restaurantes, hoteles, parques y piscinas integrados; totalizando el número de nuevos puestos de trabajo inaugurados; enumerando las ciudades y las poblaciones en que por ahora ondean los estandartes de la victoria— sería dejar a medias nuestra narración. Las verdaderas dimensiones de la victoria solamente se perfilan si se comprende dentro de su marco el cambio habido en las mentes de millones de negros. Brotó de las profundidades en que se hallaba encadenado el espíritu de la libertad un impulso liberador. El negro se convirtió, según opinaba él mismo, en el igual de todo hombre. En el verano de 1963 los negros de Norteamérica redactaron su propia proclamación de la independencia. Sacudieron sobre sus cabezas trescientos años de esclavitud psicológica y anunciaron: "Podemos hacernos libres a nosotros mismos".

El viejo orden desaparece, por más Bastillas que existan, cuando los esclavizados, en su fuero interno, se despojan de la psicología servil. Esto es lo que aconteció el año pasado en los ocultos rincones de millones de mentes. Este fue el

invisible pero ancho campo donde tuvo lugar la victoria.

"¿Es mi imaginación —preguntaba un directivo empresarial blanco—, o los negros que veo por la ciudad andan algo más tiesos estos días?".

"Son los ánimos —contestó un dirigente organizador negro—. ¡Por fin, Dios mío, por fin!".

Durante cientos de años los sollozos reprimidos de un pueblo oprimido quedaron sin sen oídos por millones de norteamericanos blancos. La amargura de las vidas negras pasó desapercibida, como lejana, salvo para unas cuantas personas de gran sensibilidad. De pronto, en el verano pasado, el silencio fue roto. El sollozo se convirtió en grito y luego en rugido, y durante meses no hubo norteamericano, fuese blanco o negro, que quedase al margen o indiferente. La marcha hacia la libertad se prolongó y se aceleró hasta convertirse en un galope, en tanto que la nación toda tenía sus ojos puestos en ella. La Norteamérica blanca no tuvo más remedio que enfrentarse con la realidad cruda de la vida cuando el negro se introdujo en la conciencia del país y formuló públicamente sus quejas en mil escenarios poderosamente iluminados. Salvo la guerra civil y la Reconstrucción, no hay ningún momento de la historia de los Estados Unidos en que fuese tan impetuosa la acción del negro por cambiar de vida. No hay ningún momento en que el deshielo haya batido con tanta fuerza las murallas congeladas de la segregación.

Hubiera sido grato para mí poder contar que Birmingham recobró la paz después de la tormenta y que empezó a obrar constructivamente para justificar las esperanzas de los muchos que las tenían puestas en ella. Hubiera sido grato, pero no hubiera sido cierto. Después de cumplir parcialmente y a regañadientes algunas de las cláusulas del acuerdo, las fuerzas subterráneas de nuestro siglo hicieron otra salida cruenta en aquel mismísimo escenario. Una mañana del mes de septiembre dominada por el horror, arrebataron las vidas de cuatro niñas inocentes que estudiaban en la escuela dominical. La policía mató a otro

muchacho en las calles, y unos jóvenes, cegados por el odio, colmaron el día con el asesinato a sangre fría de un chico negro que iba en bicicleta sin molestar a nadie.

Eran terribles aquellas fechorías, pero, paradójicamente, son menos temibles que la respuesta de la comunidad blanca dominadora. Si las personas humanitarias aguardaban a que los dirigentes locales expresasen remordimiento, les aguardaba un amargo desengaño. Si esperaban que el ánimo del desagravio aceleraría el ritmo de un cambio constructivo, su esperanza estaba destinada a morir de inanición. Antes bien, los parcos inicios de buena voluntad parecieron marchitarse. El Concejo Municipal se negó tercamente a nombrar policías negros. Los comerciantes dieron unos cuantos pasos adelante en el sentido estricto de lo estipulado, pero lo hicieron limitando al máximo su alcance. El ayuntamiento integró la biblioteca municipal, el golf y, después, las escuelas y los edificios públicos, todo lo cual era más de lo acordado. No obstante, una especie de marasmo espiritual militaba contra un progreso secundado por el entusiasmo sincero. Es posible que la pobreza de la conciencia de la mayoría blanca se ilustrase con más claridad que nunca en el funeral de los mártires infantiles. Ninguna autoridad blanca asistió a él. No se podían ver más caras blancas que las contadísimas de unos eclesiásticos blancos. Aquel día fueron sepultados los chicos, pero con ellos fueron a la tumba el honor y el decoro.

Unas cuantas voces blancas, pocas, hablaron con valentía, pero fueron pocos los que escucharon sus palabras con simpatía. El discurso de Charles Morgan que siguió al atentado contra la escuela dominical fue una valiente acusación contra la culpabilidad colectiva. Como consecuencia de su honradez, Morgan, notable abogado, tuvo que abandonar su bufete y, junto con su mujer y su familia, salir del estado.

Salvo los líderes políticos, los negros de Birmingham esperaron de la industria algún gesto que estimulase una acción significativa que se atuviese al espíritu de los acuerdos

de mayo. Los líderes de la industria no solo eran independientes y podían hacerlo, sino que una gran parte de los propietarios eran norteños. Los magnates del acero no tienen por qué temer a los sembradores de cizaña del Sur. Constituyen una oligarquía económica con un poder gigantesco no solo en Birmingham, sino en la nación y en el mundo entero. Después de varios meses, su presidente, Roger Blough, declaró desde Nueva York que, pese a la fuerza de la U. S. Steel Corporation en Birmingham, no sería correcto por parte de la sociedad que se inmiscuyese en los asuntos locales en materia de cuestiones raciales. "Hemos cumplido con nuestro cometido en el área de Birmingham", dijo. Si la comunidad hubiese aprobado impuestos excesivos, o si hubiesen sido promulgadas ordenanzas municipales perjudiciales para la producción, no hay duda de que la U. S. Steel Corporation habría puesto en funcionamiento todos sus recursos para lograr un resultado distinto. Sus beneficios no estaban afectados por la injusticia racial; antes bien, esta los incrementaba. Tan solo sufrían personas, y la potencia individual más fuerte de Birmingham se desentendió de ello.

Llegados a este punto, fueron muchos los que empezaron a afirmar que Birmingham se había convertido en el Waterloo de la acción directa no-violenta. Había que preguntarse si la resistencia de los blancos era tan empecinada que todo el heroísmo, todo el valor y todo el sacrificio de los negros había quedado, como diría Eliot, "no en un estallido, sino en un gemido".

Hace ciento setenta y cinco años, los sencillos labradores de Nueva Inglaterra trataron de defender una colina contra las estupendamente adiestradas tropas inglesas. Los labradores norteamericanos tenían menos fusiles que sus enemigos y numéricamente eran inferiores. Carecían de toda formación militar y nada sabían de disciplinas castrenses. Pero rechazaron dos ataques británicos, de puro nervio y espíritu. A la postre, agotada la pólvora, fueron aplastados. El ejército del rey Jorge ocupó la posición. Pero Bunker Hut se convirtió en sagrario de la revolución estadounidense y,

durante los años de revolución subsiguientes, dondequiera que estuvieran los aguerridos colonos, la batalla de Bunker Hill fue un estímulo moral para vencer. La cenital victoria de Yorktown se recuerda menos que la heroica resistencia en las alturas cercanas a Boston.

En Bunker Hill, el "populacho" se convirtió en ejército. Los británicos conquistaron la colina, pero los colonos conquistaron su propio respeto personal y un profundo respeto por parte del enemigo. En los ulteriores años de la guerra, los británicos por nada del mundo volvieron a intentar la toma de una posición fortificada de los norteamericanos. Los vencidos ganaron la guerra en aquella colina; los vencedores la perdieron.

Birmingham tan solo fue distinto por cuanto que los negros no tuvieron que retirarse, y hasta lograron apuntarse unas cuantas victorias, importantes, por cierto. La desegregación de los *snack-bar* en los almacenes, la integración asimismo de bibliotecas y escuelas como valor simbólico, podrá parecer brecha de poco alcance en la fortaleza ingente de la injusticia, pero, habida cuenta de la solidez de sus muros, fue una hazaña insigne. Fue una mecha que prendió fuego a una revolución que siguió adelante apuntándose nuevas victorias.

Mientras escribo, Birmingham vive un momento de sosiego. Yo hubiese preferido reemprender las manifestaciones después de las bombas de septiembre, y pedí una acción militante sin demora. Pero había en nuestro movimiento quienes sostenían otros puntos de vista. Frente a los enemigos formidables que teníamos ante nosotros, era imprescindible la más absoluta unidad, y cedí. La estructura rectora de Birmingham está todavía a tiempo de cumplir de buen grado lo prometido. Los blancos decidirán si van a obrar voluntariamente o después de nuevas manifestaciones. Pero que tendrán que obrar es algo tan cierto como que Bunker Hill forma hoy en día parte del territorio de los Estados Unidos.

II

No ha habido ningún Estado Mayor de la revolución, ni plan nacional alguno para las operaciones. No disponemos de puntos de referencia precisos para aquilatar las victorias. Y, sin embargo, nadie puede dudar que, cuando el negro dejaba atrás el año 1963, había dado el más largo y rápido paso adelante de todo lo que va de siglo.

No se llevan a cabo las revoluciones como quien ejecuta un *ballet*. Sus pasos y sus ademanes no siguen unas pautas tan claras, y no son llevados a cabo con la misma precisión que si se tratara de un cuerpo de baile. La espontaneidad de las pautas de nuestra revolución fue asaz evidente. La injusticia, la discriminación y la humillación imperaban en cada esquina, en cada ciudad, en el Norte tanto como en el Sur. La selección de las ciudades objetivo se hizo al azar. Dondequiera que hubiese un liderato negro creador; dondequiera que la estructura rectora blanca respondiese torpemente y con arrogancia, allí estaba el epicentro de un terremoto que se manifestaba presuroso con sus fuertes sacudidas sísmicas.

Algunas de las ciudades afectadas por el conflicto no eran, ni con mucho, donde residían los peores delincuentes. Savannah, Atlanta, Nashville estaban muy por delante de otras comunidades del Sur y, sin embargo, no se libraron. El liderato negro, con muchas horas de vuelo, decidió tan solo dar un paso más adelante en estas poblaciones. En multitud de otras comunidades las protestas implicaban meramente un principio, y cuando terminaron las manifestaciones no se había logrado más que una victoria parcial. Pero, para aquellas ciudades, el principio estaba muy lejos de la nada y no dejaba de ser satisfactorio el haber dejado atrás este trecho inicial.

Pero, en algunas partes, la estructura blanca del poder se había congelado. La injusticia no era un mal que debía enmendarse ni siquiera en parte, sino una institución que tenía que defenderse. Contra el ejército de la no-violencia,

los segregacionistas alzaron sus legiones de odio. La vergüenza norteamericana ganó nuevos apellidos geográficos: Oxford, estado de Mississippi —muchedumbres sedientas de sangre atacan a los policías federales y, antes de la restauración del orden, son dos los muertos que se cuentan; Jackson, estado de Mississippi— Medgar Evers, valiente secretario de la NAACP, cae asesinado en una emboscada; Gadsden, estado de Alabama —se introduce un bárbaro instrumento en el arsenal de las armas contra los negros: la vara eléctrica para el ganado; Danville, estado de Virginia—, dignísimos ciudadanos blancos, percatándose de que la brutalidad policíaca no es bastante para intimidar a los negros, empiezan a llevar pistolas en el cinto.

Cambridge, estado de Maryland, y Rome, estado de Georgia, difieren por su grado de acritud y de barbarie, pero no por su actitud de resistencia. Desde cierto punto de vista, todos aquellos encuentros fueron derrotas para el movimiento. Mas, desde otro punto de vista, fueron elementos impalpables de victoria. Pese a los daños que esas comunidades pudieron causar, no consiguieron torcer en su empeño a los negros. Sus bofetadas coadyuvaron tan solo a apretar nuestras filas, a endurecer nuestra resistencia y a que echáramos mano de nuestras más hondas reservas de valor.

Visto en perspectiva, el verano de 1963 fue un verano histórico, en parte porque fue testigo de la primera ofensiva jamás lanzada por los negros en un dilatado frente. Las rebeliones, heroicas, sí, pero espasmódicas y aisladas de los esclavos en el Sur de antes de la guerra civil, se saldaron, un siglo después, en una ofensiva simultánea, global contra la segregación. Y las virtudes hasta entonces consideradas como privativas del Sur blanco —la valentía, la lealtad y el orgullo bien entendido— pasaron a los manifestantes negros al calor de las luchas veraniegas.

Al considerar los acontecimientos del verano de 1963, algunos observadores tienden a menoscabar la importancia de los resultados haciendo de las manifestaciones un fin en sí. El heroísmo de los manifestantes, el drama del

enfrentamiento se convirtieron en sus mentes en nuestra exclusiva victoria. No vamos a negar que estos hechos tienen su alcance, pero olvidar las conquistas concretas y específicas logradas al desmantelar la estructura de la segregación equivale a percatarse de la belleza de la lluvia sin darse cuenta de que enriquece el suelo. Un movimiento social que se queda en simple movimiento de personas es una rebelión. Un movimiento que cambia tanto a los hombres como a las instituciones es una revolución.

Lo del verano de 1963 fue una revolución porque cambió el aspecto de Norteamérica. La libertad era contagiosa. Su fiebre se manifestó en cerca de un millar de ciudades y, después de haber llegado a su apogeo, quedaron integrados muchos miles de *snack* de los almacenes, hoteles, parques y otros lugares destinados al público.

Lenta y de manera desigual, las oportunidades laborales fueron mejorando en el Sur, aunque, también en este aspecto, las promesas fueron muy superiores a la realidad inmediata. En las ciudades norteñas más grandes fue tomando cuerpo un cambio más importante todavía en las cuestiones del empleo. Varias empresas fueron objeto de críticas no por emplear negros, sino por negarse a hacerlo. Acostumbradas a no tocar el tema, la súbita y arrolladora presencia de los negros las forzó a buscar rápidamente soluciones simbólicas que les acreditasen la absolución. Un negro bien preparado se vio por vez primera requerido por la industria. Como es lógico, muchos fueron los negros que expresaron su desconfianza teñida de cinismo cuando la puerta de las oportunidades se les abría, de pronto, de par en par, como si fuesen viajeros llegados de otro planeta. Sin embargo, y por más que los motivos eran de toda ralea, el negro pudo celebrar la retirada de la discriminación aún en otro ámbito.

El eco de la explosión de Birmingham llegó hasta Washington, donde la Administración, que había declarado firmemente que se archivaría la legislación acerca de los derechos civiles en 1963, reconoció con premura su

prioridad e insertó en el calendario del Congreso un vigoroso proyecto de ley sobre este tema. La tarea de convertir en ley este proyecto todavía está por hacer en el momento en que escribo estas páginas, y luego habrá de seguir la tarea de acomodar la práctica a la ley. Pero la garantía más segura de que se logrará dar cima a ambas cosas radica en la inmensa alianza en defensa de los derechos civiles que se formó el verano de 1963.

III

Con éxito inicial, toda revolución social logra dos cosas a la vez: atrae hacia sí nuevas fuerzas y una potencia mayor, y al mismo tiempo cristaliza la oposición. La actual Revolución no fue una excepción a este respecto. El crecimiento del movimiento fue espectacular. La simpatía y la ayuda procedentes de fuentes tanto negras como blancas aumentaron en proporciones geométricas. El número de filiales de la SCLC pasó de 85 a 110. Según cálculos pesimistas, fueron más de un millón los norteamericanos que participaron en las manifestaciones de solidaridad de Washington D. C., Nueva York, Los Ángeles, San Francisco, Cleveland, Chicago y Detroit, por no citar más. Igualmente revelador, aunque menos directo por la forma de expresarse, fue el que centenares de organizaciones nacionales ciudadanas, religiosas, trabajadoras y de las profesiones liberales formulasen, en nombre de decenas de millones de personas, resoluciones de simpatía por el movimiento en expansión. Por el hecho de haber quedado tales resoluciones en palabras altisonantes hasta ahora, los aguerridos negros muy bien pueden haber infravalorado su importancia. No obstante, había en aquellas declaraciones una nueva cualidad que las enriquecía y les daba un significado dinámico. Al reconocer que el movimiento lo era ahora fundamentalmente de acción directa no-violenta, se dirigía por vez primera a sus defensores pidiéndoles concretamente que se uniesen a los manifestantes en la lucha directa. Esto era comprometerse, y no solo palabras.

La policía del condado y la municipal se encontró ante una situación radicalmente nueva. Líderes religiosos conocidos de toda la nación ocupaban sus lugares en las celdas de las prisiones junto al negro de la calle. En la camioneta de la patrulla policíaca, entre un criado negro y un chófer de camión, se sentaba la erguida figura del jefe nacional de la Iglesia presbiteriana. Sacerdotes católicos y rabinos de las congregaciones judías ocuparon sus puestos en la primera línea, mientras la ética de la justicia social contenida en el Viejo y el Nuevo Testamento ardía con la llama que ya otra vez abrasó al mundo.

La oposición de los segregacionistas no nos cogió desprevenidos; pero tan solo habíamos previsto muy remotamente la resistencia que nos llegó de otro sector. Víctor Hugo habló de los "locos de la moderación" que están "desempedrando el infierno". Los descendientes de los moderados de Víctor Hugo surgieron a últimos de 1963, con unos estandartes a su frente en que se decía: "El Orden antes que la Justicia".

En su mayoría, estos moderados se consideraban a sí mismos amigos del movimiento de los derechos civiles; no cabe negar que no estaban moralmente cercanos a las fuerzas de la segregación y de la violencia. Pero ahora estaban luchando a brazo partido con una lógica que un movimiento anterior más pasivo nunca les obligó a poner a prueba. Se habían apoyado desde tiempo inmemorial en un compromiso sencillo, fácil de aceptar y con el que resultaba fácil convivir. Podían soportar cambios simbólicos, y siempre creyeron que con estos habría suficiente para conservar feliz al negro. No le pedían que permaneciese en su tradicional gueto. Estaban dispuestos a construir para él un flamante gueto nuevo, con una pequeña puerta de salida, tan solo abierta a unos cuantos. Pero el aliento del nuevo movimiento les enfrió. El negro estaba insistiendo en la aplicación total de la igualdad en materia de empleos, de vivienda, de instrucción, de movilidad social. Aquellos moderados habían recorrido un trecho acompañados con el

redoble de los tambores, pero, cuando llegó la hora de aplicar globalmente lo prometido, clamaban por que la corneta tocase a retirada.

El resentimiento, la impaciencia frente a la idea de la milicia y la reserva empezaron a prevalecer sobre el entusiasmo de la primera hora. Sería muy fácil limitarse a denunciar este estado de ánimo o desconocerlo sin más, pero aún sería más ciencia el comprenderlo. Aquellos hombres y aquellas mujeres, a pesar de sus vacilaciones, no son nuestros enemigos cardinales. Son nuestros obstáculos provisionales, nuestros aliados en potencia.

Ellos son la prueba más palmaria de que ahora la Revolución está madurando hasta en sus raíces. Se ha dado demasiada poca importancia durante demasiado tiempo a la hondura del racismo en la vida norteamericana. La operación encaminada a extirparlo por fuerza ha de ser compleja y minuciosa. Para comenzar, tenemos que radiografiar nuestra historia y revelar toda la extensión de la enfermedad. Los hilos del prejuicio contra el negro están fuertemente atados al carácter norteamericano. El prejuicio ha sido alimentado por la doctrina de la inferioridad racial. Pero ocuparse del negro tan solo en cuanto "raza inferior", según el mito norteamericano, equivale a dejar a un lado todo un aspecto del mal que combatimos.

Nuestra nación vino al mundo con el estigma del genocidio, cuando abrazó la doctrina según la cual el norteamericano original, el indio, pertenecía a una raza inferior. Aun antes de que poblaran nuestras costas los negros, el costurón del odio racial había desfigurado la faz de la sociedad colonial. Desde el siglo XVI ha corrido sangre en las luchas por la supremacía racial. Quizás seamos la única nación que ha intentado destruir su población indígena como si se tratara de seguir una política nacional. Y lo que es más, elevamos esta trágica acción al rango de noble cruzada. El hecho es que aun hoy no hemos querido dar cabida al remordimiento por tan vergonzoso episodio, ni siquiera condenarlo. Nuestra literatura, nuestras películas, nuestro

teatro, nuestro folklore, todos lo ensalzan.

Nuestros hijos todavía aprenden en los colegios a respetar la violencia que redujo a los pieles rojas, de una cultura anterior, a un puñado de grupos fragmentados recluidos como ganado en reservas empobrecidas. Lo cual nos coloca en franca desventaja respecto de muchas naciones situadas al sur de nuestras fronteras, que asimilaron a sus indios, respetaron su cultura y encumbraron a muchos de ellos a posiciones elevadas.

El prejuicio en contra del que no era blanco nació fácilmente en terreno tan abonado por el racismo, y creció rápidamente en él. La ideología racista, de larga vida, ha corrompido y menguado nuestros ideales democráticos. Esta es la espesa telaraña del prejuicio de que intentan librarse actualmente muchos norteamericanos, sin darse cuenta de lo profundamente que ha sido tejida en su conciencia.

Las raíces han calado hondo, y este hecho caracteriza a su vez a la Revolución negra. Nuestra historia nos ha demostrado que el manejo de la espada contra la superioridad racial no reporta ninguna ventaja. El arrojo de los indios, que se valían de la lanza y de las flechas contra el Winchester y el Colt, tuvo a la postre que acabar en derrota. Por otra parte, la historia también enseña que la sumisión no produce nada que merezca la atención. La no-resistencia solamente refuerza el mito de que una raza es inferior a la otra. Los negros, actualmente, no ejercen violencia alguna, pero tampoco aceptan la dominación. Están perturbando la tranquilidad de la nación, hasta que se reconozca que la existencia de la injusticia es una enfermedad virulenta que amenaza a la sociedad toda, y hasta que no se la cure. El método de la acción directa no-violenta de que se valen los negros no es meramente un remedio adecuado contra la injusticia; su naturaleza intrínseca es tal que se enfrenta eficazmente al mito de la inferioridad. Hasta los más obcecados tienen que reconocer que ningún pueblo inferior podría emprender y proseguir una carrera en la que se precisa de tanto sacrificio, valor y destreza.

Nosotros, norteamericanos, hemos aspirado durante mucho tiempo a las excelencias de la libertad mientras transigíamos con el prejuicio y la servidumbre. Actualmente, el negro lucha por unos Estados Unidos mejores, y no cabe duda de que logrará poner de su parte a la mayoría de la nación, porque nuestro legado de libertad, tan duramente ganado, es, al fin y al cabo, más poderoso que nuestra herencia de crueldad y de injusticia.

A los que afirman que los negros se están volviendo demasiado agresivos y que sus métodos le enajenan la simpatía de la población blanca dominadora, se les puede responder de modo convincente. Esta contestación fue revelada en una investigación que organizó la revista *Newsweek* a últimos del verano de 1963. Los investigadores entrevistaron minuciosamente a un grupo representativo de la población blanca. El increíble resultado arrojaba que la inmensa mayoría de esta apoyaba leyes que garantizasen a los negros derechos electorales, oportunidades laborales, una vivienda decorosa y medios de transporte integrados. Esta mayoría existía tanto en el Sur como en el Norte. Y, lo que es más, acerca del problema de las escuelas y de los restaurantes integrados, se hallaban los mismos resultados en el Norte; y en cuanto al Sur, los votos favorables descendían escasamente por debajo de la mayoría.

La importante conclusión que de esto se deduce es que a los blancos que no tienen que defender con la segregación intereses creados les parecen aceptables exactamente los mismísimos cambios que constituyen el centro de las reivindicaciones en las manifestaciones no-violentas. Los objetivos a que los negros han dado una dimensión trágica, por los que han luchado, y que han definido claramente, se les antojan a la población blanca del Norte y del Sur exigencias indudablemente razonables y normales.

IV

Los tempestuosos acontecimientos del verano de 1963

necesitaban una culminación adecuada. El decano de los adalides negros, A. Philip Randolph, cuyas dotes imaginativas y cuya actividad incansable han encarnado durante decenios la lucha por los derechos civiles, formuló una vez más la contestación, con mucho, más adecuada. Propuso una marcha sobre Washington para concentrar en una sola acción resplandeciente todas las fuerzas dispersas en el ancho frente.

Se necesitaba valor y arrojo para concebir esta idea. La comunidad negra estaba toda ella profundamente decidida a exigir un desagravio, pero estaba dividida en cuanto a las tácticas a seguir. Había demostrado su capacidad de organizar hábilmente colectividades aisladas, pero no había precedentes de una convocación a escala nacional y de dimensiones gigantescas. Complicando la situación, estaban los innumerables profetas de desgracias que temían que el más leve incidente inhibiría al Congreso y destruiría cualquier esperanza de legislación favorable. Aun sin disturbios, temían que un apoyo insuficiente de los negros revelase una debilidad que era mejor mantener oculta.

El debate de la proposición polarizó claramente las diversas posturas. Los que tenían fe en la capacidad, la resistencia y la disciplina del negro acogieron favorablemente el reto. Al otro extremo estaban los que nunca creyeron que el negro fuese capaz de organizar nada importante. La conclusión, realmente, nunca ofreció dudas, porque el poderoso ímpetu del verano revolucionario había barrido cualquier tipo de oposición.

Washington es una ciudad de espectáculos. Cada cuatro años las imponentes inauguraciones presidenciales atraen allí a los grandes y a los poderosos. Reyes, presidentes de Consejo, héroes y celebridades de todas clases han sido agasajados allí durante más de 150 años. Pero en toda su refulgente historia, nunca había visto Washington un espectáculo de las dimensiones y de la grandeza del que tuvo lugar el 28 de agosto de 1963. Entre las aproximadamente 250.000 personas que llegaron a Washington aquel día, se

contaban numerosos dignatarios y numerosas celebridades, pero la emoción más sobrecogedora provino de la masa de hombres de la calle que, en actitud de mayestática dignidad, testimoniaron de su empeño colectivo de lograr la democracia en vida suya.

Vinieron de casi todos los estados de la Unión; acudieron valiéndose de todos los medios de transporte; renunciaron a uno, dos o tres días de salario, más el coste del viaje, que para muchos implicaba un inmenso sacrificio económico. Estaban de buen humor, y sin tensión, aunque disciplinados y meditabundos. Aplaudieron a sus líderes generosamente; pero sus líderes, dentro de sus corazones, aplaudieron a su auditorio. Hubo más de un orador negro que aquel día dilató el respeto que sentía por su pueblo ante el espectáculo de su entrega incondicional. La ingente multitud era el corazón vivo, latente, de un movimiento infinitamente noble. Era aquel un ejército sin fusiles, pero no sin fuerza. Era un ejército para el que nadie tenía que entrar en quintas si quería ingresar en él. Era blanco y negro, y de todas las edades. Contaba con partidarios de todas las convicciones, miembros de todas las clases, todas las profesiones, todos los partidos políticos, unidos por un solo y mismo ideal. Era un ejército luchador, pero nadie podía dejar de ver que su arma más contundente era el amor.

Un elemento destacado de la Marcha fue la participación de los miembros de las iglesias blancas. Nunca hasta esa fecha colaboraron tan total, tan directamente ni con tanto entusiasmo. Observó un escritor que la Marcha "unió las tres principales confesiones religiosas del país con mucho más calor que cualquier otro fenómeno del periodo de paz de la historia nacional". Se sumaron oficialmente a ella el National Council of the Churches of Christ in the USA, la American Baptist Convention, la Brethren Church, la United Presbyterian Church in the USA y centenares de congregaciones y de ministros de las Iglesias luterana y metodista. En la archidiócesis de Nueva York, en 402 parroquias, se leyeron cartas en las que se citaban las

palabras con que el cardenal Speilman pedía una creciente actividad en pro de la justicia social, junto con un llamamiento adicional del obispo auxiliar y vicario general de la diócesis, el reverendísimo John J. Maguire. En Boston, el cardenal Cushing designó a once sacerdotes para que le representasen en aquella ocasión. Además del American Jewish Congress, cuyo presidente, el doctor Joachim Prinz, era uno de los presidentes de la jornada, prácticamente todas las organizaciones judías de alguna importancia, fuesen religiosas o seculares, apoyaron la Marcha y estaban cuantiosamente representadas en la asamblea.

En cambio, en lamentable contraste con las anteriores organizaciones, el Consejo Nacional de la AFL-CIO se negó a apoyar la Marcha y adoptó una postura de neutralidad. No obstante, varios sindicatos internacionales declararon su solidaridad hacia nosotros, independientemente, e hicieron acto de presencia con una nutrida representación. Añádase a ello que centenares de sindicatos locales cooperaron con todo su peso en el esfuerzo.

Si alguien hubiese puesto en duda el grado en que penetraron aquellas actividades en la conciencia de la Norteamérica blanca, hubiese podido respondérsele de modo incontrovertible remitiéndole a la forma en que todos los medios de comunicación del país se ocuparon de la Marcha sobre Washington. Normalmente, las actividades de los negros no son objeto de la atención de la prensa más que cuando pueden estar abocadas a alguna salida dramática o cuando encierran alguna característica inusitada. La Marcha era la primera operación organizada por los negros acerca de la que se informó con respeto y con la amplitud que correspondía a su importancia. Los millones de personas que asistieron a ella a través de la televisión estaban presenciando un acontecimiento histórico no solo por el tema, sino también porque había sido introducido en sus domicilios.

Por vez primera, millones de norteamericanos blancos vieron al negro clara y largamente, mientras este se ocupaba

en menesteres serios. Por vez primera fueron millones de blancos de todas las capas sociales los que escuchaban las medidas y profundas palabras de los portavoces de los negros. El tópico cliché del negro sufrió gran menoscabo. Esto se deducía de algunos de los comentarios, que reflejaban su sorpresa ante la dignidad, la organización y hasta la calidad de la vestimenta y el espíritu amigable de los participantes. Si la prensa había esperado algo parecido a un espectáculo de juglares, a una riña, o una exposición pública de trajes harapientos y mala educación, pronto quedó desengañada. Se ha dicho mucho acerca del diálogo entre blancos y negros. Para que se convierta en realidad auténtica, es preciso que todos los medios de comunicación abran de par en par sus canales, tal como lo hicieron aquel radiante día de agosto.

Mientras la televisión transmitía la imagen de esta extraordinaria asamblea por todo el mundo, todos los que tenían fe en la capacidad del hombre para mejorarse a sí mismo tuvieron un instante de inspiración a la vez que de confianza en el futuro de la raza humana. Y todos los norteamericanos generosos podían enorgullecerse de que el mundo entero pudiese ser testigo de un experimento democrático tan dinámico en la capital de su nación.

LOS TIEMPOS VENIDEROS

I

Hace ciento cincuenta años, cuando el negro era un objeto, un utensilio cuyo cuerpo pertenecía a su amo blanco, había ciertos propietarios esclavistas que organizaron sistemas por los que un esclavo podía comprarse a sí mismo y convertirse en "liberto". Un hombre joven y emprendedor que se enamoró de una novia esclava trabajó empecinadamente todo el tiempo que le quedaba libre después de realizada su tarea, y durante años estuvo reuniendo el capital necesario para comprar su liberación y la de su novia. Más de una madre negra, después de trabajar de sol a sol, pasaba el resto de la noche lavando ropa y ahorrando los peniques y las monedas de níquel así ganados, hasta que, andando el tiempo, lograba reunir unos cuantos centenares de dólares. Luchaba y se sacrificaba a menudo no para comprar su propia libertad, sino por obtener la de su hijo o su hija. Los dólares tan difícilmente reunidos se entregaban al propietario esclavista a cambio del instrumento legal de la manumisión que declaraba a su titular libre de los vínculos de la esclavitud.

Conforme fue creciendo este movimiento, algunos negros dedicaron sus vidas a comprar y liberar las de otros. Una criada de Thomas Jefferson trabajó durante cuarenta años, ahorró diez mil dólares con los que pudo obtener la liberación de diecinueve seres humanos. Aun después, unos cuantos blancos humanitarios y dispuestos iniciaron una cruzada pública para recaudar fondos destinados a redimir a los negros de la degradación que les había sido impuesta por sus secuestradores. Hasta James Russell Lowell, que se había opuesto a la emancipación contra dinero, escribía a un

amigo: "Si un hombre viene y nos pide que le ayudemos a comprar a su mujer o a su hijo, ¿qué hemos de hacer?".

"Ayúdeme a comprar a mi madre" o "ayúdeme a comprar a mi hijo", era una petición sobrecogedora. Centró, sobre la profunda tortura de las almas de los negros, unos focos hirientes y deslumbrantes, merced a los cuales muchos blancos hasta entonces emocionalmente alejados del horror de la esclavitud se percataron de la tremenda realidad.

A medida que uno se va acercando a la emancipación del negro de hoy que le librará de todos esos vínculos traumáticos que todavía le tienen amarrado a esclavitudes distintas de la física, esta remota nota a pie de página, esta historia medio olvidada de un sistema en que se trocaba la dignidad por dólares, constituye un recuerdo doloroso de la capacidad que tiene la sociedad de componer con la injusticia permaneciendo complaciente. El norteamericano medio de hoy podrá horrorizarse de pensar que estas mezquinas transacciones fuesen aceptables para los abuelos de sus padres. Pero este mismo norteamericano puede dejar de percatarse de que la fría indiferencia ante el sufrimiento humano sigue existiendo en el día de la fecha, al preguntarse todavía personas que se creen hombres de buena voluntad: "¿Qué está dispuesto a pagar el negro a cambio de su libertad?".

No digo con ello que la sociedad de hoy quiera dólares a cambio de conceder sus derechos al negro. Pero existe un terrible paralelismo entre la mano tendida y rapaz del traficante del ébano, que vendía a un negro su propia persona, y el dedo alzado y reprobador de quienes hoy dicen: "¿Qué más puede querer el negro, después de adquirir escuelas integradas, servicios públicos asimismo integrados, derechos electorales y mejoras en la vivienda? ¿Acaso exigirá más, como Oliver Twist?".

Lo que se discute aquí es la increíble presunción de que la sociedad tiene el derecho de regatear al negro la libertad que le pertenece de suyo. Algunos de los liberales más volubles creen que tienen una base suficiente para exigir que, para

obtener ciertos derechos, el negro pague por ellos una cuota deducida de los fondos de paciencia y de pasividad que lleva acumulando desde hace tantos años. Lo que no comprenden estos caballeros es que la pausa y la moderación no responden a la gran acusación moral que, con la revolución de 1963, logró por fin ocupar el lugar central de nuestro escenario nacional. No comprenden que ya no es más posible ser libre a medias que estar vivo a medias.

En cierto modo, el norteamericano bien intencionado o malintencionado que pregunta: "¿Qué más puede querer el negro?", o "¿cuándo estará satisfecho?", o "¿qué será necesario para que cesen estas manifestaciones?", está pidiendo al negro que compre algo que ya le pertenece a todas luces, tanto según el derecho y la Justicia como por nuestro legado judeocristiano. Y, lo que es más, está pidiendo al negro que acepte el trozo de pan en vez del pan entero; y que pague por este pedazo, esperando tranquilamente a que se le distribuya el resto en migajas a lo largo de un duro y dilatado invierno de injusticia. Quisiera preguntar a estos caballeros que quieren racionarnos los derechos de que ellos siempre gozaron si creen que los creadores de la Declaración de Independencia creían que la libertad debía fragmentarse en raciones concedidas según un plan de venta a plazos. ¿Acaso no creó la naturaleza el nacimiento como proceso de una sola vez? ¿No es la libertad la negación de la servidumbre? ¿Es que no tiene que desaparecer completamente una de ellas para que principie la otra?

Precisamente porque sabe el negro que nadie —sea persona o nación— puede existir de verdad medio esclavizado y medio libre, es por lo que ha bordado en sus estandartes la reveladora palabra de AHORA. El negro dice que ha llegado la hora en que nuestra nación tiene que dar ese paso firme hasta la libertad —y no solo hacia ella—; paso que saldará una cuenta pendiente desde antiguo a sus ciudadanos de color. Hace siglos, la civilización adquirió la certeza de que el hombre tan solo se había librado de la barbarie en la medida

en que reconocía los lazos que unían al prójimo. La civilización, y singularmente en Estados Unidos, ha tenido durante mucho tiempo la riqueza, los recursos materiales necesarios para alimentar, vestir y albergar a todos los ciudadanos. La civilización ha dotado al hombre con la capacidad de organizar el cambio, de concebir y llevar a la práctica planes. Resulta irónico que, durante tantos años, las fuerzas armadas de la nación en que vivimos, aun en tiempo de guerra, continuaran prisioneras del sistema de segregación del Sur. El Ejército podía separar a un hombre de su mujer y de su hijo, y orientar de nuevo, en unas semanas, todo su estilo de vida y su conducta entera. Pero hasta la Segunda Guerra Mundial ni siquiera se le ocurrió que le asistía el derecho, a la vez que la obligación y la posibilidad de ello, de decir que un blanco de uniforme tiene que respetar la dignidad de un negro de uniforme.

Necesitamos de un poderoso empeño para borrar definitivamente la imagen de Norteamérica la horrenda mancha del racismo. Como es lógico, podemos tratar de contemporizar, negociar pequeños cambios, inadecuados, y prolongar en el tiempo nuestro plan de liberación, esperando que los narcóticos de la demora minimizarán el dolor del progreso. Podemos intentarlo; pero es seguro que fracasaríamos. La forma actual del mundo no nos autorizaría a valernos impunemente del lujo de la pausa y la dilación. Esto, además, sería algo inmoral; sería ineficaz. Sería ineficaz porque los negros saben que tienen derecho a ser libres; sería ineficaz porque los negros han descubierto en la acción directa no-violenta una fuerza irresistible que propulsa lo que hasta la fecha fue objeto inamovible; sería ineficaz porque demora el progreso no solo de los negros, sino de toda la nación.

Con la seguridad de que un escalonamiento planeado de antemano sería inoperante, llegamos también a la conclusión de que la espontaneidad sin plan previo no resultaría práctica. Cuando la locomotora de la historia corría por el siglo XIX y por la primera mitad del XX, dejó a las masas

negras de la nación abandonadas en estaciones desoladoras. Eran analfabetas, no estaban preparadas, estaban mal alojadas y peor alimentadas. Los logros científicos actuales, y singularmente el rapidísimo avance de la automoción, serán, quizás, bendiciones para nuestra economía; pero para el negro son un insulto. Años atrás, los negros podían enorgullecerse de que 350.000 hombres de su raza trabajaban en los ferrocarriles. Hoy, son menos de 50.000 los empleados por esta clase de transportes. Y esto no es más que un símbolo de lo que ha ocurrido en las minas de carbón, las industrias del acero, las empresas de embalajes y todas las industrias que en un momento dado emplearon a muchos negros. Los recursos de vida de millones de negros han disminuido hasta quedar en una fracción sobrecogedora por lo pequeña, porque las tareas sin especializar o semiespecializadas que las ocupaban han desaparecido bajo el impulso mágico de la automoción. Impera hoy en Norteamérica, aparte de la pobreza en que vive el negro semianalfabeto, una tremenda depresión económica. Tratar de remediar el desastre abriendo unas cuantas puertas a todos y todas las puertas a unos cuantos equivale a organizar el caos.

Lo que es cierto en el ámbito del empleo vale también para la vivienda. No podemos hacer una punción en los guetos para extraer de ellos una selección de individuos que habrán de representar a los demás, en tanto que estos permanecen aguardando en míseras chozas. Como tampoco es posible volver del revés los grandes guetos de muchas ciudades, con ademán impaciente, mezclando a personas de todas clases en un mismo torrente destinado a discurrir por donde lo encauce la gravedad social. Ambas soluciones —el escalonamiento o la espontaneidad sin dirección— provocarían un torbellino social que perjudicaría tanto a los desheredados como a los privilegiados.

Las soluciones de la compleja situación del negro no serán fáciles. Esto no implica que sean imposibles. Si hacemos de estas complejidades desafíos en vez de obstáculos,

progresaremos, siempre y cuando seamos capaces de reconocer que no tenemos ningún poder mágico. Progresaremos si aceptamos el hecho de que cuatrocientos años de pecado no pueden borrarse en cuatro minutos de expiación. Como tampoco podemos permitir que el culpable amañe su expiación de tal forma que cause a su víctima aunque solo sea otros cuatro segundos de sufrimiento, por él culpablemente anticipado.

II

Recientemente aparecimos en la televisión Roy Wilkins y yo, en el programa *Encuentro con la prensa*. Allí se nos plantearon las preguntas usuales acerca de cuánto quiere el negro; pero parecía haber una nueva corriente subterránea de implicaciones ideológicas relacionadas con la reciente demostración de fuerza compacta de nuestro movimiento. Deducidas las formalidades de rigor, se nos preguntó si de hecho se podía confiar en nosotros para contener las mareas embravecidas de protesta, de modo que los situados en la playa no sufran demasiado de las olas embravecidas que les acometen. Algunas de las preguntas implicaban que nuestro liderato sería juzgado según nuestra capacidad de "evitar que el negro vaya demasiado lejos". Las comillas son mías, pero creo que la frase refleja el pensamiento de los locutores tanto como la de muchos otros norteamericanos blancos.

El programa no daba tiempo para una contestación adecuada a las implicaciones contenidas en la pregunta: "¿Qué más quiere el negro?". Cuando decimos que el negro quiere la libertad y la igualdad absolutas e inmediatas, y esto no en África ni en algún otro Estado imaginario, sino muy concretamente en este país y hoy, la respuesta resulta de una concisión turbadora para quienes no están seguros de querer creerlo. Y sin embargo así es. Los negros ya no toleran las componendas, ni le interesan. La historia norteamericana rebosa compromisos. Con todo lo espléndidas que son las palabras de la Declaración de Independencia, no deja de

entrañar algo inquietante el hecho de que la formulación original se modificara para borrar una condena del monarca británico por haber defendido la esclavitud. La historia de Estados Unidos narra el Compromiso de Misuri, que autorizó la difusión de la esclavitud por los nuevos estados; y menciona el Compromiso Hayes-Tilden, que retiró las tropas federales del Sur y marcó el final de la Reconstrucción; y el Compromiso del Tribunal Supremo, en el caso Plessy contra Ferguson, en que se enunciaba la infame filosofía de "separados pero iguales". Estas medidas comprometían, además de la libertad del negro, la integridad de Norteamérica. Para la tensión que ha embargado el ánimo del negro en 1963, el vocablo "compromiso" es insultante y pernicioso. La mayoría del liderato negro se opone desde siempre al compromiso. Y, aunque esto no fuera cierto, ningún líder negro podría hoy cambiar la dirección que ha tomado el movimiento ni torcer su imperativa e inspirada marcha hacia delante.

Muchos de nuestros hermanos blancos comprenden equivocadamente este hecho porque muchos de ellos no saben interpretar correctamente la naturaleza de la Revolución negra. Algunos creen que es obra de hábiles agitadores que tienen en sus manos el poder de abrir o cerrar a su antojo las compuertas de la revolución; un movimiento como este, manejable por una minoría capacitada, no sería una verdadera revolución. Esta Revolución, la nuestra, es genuina porque nació de la misma matriz que siempre engendra los grandes trastornos sociales: la matriz de las condiciones intolerables y de las situaciones insoportables. En tal momento y circunstancia, ningún líder ni grupo de líderes pueden hacer de domadores, tratando de que toda una raza abandone su ronroneo satisfecho para actuar con la fiereza del león. Si es que se puede decir esto de un grupo aislado, cualquiera que sea, yo designaré más bien a los segregacionistas, quienes, con su código moral empedernido y cínico, coadyuvaron a encender y a provocar la santa ira del negro. Respecto de esto, recuerdo algo que me dijo el presidente Kennedy en la Casa Blanca después de la firma del

acuerdo de Birmingham: "No debemos juzgar demasiado duramente a Bull Connor —comentó—. Al fin y al cabo, ha hecho bastante, aunque a su manera, para que se apruebe la legislación de los derechos civiles este mismo año".

Fue el pueblo quien movió a sus líderes, y no estos los que le movieron a él. Cierto que hubo generales, como los tiene que haber en todo ejército. Pero el puesto de mando estaba alojado en los corazones ardientes de millones de negros. Cuando un pueblo así echa a andar, crea sus propias teorías, forja su propio destino y escoge los líderes que comparten su filosofía. Un líder que comprende esta clase de mandato tiene que permanecer sensible a la indignación, a la impaciencia, a la frustración, al empeño que se ha desatado en los suyos. Cualquier líder que trata de impedir la salida de estas emociones puede estar seguro de saltar hecho pedazos en la explosión subsiguiente.

Varios comentaristas han dado a entender que una banda de militantes se habían apoderado de la iniciativa, y que los líderes "sanos y cabales" se encuentran sumidos en la acción contra su voluntad para evitar que les sean arrebatadas las riendas de las manos. No cabe duda de que existen, y seguirá habiéndolas, divergencias de opinión entre los líderes negros, diferencias relativas a ciertos métodos específicos, tácticos; pero describir el significado de los acontecimientos recientes como el acaparamiento del control por unos cuantos que han postergado a los demás es exagerar la importancia de las divergencias de opinión. Los enemigos del progreso racial —y hasta algunos de sus "amigos" que "están con él, pero no tan deprisa"— estarían encantados de pensar que el caos impera en las filas vanguardistas del movimiento de los derechos civiles.

La pura verdad es que la unión del movimiento es una de sus características más notables, de importancia primordial. El hecho de que diversas organizaciones insistan con énfasis diverso en ciertas opiniones tácticas no implica desunión. Unión no ha significado nunca uniformidad. De otra forma, no hubiera sido posible que hombres tan profundamente

demócratas como Thomas Jefferson y George Washington, un radical como Thomas Paine y un autócrata como Alexander Hamilton dirigiesen una revolución norteamericana que fue un dechado de unión. Jefferson, Washington, Paine y Hamilton pudieron colaborar porque el deseo de libertad de los colonos había madurado hasta convertirse en mandato poderoso. Esto es lo que ha ocurrido con el empeño del negro en liberarse a sí mismo. Cuando el clamor de justicia se ha tornado fuerza palpable, ya no se le puede resistir. Es esta una verdad que un liderato capaz y una sociedad comprensiva acaban aceptando.

En la lucha actual hay un positivo cauce de acción. No hay solución alternativa, porque la alternativa implicaría una marcha hacia atrás, y el negro, lejos de aceptar retroceder, ni siquiera quiere aguardar. En esta revolución no se han pensado planes de retirada. Los que no sepan incorporarse al movimiento acabarán percatándose de que el paso de los que avanzan les dejó atrás.

Escribió alguien: "Cuando se tiene razón, no se puede ser demasiado radical; cuando se está equivocado, no se puede ser demasiado conservador". El negro sabe que tiene razón. No se ha organizado para conquistar, ni para despojar, ni para esclavizar a los que le han lesionado. Su meta no consiste en apoderarse por la violencia de lo que pertenece a otro. Tan solo quiere, y obtendrá, lo que le pertenece por derecho propio. Cuando se considera que estos derechos y privilegios, que durante tanto tiempo le han sido negados, los codicia como presa de su ambición impertinente, no cabe más que una sola contestación, salida de lo más hondo del ser negro; contestación que se puede sintetizar con las tradicionales palabras norteamericanas: "Si esto es traición, cométase lo más posible de ella".

Cuanto antes reconozca nuestra sociedad que la Revolución negra no es una llamarada efímera que pasará pronto, dejando en su lugar una plácida pasividad, más fácil será para todos nosotros el futuro.

III

De entre las muchas tareas vitales que deben llevarse a cabo, la nación no debe limitarse a modificar radicalmente su actitud hacia el negro en el presente apremiante, sino que, además, tiene que incluir en su plan para el futuro ciertas medidas de compensación por el atraso heredado de un pasado de injusticia. Es imposible crear una fórmula para el futuro que no tenga en cuenta que nuestra sociedad ha estado durante cientos de años haciendo algo especial *en contra* del negro. ¿Cómo, entonces, se le podrá absorber en la corriente principal de la vida norteamericana si no hacemos algo especial *para* él ahora, con el fin de equilibrar la ecuación y de ponerle en condiciones de competir sobre una base justa y equitativa?

Cada vez que se trae a colación este tema del trato de compensación o de preferencia del negro, algunos de nuestros amigos retroceden espantados. Están de acuerdo en que hay que garantizar la igualdad al negro, pero que este no debiera pedir más. Superficialmente, esto parece razonable, pero no es realista. Porque es evidente que si un hombre llega al punto de salida de la carrera trescientos años después que otro, tendría que realizar algún prodigio humanamente imposible para conseguir alcanzar al otro corredor.

Hace varios años, el primer ministro Nehru me explicaba cómo estaba tratando su país de resolver el problema de los "intocables", problema no del todo ajeno al dilema del negro norteamericano. El primer ministro reconocía que muchos hindúes abrigan todavía cierto prejuicio contra personas que llevan largo tiempo oprimidas, pero que se ha hecho impopular expresar este prejuicio bajo cualquiera de sus formas. Este cambio de clima se debió en parte al liderato moral del difunto Mahatma Gandhi, que dio el ejemplo a la nación adoptando a una intocable como hija suya. Se debió también en parte a la Constitución india, que especifica que la discriminación contra los intocables es un delito, castigable con pena de prisión.

El Gobierno hindú invierte anualmente millones de rupias en desarrollar la vivienda y las oportunidades laborales en pueblos poblados por un número abrumador de intocables. Y lo que es más, dijo el primer ministro que si dos postulantes compiten para ingresar en un colegio o en la universidad, siendo uno de ellos intocable y perteneciendo el otro a una casta elevada, se ordena a la escuela que admita al intocable.

El profesor Lawrence Reddick, que me acompañaba durante la entrevista, preguntó: "¿Pero acaso no es esto discriminación también?".

"Bueno, puede ser —contestó el primer ministro—. Pero es nuestra manera de expiar los siglos de injusticias que hemos estado infligiendo a esos hombres".

Norteamérica tiene que encontrar su propia forma de expiar las injusticias que ha infligido a los ciudadanos negros. No sugiero la expiación por la expiación, ni porque sea necesario el autocastigo. Sugiero la expiación como el medio moral y práctico para elevar la condición del negro a un nivel realista.

Ante el nuevo dilema norteamericano, la pregunta importante no es la de "¿qué más quiere el negro?", sino, más bien, la de "¿cómo podemos devolver la libertad real y patente a nuestros conciudadanos de color? ¿Qué camino justo será el que resulte más rápido y más completo? ¿Y cómo combatimos la rémora y vencemos los obstáculos hijos de los defectos del pasado?".

Se necesitan nuevas fórmulas para resolver el problema porque hemos llegado a una nueva fase en el desarrollo de nuestra nación y de la décima parte de sus ciudadanos. La fuerza embravecida de la rebelión negra y la verdadera buena voluntad de muchos norteamericanos blancos indican que ha llegado la hora de pensar y obrar ampliando nuestros horizontes.

El negro no está luchando hoy por unos derechos abstractos y vagos, sino por una mejora concreta cuanto rápida de su estilo de vida. ¿De qué le valdría poder mandar a

sus hijos a un colegio integrado si el ingreso familiar es insuficiente para comprarles la ropa escolar? ¿De qué le valdría tener permiso para mudarse a un barrio integrado si no lo puede hacer porque está parado o porque tiene un trabajo mal remunerado y sin porvenir? Durante los *sit-ins* de los *snack* de los almacenes en Greensboro (Carolina del Norte), un cómico de *night-club* observó que si hubiesen servido a los manifestantes, algunos de ellos no hubiesen podido pagar la cuenta. ¿Qué gana el negro con que se deje establecido que se le podrá servir en restaurantes integrados, o que se le alojará en hoteles integrados, si sigue vinculado a la servidumbre económica que no le permitirá salir de vacaciones, ni siquiera salir a cenar con su mujer? Los negros necesitan, además del derecho a entrar en cualquier establecimiento abierto al público, que se les absorba en nuestro sistema económico de forma tal que puedan permitirse ejercitar su derecho.

La lucha por los derechos es, en última instancia, una lucha por las oportunidades. Cuando reclama algo especial, el negro no está pidiendo limosna. No desea languidecer dependiendo de la beneficencia más de lo que a cualquier otro le atrae esta perspectiva. Tampoco quiere que se le dé un trabajo que no puede desempeñar. Sin embargo, tampoco quiere oír que no hay lugar para él en un sitio donde se le puede formar para desempeñar el trabajo respectivo. Por eso, la igualdad de oportunidades debe ir acompañada de una ayuda práctica, realista, que le capacitará para beneficiarse de ellas. Dar un par de zapatos a un hombre que no ha aprendido a andar es una burla cruel.

La adopción de medidas especiales para los desheredados ha sido siempre aceptada en principio por los Estados Unidos. La Liga Nacional Urbana, en una declaración excelente, ha destacado el hecho de que nada extraño encontramos en el Plan Marshall y en la asistencia técnica a los pueblos atrasados del mundo entero, a la vez que sugería que no hay por qué hacer menos que esto para nuestras multitudes atrasadas. A lo largo de la historia hemos

demostrado nuestra adhesión a este principio. Era el principio subyacente a la entrega de tierras a los cultivadores que habían luchado en el Ejército revolucionario. Era inherente a las leyes que establecían el trabajo de los niños, a la seguridad social, a la compensación del paro, a los programas de retención de la mano de obra y a un sinnúmero de otras medidas que la nación aceptó por parecerle lógicas y morales.

Durante la Segunda Guerra Mundial, nuestros hombres del frente estuvieron privados de ciertas ventajas y oportunidades. Para remediarlo, se los dotó de un conjunto de derechos de los veteranos, no casualmente llamado un "*Bill* de los Derechos". Los puntos más destacados de este Bill de los Derechos incluían subsidios para estudios mercantiles o instrucción universitaria, con la subsistencia pagada durante el periodo de estudios. Fueron concedidas a los veteranos autorizaciones legales para comprar pisos sin numerario disponible, a un interés más bajo que el normal y con unos plazos más elásticos. Podían negociar préstamos de los bancos para lanzar negocios propios, saliendo el Gobierno fiador de cualquier pérdida. Les fueron otorgadas ventajas especiales que los situaban preferentemente en la competición por los puestos de la Administración estatal. Se los dotó con cuidados médicos y ayuda económica a largo plazo si su servicio militar había menguado sus facultades físicas. Además de estos derechos legalmente garantizados, un ambiente poderosamente favorable dio durante muchos años preferencia al empleo de los veteranos en todos los ámbitos de la vida norteamericana.

Así es como estaba compensando la nación al veterano por el tiempo que había perdido, en perjuicio de su escolaridad, de su carrera o de su negocio. Este trato de compensación fue aprobado por la mayoría de los norteamericanos. No se dudará de que el negro ha sufrido más privaciones que el ciudadano blanco. Son pocos los que tienen en cuenta el hecho de que, además de doscientos años de esclavitud, el negro lleva todos los años desde entonces a acá siéndole

robado el fruto de su trabajo. Ninguna montaña de oro constituiría compensación bastante de la explotación y la humillación padecidas por el negro en Norteamérica durante todos estos siglos. Toda la riqueza de esta sociedad opulenta no sería suficiente para pagar la cuenta. Sin embargo, se puede poner un precio a los salarios impagados. La antigua *common law* siempre aportó un remedio a la apropiación del trabajo de un ser humano por otro. Hay que imponer la aplicación de esta ley en beneficio del negro norteamericano. El pago tendría que revestir la forma de un ingente programa de medidas especiales de compensación, patrocinado por el Gobierno, y que podría considerarse como el saldo de una deuda según la práctica inveterada de la *common law*. Estas medidas resultarían, desde luego, más baratas que cualquier cómputo de la deuda basado en dos siglos de salarios adeudados y el consiguiente interés acumulado.

Estoy proponiendo, pues, que, lo mismo que otorgamos el Bill de los Derechos a los veteranos de la guerra, lance Norteamérica un gigantesco y amplio Bill de los Derechos para los Desheredados o Desaventajados, nuestros veteranos del largo sitio de negativas.

Una ley como esta podría adaptar casi todas las concesiones hechas al soldado que volvía de la guerra, sin gravar indebidamente nuestra economía. Un Bill de los Derechos para los Desheredados transformaría inmediatamente las condiciones de vida del negro. La más profunda alteración no provendría tanto de las ventajas específicas del mismo como de la transformación básica del negro, tanto en lo psicológico como en su motivación. Desafiaría a los escépticos a que sometieran a prueba durante el próximo decenio este nuevo enfoque tan audaz. Estoy seguro de que la disminución de la deserción escolar, del número de hogares rotos, de la estadística criminal, de las dilatadas listas de la beneficencia y otras calamidades sociales resultaría muy notable. El cambio de la psicología humana suele entrañar un proceso lento, pero, aun así, se puede pronosticar razonablemente que cuando un pueblo

está preparado para el cambio, como el negro prueba estarlo ahora, la respuesta tiene que ser rápida y constructiva.

En tanto que la gran mayoría de los negros de Norteamérica se incluyen en la categoría de los desheredados, son también tres millones de blancos pobres los que se beneficiarían de esta ley. La justificación moral de medidas especiales en favor de los negros está basada en las depredaciones inherentes a la institución de la esclavitud. Muchos blancos pobres son víctimas de la esclavitud. Mientras el trabajo estuvo despreciado por la servidumbre involuntaria del negro, la libertad del trabajo blanco, en el Sur sobre todo, no pasó de ser poco más que un mito. Su libertad se limitaba a discutir sobre la reducida base que la esclavitud imponía a todo el mercado del trabajo. Y tampoco desaparecieron estas cadenas cuando la esclavitud formal cedió el paso a la esclavitud de hecho de la discriminación. Hasta hoy, el blanco pobre sufre también las privaciones y la humillación de la pobreza, ya que no las propias de la pigmentación de la piel. El grillete de la discriminación les tiene encadenados, aunque su estigma de degradación no les marque visiblemente. Corrompe sus vidas, desvanece sus oportunidades y marchita su instrucción. Hasta cierto punto es peor para ellos, porque ha confundido a tantos con el prejuicio que han estado sosteniendo a sus propios opresores.

No es sino un problema de justicia el que Norteamérica, al actuar de modo creador en su tarea de sacar al negro del atraso, salve también al dilatado número de los blancos pobres olvidados. Un Bill de los Derechos para los Desheredados podría ser el punto de partida de una nueva era en la que se pondrían a contribución todos los recursos de la sociedad en la lucha contra la pobreza tenaz que tan paradójicamente existe en medio de tanta abundancia.

La nación tendrá que encontrar también la solución del máximo empleo, sin dejar de proveer de modo más eficaz que lo viene siendo hasta ahora a la neutralización de los peligros de la automación. Actualmente, cuando el negro, sea

peón o trabajador semiespecializado, trata de ascender por los peldaños de la seguridad económica, se encuentra compitiendo con el blanco en el preciso instante en que la automación elimina cuarenta mil puestos de trabajo semanales. Por más que esto sea producto inevitable del progreso social y económico, sigue siendo una situación intolerable, pero los negros no están dispuestos a que se les enfrente con los trabajadores blancos en una carrera por la obtención de unos puestos de trabajo cada vez más limitados. El aumento enérgico y creador de oportunidades de trabajo, tanto en los sectores públicos como privados de la economía, es un imperativo digno de la nación más rica del orbe, cuya abundancia es un baldón mientras siguen aprisionados y constantemente renovados sus millones de pobres dentro de una población creciente.

Se necesita, además de este programa económico, la organización de un aparato de asistencia social a gran escala. Generaciones enteras han sido dejadas atrás mientras la mayoría de la población seguía su marcha hacia delante. Estas generaciones perdidas no estuvieron nunca en condiciones de poder adquirir los conocimientos sociales básicos de modo funcional: conocimiento de lectura, escritura, aritmética; forma de pedir un trabajo; de ejercitar los derechos ciudadanos, incluido el derecho de voto. Y, lo que es más, la pobreza rural y urbana no se ha limitado a embrutecer ciertas vidas; además ha creado disturbios emocionales, muchos de los cuales hallan su expresión en actos antisociales. Las víctimas más trágicas son los niños, cuyos padres depauperados, en su lucha denodada por el pan de cada día y por un techo bajo el que vivir, han sido incapaces de crear un hogar estable, preciso para un crecimiento armonioso de las mentes en ciernes.

Las oportunidades y la posibilidad de explotarlas son todavía demasiado poco si de verdad se quiere asegurar la igualdad, la justicia y el decoro en nuestra vida nacional. Existe una inexcusable necesidad de declaración oficial de la ilegalidad de nuestras actuales prácticas jurídicas, tan

grotescas. Nos hallamos en una sociedad donde la ley suprema de la nación, la Constitución, se hace inoperante en una gran parte del territorio nacional. Las leyes estatales, de condado, municipales, y su correspondiente práctica, desatienden los mandatos constitucionales tan descaradamente como si cada comunidad fuese algún ducado medieval independiente. Suponiendo que sea aprobada en la actual sesión del Congreso una poderosa legislación de los derechos civiles, y en caso de seguirle un Bill de los Derechos para los Desheredados, su aplicación topará todavía con una gran resistencia en muchos puntos del país.

En los años treinta, la nación tenía ante sí un desafío parecido al presente. Elementos antagónicos y poderosos se oponían fuertemente por todo el país a los esfuerzos de los trabajadores por conquistar un jornal decoroso y unas condiciones de trabajo decentes. No deja de ser interesante observar que algunos de los estados que actualmente se oponen a los progresos de los derechos civiles son los mismos que se opusieron en los años treinta a los esfuerzos sindicales. Entonces como ahora, el llegar a penetrar en miles de comunidades para garantizar los derechos de sus ciudadanos, por encima de la oposición de intereses contrarios a ellos, planteó al poder federal un importante y complejo desafío.

El Gobierno nacional acertó con un método para resolver el problema. Se aprobó la Wagner Act, por la cual se autorizaba al mundo del trabajo a organizarse. Se nombraron comisiones laborales regionales, con la facultad de investigar los hechos, de emitir órdenes obligatorias para quienes las recibían y, por medio de estas atribuciones, de imponer obediencia. Como es natural, la fuerza de un movimiento laboral reciente, con un arma contundente como la huelga, estimuló la cooperación. El doble efecto de una ley amplia, apoyada por un Gobierno que vela por su ejecución, y por la fuerza del trabajo organizado, convirtió a miles de ciudadelas desgarradas por el conflicto, enemigas del mundo del trabajo, en comunidades ordenadas y unidas.

Una ley encaminada a conseguir el efecto alcanzado por la Wagner Act podría entrañar perfectamente la solución de la aplicación de los derechos civiles durante el próximo decenio. Hace poco, el senador Harrison Williams, de Nueva Jersey, propuso al Senado un proyecto que abarcaba fórmulas parecidas a estas. Habría que estimular a otros senadores en busca de soluciones legislativas tendentes a enfocar la posibilidad de medidas de esta clase.

IV

Las normas a las que deberá atenerse la acción futura tienen que ser examinadas no solo partiendo de la fuerza inherente al movimiento de los derechos civiles, sino también teniendo por base el estudio de la resistencia que todavía nos queda por vencer. Aunque podemos celebrar que el movimiento de los derechos civiles haya alcanzado su madurez, hemos de reconocer asimismo que la obstinación del Sur sigue inquebrantada. No se puede negar que hemos progresado mucho: harto significativo es que haya surgido en algunas regiones del Sur una poderosa fuerza industrial y financiera que está dispuesta a transigir con el cambio con tal de evitar un nuevo caos. Este grupo, a su vez, hace posible el brote de una clase media que coopera en la división del frente monolítico de la segregación. La Iglesia, los grupos sindicales y dedicados a las relaciones humanas articulan actualmente en el Sur unos sentimientos que tan solo hace unos años habrían sido condenados por traicioneros en esta región. Sin embargo, una fuerza social poderosamente encastillada, convencida de que no tiene que soltar prenda en ningún punto importante de veras, sigue dominando la vida meridional norteamericana. Hasta en el Norte, el deseo de conservar el *statu quo* mantiene una dureza igual a la de la piedra, pese a todas las apariencias.

Para asegurar que el funcionamiento de la democracia tan bien iniciado en el verano de 1963 seguirá adelante, sin detenerse, durante los tiempos venideros, el movimiento

negro de la libertad necesitará afianzar y ampliar sus alianzas con grupos de ideología parecida en toda la comunidad. Ya el negro ha salido del complejo dilema de un progreso rápido o una pobreza persistente, como un elemento poderoso, insatisfecho, vibrante, armado con un método para la articulación y la realización del programa. Su ejemplo no ha sido ignorado por ninguna de las razas que viven en circunstancias igualmente desesperantes. Dentro de poco, inevitablemente, una legión sólidamente asentada de desheredados, tanto blancos como negros, se unirá y reestructurará un orden caduco que lleva demasiado tiempo basado en la injusticia.

En el caso del mundo del trabajo organizado, una alianza con el movimiento negro en defensa de los derechos civiles no es una mera posibilidad, sino una necesidad. Si los negros casi no tienen derechos en el Sur, los del trabajo son escasamente superiores; si bien los negros tienen una influencia política insuficiente en el Congreso, la situación del mundo del trabajo al respecto es poco mejor; si la automización constituye una amenaza para el negro, lo mismo puede decirse en cuanto al trabajo organizado. La negativa por parte del Consejo Nacional de la AFL-CIO a apoyar la Marcha sobre Washington fue una equivocación y sirvió para corroborar la sensación dominante de que los sindicatos no solo a escala nacional, sino a menudo también a nivel local, carecen de figuras de primera fila, de vigor y de modernidad. Este defecto es tanto más evidente cuanto que la historia del trabajo encierra una tradición muy fecunda de comprensión hacia los problemas raciales. Cuando los sindicatos lucharon por que se les reconocieran, allá por los años treinta y cuarenta, convirtiéndose así en el problema principal de "derechos civiles", en aquella época, los negros desheredados se unieron a ellos en estas luchas enconadas y compartieron todos los sacrificios que se derivaron de aquella acción. Los negros que ahora luchan por su propio reconocimiento tienen derecho a esperar más de sus viejos aliados. Nada detendría más ni mejor a las fuerzas del progreso en la vida que un cisma entre el negro y los

sindicatos.

Otra alianza necesaria es la unión con el Gobierno federal. Incumbe al Gobierno obrar resueltamente junto al movimiento por la libertad. En este conflicto hay un bando equivocado y un bando que tiene razón, y no le corresponde al Gobierno estar entre ambos.

Sin los recursos del Gobierno federal, la tarea de lograr unos derechos civiles reales será siempre excesiva para las organizaciones extraoficiales. No se suele comprender hasta qué punto el peso de la responsabilidad, según las decisiones judiciales como las del Tribunal Supremo sobre la integración escolar, recae sobre el negro individual que se ve obligado a entablar un proceso para obtener sus derechos. En la práctica, los norteamericanos más pobres, frente a adversarios fuertemente pertrechados, tienen que financiarse y sostener, porque así se espera de ellos, un complicado litigio que puede llegar a costar decenas de miles de dólares. Haber preparado soluciones de esta clase para remediar las iniquidades existentes en nuestra vida nacional era de por sí una concesión a los segregacionistas. Las consecuencias perjudiciales de este procedimiento traban el progreso hasta hoy. La solución no se logrará más que si el Gobierno asume la responsabilidad de cuantos problemas judiciales puedan presentarse, ante el hecho de que el pobre y el parado están ya sosteniendo un combate en condiciones desiguales para poder subsistir. La obligación de acumular fondos para hacer frente a las acciones legales es una carga intolerable para los que ya soportan demasiadas.

Nadie pudo discutir los problemas raciales con el presidente Eisenhower sin ser presa de emociones contradictorias. Su sinceridad personal acerca del particular se perfilaba muy claramente, y tenía una extraordinaria capacidad de transmitírsela a sus interlocutores del momento. Sin embargo, no sabía hacerla llegar al público ni tampoco definir el problema como asunto de suma importancia dentro del país. Siempre pensé que fracasó porque sabía que sus colaboradores y consejeros no

compartían sus puntos de vista y porque carecía de inclinación a la lucha por sus convicciones, aun las más sentidas. Y lo que es más, el presidente era incapaz de comprometerse en nada que entrañase un cambio estructural del edificio de la sociedad norteamericana. Su conservadurismo era hierático, rígido, y cualquier mal que deformase el rostro de la nación tenía que ser extraído pedazo a pedazo con pinzas, porque el bisturí del cirujano era el instrumento más eficaz para conseguir la mejor de todas las sociedades posibles.

El presidente Kennedy tenía una personalidad profundamente paradójica. De hecho, había dos John Kennedy. Uno fue presidente durante los dos primeros años, bajo la presión de la incertidumbre creada por una victoria alcanzada con un margen tan sutil como el filo de una navaja. Vaciló, tratando de fijar la dirección que había de seguir su liderato, a la vez que conservaba y fortalecía el apoyo popular a su Administración. Sin embargo, en el año 1963 había emergido un nuevo Kennedy; había descubierto que la opinión pública no era un molde rígido. El pensamiento político norteamericano no necesitaba atenerse al conservadurismo, al radicalismo o a la moderación. Era, ante todo, fluido. Y, por serlo, constaba de tendencias más que de rígidos carriles, y un liderato enérgico podía encauzarla por conductos constructivos.

El presidente Kennedy no solía abandonarse a manifestaciones sentimentales de sus emociones. Sentía, sin embargo, los imperativos del dinamismo y de la necesidad de un cambio social. Su labor en pro de la amistad mundial constituyó un valiente paso adelante a escala mundial. Su último discurso sobre las relaciones raciales fue el más fervoroso, el más humano y el más profundo llamamiento a la comprensión y a la justicia jamás formulado por un presidente desde los primeros días de la República. Uniendo su intuición para el liderato a un programa de progreso social, cuando murió estaba pasando por un proceso de transformación que, de un adalid vacilante con metas

inseguras que era, le convertía en figura poderosa con objetivos profundamente seductores.

El asesinato del presidente Kennedy, además de a un hombre, mató un acervo de ilusiones. Echó abajo el mito de que se puede confinar el odio y la violencia en una habitación cerrada utilizada contra unos cuantos nada más. De pronto se expandió esa verdad de que el odio es epidémico; de que crece y se difunde lo mismo que una enfermedad; de que ninguna sociedad está lo bastante sana como para ser automáticamente inmune. Si hubiese asolado el Sur una epidemia de viruela, habrían instado al presidente Kennedy a que se alejase de la zona: había una plaga que se cebaba en el Sur, pero no se percibieron sus peligros.

Los negros saben demasiado trágicamente de asesinatos. En la vida de los adalides de los derechos civiles, el silbido de la bala alevosa, el estampido de la bomba han roto demasiadas veces el silencio de la noche. El linchamiento como arma política ha sido sustituido por estos métodos. Hace algo más que diez años, la muerte violenta visitó a Mr. Tarry T. Moore y a su esposa, jefes del NAACP en Florida; el reverendo George Lee, de Beizoni (Mississippi), fue asesinado a tiros en el umbral del Palacio de Justicia de una localidad rural. Los atentados mediante bombas se multiplicaron. 1963 fue un año de asesinatos. Medgar Evers, en Jakson (Mississippi); William Moore, en Alabama; seis chicos negros en Birmingham: ¿quién negará que también se trataba de asesinatos políticos?

La lacra imperdonable de nuestra sociedad ha sido el no detener a los asesinos. Es duro decirlo, pero no cabe duda de que la causa de la indiferencia residió en la identidad de las víctimas. Casi todos eran negros. Y así fue extendiéndose la plaga, hasta que arrebató al más eminente de los norteamericanos, un presidente profundamente querido y respetado. Las palabras de Jesucristo: "Lo que habéis hecho al más pequeño de entre los míos, me lo habéis hecho a mí" eran algo más que metafóricas. Eran una profecía literal.

Todos tuvimos que ver con la muerte del presidente

Kennedy. Hemos tolerado el odio; hemos tolerado el enfermizo estímulo a la violencia en todos los aspectos de la vida; y hemos tolerado la aplicación diferencial del derecho, que consiste en decir que la vida de un hombre es sagrada siempre y cuando sus puntos de vista coincidan con los nuestros. Esto puede explicar el alud de luto que inundó la nación el pasado mes de noviembre. Enterramos a un hombre que se había convertido en el orgullo de la nación, pero nos lamentamos también por nosotros mismos, porque sabíamos que estábamos enfermos.

Embargado por el pesar y el remordimiento, el pueblo norteamericano ha deseado elevar un monumento lo bastante alto como para honrar a John Kennedy. Hay ahora aeropuertos, puentes, centros espaciales y autopistas que llevan su nombre. Sin embargo, las bases para el más fantástico de todos los tributos que se le rindan quedaron echadas en los días que siguieron inmediatamente a su muerte. Louis Harris, que investigaba la reacción de la nación ante el asesinato, entrevistando a una muestra representativa del país, escribió que "la muerte del presidente Kennedy produjo un cambio profundo en el pueblo norteamericano; un rechazo total del extremismo, sea de derecha o de izquierda, junto con una sensación individual de culpabilidad por no hacer más en pro de la tolerancia con los demás". Si el final trágicamente prematuro de John Kennedy resulta haber dilatado hasta ese punto el sentido humanitario de toda una nación, este será de por sí un monumento de una solidez a toda prueba.

Tuve la fortuna de reunirme con Lyndon Johnson cuando era vicepresidente. No aspiraba entonces a la presidencia, y estaba en busca de su papel bajo las órdenes de un hombre que no solo tenía que acabar un ejercicio de cuatro años, sino del que, además, muchos esperaban confiados que sería otros tantos años jefe del Ejecutivo. Así que los problemas principales resultaban más fáciles de abordar y no estaban velados por consideraciones de tipo político.

Su enfoque del problema de los derechos civiles no era

idéntico al mío; ni tampoco esperaba yo que lo fuese. Pero su cauta experiencia no quería, sin embargo, ocultar una indiferencia no sentida. Su interés directo, emocional e intelectual era genuino y carecía de adornos. Era evidente que buscaba una solución a un problema del que sabía que era una de las mayores rémoras de la vida norteamericana. Cuando partí estaba confirmado en mi convencimiento de que un enfoque indiferenciado de los blancos del Sur podría ser un grave error, demasiado tentador para los líderes negros en el calor del encono. Cuando después escribí en *The Nation* que los blancos del Sur estaban dividiéndose, pensaba en el vicepresidente, así como al decir que era preciso llevar el progreso más allá, metiendo una cuña entre los segregacionistas rígidos y los nuevos elementos blancos cuyo amor por su país era mayor que la influencia de viejos hábitos y costumbres.

Actualmente, el liderato de Johnson ha pasado del ámbito regional al nacional. Sus manifestaciones recientes, tanto públicas como privadas, indican que tiene una visión amplia de los problemas contemporáneos. Ha visto que la pobreza y el desempleo son catástrofes graves y en aumento, y sabe que los que más sufren de este holocausto económico son los negros. Por eso, ha señalado la doble meta de luchar contra la discriminación dentro de la guerra contra la pobreza.

No dudo de que seguiremos en desacuerdo acerca del ritmo y de los métodos tácitos adecuados para resolver la crisis presente. Pero tampoco dudo de que el presidente se propone la solución con sinceridad, con realismo y, hasta ahora, con buen criterio. Espero que su camino continuará siendo recto y verdadero. Haré cuanto esté en mis manos para que así sea, brindándole mi apoyo franco cuando sea adecuado y presentándole mi oposición decidida cuando sea necesario.

V

Durante muchos meses, cuando la campaña electoral de

1960, me instaron mis amigos más íntimos a que me declarase públicamente en favor de John Kennedy. Pasé muchas horas de turbación buscando la decisión más responsable y lógica. Me impresionaban sus cualidades, muchos aspectos de su vida y de su programa. Había aprendido a respetar su atractivo personal y su despierta inteligencia. Además, les estaba personalmente agradecido, a él y a su hermano Robert Kennedy, por su intervención durante mi encarcelamiento en Georgia, en 1960.

Sin embargo, me pareció que el peso de la historia se oponía a una declaración formal de apoyo. Ningún presidente, salvo quizás Lincoln, brindó jamás bastante apoyo a nuestra lucha por la libertad como para justificar nuestra confianza. Entonces tuve que llegar a la conclusión de que los hechos hasta entonces conocidos acerca de Kennedy no eran suficientes como para determinar un juicio incondicional en favor suyo. Hoy en día, creo todavía que el movimiento en defensa de los derechos civiles tiene que conservar su propia independencia. Y, sin embargo, de haber vivido el presidente Kennedy, lo habría respaldado abiertamente en las elecciones siguientes.

No llego a esta conclusión tan solo porque he aprendido a confiar más en el presidente Kennedy. Quizás importe más el hecho de que hayamos llegado a una nueva fase en el movimiento en defensa de los derechos civiles, momento que requiere una política distinta. Lo que ha cambiado es nuestra fuerza. El incremento inmenso de su poder ha dado a nuestro movimiento una mayor capacidad de maniobra y una seguridad sustancial. Es ahora lo bastante fuerte para formar alianzas, comprometerse a cambio de promesas, y, si estas promesas no se cumplen, su fuerza es suficiente como para proseguir su camino sin quebrarse ni debilitarse.

Los negros se han colocado desde siempre demasiado lejos del centro real de las decisiones políticas. Son pocos los grupos minoritarios que durante tanto tiempo y tan rígidamente como los negros han sostenido una postura de retraimiento político y de inhibición ante los partidos. Los

alemanes, los irlandeses, los italianos y los judíos, al cabo de un periodo de aclimatación, se introdujeron en organizaciones políticas y ejercieron su influencia. Los negros, en parte porque así lo querían ellos, pero, sobre todo, por exclusión, han actuado siempre fuera de las estructuras políticas, funcionando, eso sí, esencialmente como grupo de presión, aunque con efectos limitados.

Durante algún tiempo, este retraimiento protegió al negro de la corrupción y de la manipulación por los *bosses* de la política. El cínico líder de distrito que encamina su grey ignorante hacia las urnas a votar ciegamente según lo que él manda es un fenómeno relativamente poco frecuente en la vida del negro. Los contadísimos *bosses* negros carecen de rebaños crédulos. Los que les apoyan lo hacen porque están convencidos de que esos hombres son sus únicos portavoces directos. En general, los negros siguen siendo esencialmente escépticos, polarizados hacia un solo problema y de mentalidad independiente. Su falta de estudios formales deja de ser una barrera cuando se trata de formular opciones inteligentes entre varias alternativas.

El problema real de los negros ha consistido en que muy pocas han sido las veces en que les han sido brindadas soluciones adecuadas entre las cuales elegir. La vida política, en general, no ha atraído a los mejores elementos de la comunidad negra, y los candidatos blancos que expresasen sus puntos de vista fueron contadísimos, a la vez que tenían que pasar muchos años hasta que se presentase el siguiente. Sin embargo, al salvar la trampa de la dominación por adalides indignos, los negros cayeron en el lodazal de la inactividad política. Se libraron de caer víctimas de cualquier grupo político eludiendo todo apoyo decidido a cualesquier clase de organización e individuos.

El precio que por esto pagaron se reflejó en la escasa influencia que pudieron ejercer en pro de un programa positivo. Pero, en los últimos años, como consecuencia de sus programas de acción directa, su potencial político se ha evidenciado tanto para ellos como para sus líderes políticos.

Todos los ámbitos negros están reflexionando acerca del papel que les corresponde desempeñar en la vida política. La conclusión ya sabemos cuál es: ya es hora de que los negros abandonen su abstracta neutralidad política y pierdan su timidez en materia de alianzas electorales. Si tenemos presente que alianza no significa entrega, nuestra independencia permanecerá intacta. Podemos y tenemos que apoyar a candidatos cuyas obras justifiquen que podamos confiar en ellos. Podemos hacerlo porque somos fuertes; tenemos que hacerlo porque los que trabajan con nosotros tienen que ver que podemos ayudarlos de un modo efectivo. Y, en cambio, los que nos niegan su apoyo no tienen que pensar que nadie se beneficiará del nuestro, sino que es preciso hacerles comprender que cuando desdeñan, puede ser que pierdan, y, además, que triunfe su adversario.

Grande es ahora el potencial negro en materia de poder político. Los negros están estratégicamente situados en las grandes ciudades, especialmente en el Norte, pero también en el Sur, y estas urbes son a su vez decisivas en las elecciones estatales. Estos mismos estados son la clave en unas elecciones presidenciales reñidas y determinan no pocas veces el resultado final. Este factor único da a los negros un inmenso peso que gravita sobre la balanza del poder. Los efectos de este apalancamiento del negro son ya evidentes. En Carolina del Sur, por ejemplo, el margen de 10.000 votos que dio el triunfo al presidente Kennedy en 1960 provenía del electorado negro. Desde entonces se han añadido a los censos electorales del Sur unos quinientos mil votantes negros más. Actualmente, un cambio de los votos negros podría trastocar el resultado de varios comicios estatales y modificar el resultado de unas elecciones presidenciales.

Y, lo que importa más, los elementos subjetivos del poder político —tenacidad, agresividad, disciplina— son asimismo atributos del nuevo movimiento. Los líderes políticos sienten infinito respeto por cualquier grupo que tiene energía de sobra para llamar a las puertas, poblar las calles y

escoltar a los votantes hasta las urnas. Los negros, en sus manifestaciones y campañas para hacerse registrar en los censos electorales, han estado adquiriendo una excelente preparación, particularmente en estas tareas. También puede ser que tengan más disciplina que cualquier otro grupo, porque la disciplina se ha convertido en una verdadera condición para sobrevivir. Piénsese en la potencia política que sería generada si los millones de norteamericanos que marcharon en 1963 empeñasen directamente sus energías en el proceso electoral.

En algunos estados y ciudades del Sur una alianza de hecho entre los votantes negros y los blancos simpatizantes ha elegido ya un nuevo tipo de funcionarios locales: no integracionistas, pero tampoco segregacionistas. Conforme extiendan los negros sus enérgicas campañas de votación y de registro en los censos electorales, y vayan cobrando importancia electoral numérica, se irán desplazando estos funcionarios del punto muerto en que se hallan, al tiempo que irán encontrando paulatinamente el valor necesario para defender abiertamente la integración.

En el ámbito nacional, el Congreso está hoy dominado por reaccionarios del Sur cuyo control de los comités más importantes les permite determinar el curso que seguirá la legislación. Las trabas puestas al negro para el ejercicio de sus derechos electorales y la abstención ante las urnas de los blancos pobres han permitido al diputado del Congreso (del Sur) deducir su elección de un grupo pequeño al que maneja fácilmente para que lo reelija una y otra vez. Unidos con los reaccionarios del Norte, estos legisladores, que son cualquier cosa antes que representativos, han paralizado la nación, impidiendo una acción que se necesita con urgencia. Tan solo con el crecimiento de un electorado ilustrado, blanco y negro a la vez, podemos acelerar la desaparición de este amordazamiento centenario impuesto por una minoría al proceso legislativo de la nación.

Hay quienes se horrorizan ante la idea de un frente político, y más aún un frente negro, que suscita visiones de

exclusivismo de la raza negra. Este temor, sin embargo, carece de fundamento. La meta de un frente electoral no es el exclusivismo, sino la eficacia: al formar un bloque, un frente, una minoría logra que se oiga su voz. La minoría negra se unirá para la acción política por la misma razón por la que tratará de obrar en alianza con otros grupos: porque así puede obligar a la mayoría a que la escuche.

Conviene recordar que los frentes electorales no son algo insólito en la vida norteamericana, ni tampoco son algo malo de suyo. Sus metas determinan su calidad moral. En años ya pasados, los sindicatos, los granjeros, los hombres de negocios, los veteranos y varias otras minorías nacionales han votado como un solo bloque acerca de diversos problemas, y todavía lo siguen haciendo muchas de ellas. Si los objetivos son buenos, y si decide acerca de cada problema según sus características propias, el frente electoral es una fuerza sana en el escenario de la política. Los negros votan ya de hecho formando como un frente espontáneo. Votaron arrolladoramente por el presidente Kennedy, y antes que él, por el presidente Roosevelt. Un desarrollo conducente a la formación de un frente consciente les daría más flexibilidad, más recursos para la negociación, mayor claridad en sus ideas y un mayor tino en su enjuiciamiento de candidatos y programas. Además, una mayor intervención en la vida política, como grupo, les dará más independencia. Desarrollado consciente y creadoramente, el poder político puede algún día llegar a convertirse en el más eficaz de los nuevos instrumentos al servicio de la liberación del negro.

Precisamente porque los negros pueden convertirse fácilmente en una fuerza compacta, consciente y vigorosa en la política, es por lo que tienen que hacer algo más que alcanzar sus propias metas raciales. Nada necesita la política norteamericana tanto como una inyección de ese idealismo, de ese autosacrificio y de ese sentido del deber cívico que constituye el marchamo de nuestro movimiento. Hasta ahora son relativamente pocos los líderes negros con talento y personalidad irreprochable que han intervenido activamente

en una política de partido. Hombres como el juez William Hastie, Ralph Bunche, Benjamin Mays, A. Philip Randolph, para no citar más que a unos cuantos, han permanecido alejados del escenario político. En el periodo próximo, ellos y muchos otros tienen que ingresar en la vida política en calidad de candidatos y ejercer sobre ella su influjo humano y honrado, a la vez que comunicarle su propio punto de vista.

Porque cuanto exige el negro con toda justicia de sus conciudadanos no corresponde a un intento de desechar toda responsabilidad. Las tareas que le incumben son todavía fundamentales; implican riesgos y sacrificios para los que ya ha demostrado estar dispuesto. Tendrá, además, que adquirir nuevos conocimientos, aprender a cumplir con nuevos deberes, y tendrá que adoptar constructiva y creadoramente un nuevo estilo de vida. Pregúntese a un preso liberado después de años de reclusión en una cárcel qué esfuerzos se propone realizar al asumir los privilegios y las responsabilidades de la libertad, y se verá con claridad meridiana la inmensidad de la tarea que aguarda a los negros en los años venideros.

VI

Uno de los aspectos de la lucha por los derechos civiles que es objeto de escasa atención es su contribución a mejorar toda la sociedad. Al conquistar derechos para sí, el negro produce beneficios sustanciales para la nación. De la misma forma que un médico tendrá que volver a abrir, dado el caso, una herida, porque una infección peligrosa acecha bajo la apariencia de estar medio curada, la revolución en defensa de los derechos humanos está dejando al descubierto las zonas enfermas de la vida norteamericana, a la vez que propicia una nueva cura que será radical. A la postre, el movimiento por los derechos civiles habrá beneficiado a la nación en algo más que la mera supresión de la injusticia racial. Habrá dilatado el concepto de la fraternidad hasta convertirlo en una visión de la interdependencia más

completa. Ese día, la consigna del canónigo John Donne, "Ningún hombre es una isla", hallará en Estados Unidos su aplicación más genuina.

Al enjuiciar todas las consecuencias de la revolución para la conquista de los derechos civiles, parece que su contribución más eficaz pueda situarse en el ámbito de la paz mundial. El concepto de la no-violencia se ha difundido a gran escala por los Estados Unidos como instrumento del cambio operado en el ámbito de las relaciones raciales. Hasta la fecha, tan solo unos cuantos de los que practicaban la acción directa no-violenta se adherían a su filosofía. La inmensa mayoría se ha valido de ella de modo pragmático, como arma táctica, pero sin estar preparados para vivirla.

Sin embargo, son cada vez más los hombres que han empezado a ver en esta poderosa ética una forma de vida necesaria en un mundo donde el desarrollo aceleradísimo de la potencia nuclear ha traído a la vida armas capaces de aniquilar la humanidad. Los acuerdos políticos ya no son lo bastante seguros como para proteger la vida contra el peligro de tan devastador final. Se necesita una filosofía que la masa pueda aceptar y que pueda más que la resignación a una muerte súbita.

Ya no es el idealista ni el obsesionado por el cataclismo quien busca alguna fuerza de control capaz de contrarrestar los medios de destrucción. Son muchos los que claman por ella. Tarde o temprano, todos los pueblos del mundo, sin que para nada importen los sistemas políticos en que viven, tendrán que descubrir una forma de convivir en paz.

El hombre nació en la barbarie, donde matar al prójimo era una condición normal de existencia. Luego se le dotó de una conciencia. Y ahora ha llegado para él el día en que la violencia contra otro ser humano tiene que convertirse en algo tan abominable como devorar la carne de otro ser humano.

La no-violencia, la solución del problema de los negros puede convertirse en la solución del más vital de los

problemas de toda la humanidad.

TENGO UN SUEÑO

PRONUNCIADO EN LA ESCALINATA DEL LINCOLN MEMORIAL EN WASHINGTON D.C. EL 28 DE AGOSTO DE 1963.

Hace ya un siglo, un americano excepcional, bajo cuya simbólica sombra nos encontramos hoy, firmó la Declaración de Emancipación. Aquel decreto tan decisivo trajo una nueva luz de esperanza a millones de esclavos negros que se consumían en las abrasadoras llamas de la mayor de las injusticias. Aquel decreto fue el amanecer de un nuevo día de felicidad que ponía fin a la larga noche de cautiverio.

Hoy, sin embargo, cien años después, debemos afrontar la trágica realidad: los negros todavía no son libres. Cien años después, la libertad de los negros continúa padeciendo serias parálisis a causa de las esposas de la segregación y las cadenas de la discriminación. Cien años después, el negro vive en una isla solitaria regentada por la pobreza en medio de un vasto océano de prosperidad materialista. Cien años después, el negro todavía languidece en las esquinas de la sociedad norteamericana y se procura un exilio en su propia tierra. Estamos hoy aquí, pues, para poner de manifiesto esta deplorable situación.

Por así decirlo, hemos venido hoy a la capital de nuestra nación a hacer efectivo un cheque. Cuando los artífices de nuestra república escribieron las magníficas palabras de la Constitución y de la Declaración de Independencia, firmaron en realidad un pagaré que iban a heredar de pleno derecho todos y cada uno de los norteamericanos. Dicho pagaré materializaba la promesa de que todo hombre tendría garantizados el derecho inalienable a la vida, a la libertad y a

la búsqueda de su felicidad.

No cabe duda de que hoy Norteamérica ha defraudado el compromiso que adquirió con dicho pagaré respecto a sus ciudadanos de color. En vez de honrar aquella sagrada obligación, Norteamérica ofreció a sus gentes negras un cheque que no era conforme y que les ha sido devuelto por "falta de fondos". Con todo, nos negamos a creer que el banco de la justicia esté en bancarrota. Nos negamos a creer que no hay fondos suficientes en las enormes arcas de oportunidades de esta nación. Y, por eso, hemos venido a hacer efectivo nuestro cheque, un cheque que nos ofrecerá la riqueza de la libertad y la seguridad de la justicia. También estamos en este sitio santificado para recordar a Norteamérica la intensa urgencia que nos impone el presente. No tenemos tiempo para permitirnos el lujo de "iniciar unas negociaciones" ni es el momento de tomarse la píldora tranquilizante del gradualismo. Al contrario, ha llegado el momento de emprender el vuelo desde lo más profundo del oscuro valle de la segregación hacia la vía llena de luz de la justicia racial. Ha llegado el momento de abrir las puertas de las oportunidades a todos los hijos de Dios. Es el momento de sacar a nuestra nación de las arenas movedizas de la injusticia racial y asentarla sobre la sólida roca de la solidaridad.

Pasar por alto la urgencia que se impone hoy sería catastrófico para nuestra nación, del mismo modo que lo sería subestimar el convencimiento del pueblo negro. Este acalorado verano del legítimo descontento de los negros no terminará hasta que llegue un otoño revitalizante colmado de libertad e igualdad. 1963 no es un final, sino un principio. Los que esperan que los negros se desahogaran y que ahora estarán satisfechos tendrían un brusco despertar si la nación volviera mañana a sus negocios como siempre. No habrá calma ni tranquilidad en Norteamérica hasta que se garanticen al pueblo negro sus derechos de ciudadanía. Los remolinos de la rebelión continuarán sacudiendo los cimientos de nuestra nación hasta el luminoso día en que

emerja la justicia.

Sin embargo, hay algo que debo decir a la gente de mi pueblo que hoy espera en el templado umbral del palacio de justicia. En el proceso de obtención de nuestra legítima posición no hemos de ser culpables de actos reprochables. No nos permitamos satisfacer nuestra sed de libertad bebiendo de la copa de la amargura y del odio.

Siempre debemos llevar nuestra lucha por las elevadas esferas de la dignidad y la disciplina. No debemos permitir que nuestra reivindicación espiritual degenere en violencia física. Una y otra vez hemos de elevarnos hacia las esferas en que se une la fuerza física con la fuerza espiritual. La excepcional nueva militancia que ha revolucionado a la comunidad negra no ha de llevarnos a desconfiar de todo el pueblo blanco, puesto que muchos de nuestros hermanos blancos, tal como lo evidencia su presencia hoy aquí, se han dado cuenta de que su destino está atado al nuestro y de que su libertad se encuentra inextricablemente enlazada a la nuestra. No podemos caminar solos.

Y a medida que vamos caminando, hemos de prometernos que continuaremos adelante. No podemos volver la vista atrás. Los hay que preguntan a los partidarios de los derechos civiles: "Pero ¿cuándo vais a estar satisfechos?". Nunca podremos sentirnos satisfechos mientras nuestros cuerpos, que cargan con la pesada fatiga del viaje, no encuentren reposo en los hoteles de caminos o ciudades. Nunca podremos sentirnos satisfechos mientras la movilidad básica del negro se reduzca a salir de un gueto pequeño para meterse en uno mayor. Nunca podremos sentirnos satisfechos mientras el negro de Mississippi no pueda votar y el negro de Nueva York crea que no tiene nada por lo que le merezca la pena votar. No, no estamos satisfechos, y no lo estaremos hasta el momento en que la justicia fluya como el agua y la libertad como un caudaloso río.

Soy consciente de que algunos de vosotros habéis pasado por terribles desgracias y sufrimientos antes de llegar aquí. Algunos salís directamente de estrechas celdas oscuras.

Otros venís de zonas donde vuestra búsqueda de libertad os ha sumido en la más violenta de las tormentas de persecución y donde los vientos de la brutalidad policial os han abofeteado y destrozado. Sois los veteranos del sufrimiento espiritual original. Continuad trabajando con la certeza de que el sufrimiento que no os merecíais será vuestra redención.

Volved a Mississippi, volved a Alabama, volved a Georgia, volved a Luisiana, volved a los guetos y suburbios de nuestras ciudades norteñas con la certeza de que, de algún modo, esta situación puede cambiar y cambiará. No nos sumamos en el valle de la desesperación.

Os estoy diciendo, amigos, que a pesar de las dificultades y frustraciones que minan nuestro presente, todavía me queda un sueño. Y se trata de un sueño que está profundamente enraizado en el mismo sueño americano.

Tengo el sueño de que un día esta nación se levantará y hará revivir el verdadero significado de su credo: "Consideramos que estas verdades son irrefutables: que todos los hombres fueron creados iguales".

Tengo el sueño de que un día, en las rojas colinas de Georgia, los hijos de antiguos esclavos y los hijos de antiguos propietarios de esclavos podrán sentarse juntos alrededor de una mesa de hermandad.

Tengo el sueño de que un día, incluso el estado de Mississipi, un estado desértico, que se abrasa bajo el calor de la injusticia y la opresión, se convertirá en un oasis de libertad y justicia.

Tengo el sueño de que mis cuatro hijos vivirán un día en una nación donde no serán juzgados por el color de su piel, sino por el contenido de su espíritu.

Yo tengo un sueño.

Tengo el sueño de que un día, el estado de Alabama, cuyo gobernador escupe hoy palabras de interposición e invalidación, se convertirá en un lugar en que los niños

negros y las niñas negras podrán coger la mano de los niños blancos y las niñas blancas y caminar juntos como hermanas y hermanos.

Yo tengo un sueño.

Tengo el sueño de que un día todos los valles se elevarán y todas las colinas se allanarán, los lugares rocosos y arduos se suavizarán y los caminos tortuosos se harán rectos, y se reconocerá la gloria del Señor y todas las almas así lo sentirán.

Esta es nuestra esperanza. Esta es la fe con que vuelvo al Sur. Con esta fe seremos capaces de tallar, de la gran cantera de desesperación, una piedra de esperanza. Con esta fe seremos capaces de transformar las estridentes discordias de nuestra nación en una armoniosa sinfonía de hermandad. Con esta fe seremos capaces de trabajar juntos, rezar juntos, luchar juntos, ir juntos a prisión, alzarnos juntos a favor de la libertad, con la firme certeza de que un día seremos libres.

Este será el día en que todos los hijos de Dios cantarán con un nuevo significado *Mi país, hecho por vos, dulce tierra de libertad, sobre vos mismo canto*. Tierra donde murieron mis padres, tierra orgullo del peregrino, de detrás de cada montaña, dejemos que nos llame la libertad.

Y si Norteamérica está destinada a ser una gran nación, esto debe hacerse realidad. Dejemos que la libertad nos llame desde las excepcionales cimas de New Hampshire. Dejemos que la libertad nos llame desde las impresionantes montañas de Nueva York. Dejemos que la libertad nos llame desde las elevadas Alleghenies de Pensilvania.

Dejemos que la libertad nos llame desde las nevadas Rocosas de Colorado.

Dejemos que la libertad nos llame desde las onduladas cimas californianas.

Y no nos contentemos con eso: dejemos que la libertad nos llame desde la Montaña de Piedra de Georgia.

Dejemos que la libertad nos llame desde la Montaña Lookout de Tennessee.

Dejemos que la libertad nos llame desde todas y cada una de las colinas y las cimas de Mississipi. Desde todas y cada una de las laderas, dejemos que la libertad nos llame.

Cuando dejemos que la libertad nos llame, cuando dejemos que nos llame desde todos los pueblos y aldeas, desde todos los estados y todas las ciudades, entonces podremos impulsar y hacer emerger el día en que los hijos de Dios, hombres negros y hombres blancos, judíos y gentiles, católicos y protestantes, podrán unir sus manos y cantar las palabras del viejo espiritual negro: *¡Por fin libres! ¡Por fin libres! ¡Gracias al Dios Todopoderoso, por fin somos libres!*

MARTIN LUTHER KING

DISCURSO DE ACEPTACIÓN DEL PREMIO NOBEL

Acepto el Premio Nobel de la Paz en un momento en que veinte millones de negros de los Estados Unidos de América luchan en una batalla espiritual para terminar con la larga noche de la injusticia racial. Acepto este galardón en calidad de representante de un movimiento a favor de los derechos civiles que avanza con paso firme y con un excepcional desprecio por el riesgo y el peligro, con el fin de instaurar un reino de libertad y la soberanía de la justicia.

Soy consciente de que ayer, en Birmingham, Alabama, nuestros hijos, que reclamaban solidaridad, recibieron como única respuesta ráfagas de fuego, perros rabiosos e incluso la muerte. Soy consciente de que ayer mismo, en Filadelfia, Mississippi, unos jóvenes que intentaban ejercer su derecho al voto resultaron heridos y asesinados. Ayer mismo también, más de cuarenta edificios de culto del estado de Mississippi fueron bombardeados o quemados porque ofrecían refugio a aquellos que no estaban dispuestos a aceptar la segregación.

Soy consciente de que la pobreza más acuciante oprime a mi gente y la encadena ineludiblemente al peldaño más bajo de la escala económica.

Por eso, me siento obligado a preguntaros por qué se concede este premio a un movimiento que está limitado y condenado a una lucha inexorable; a un movimiento que no ha conseguido la paz y la solidaridad que constituyen la esencia de este Premio Nobel.

Después de una larga meditación, concluyo que el premio que recibo, en nombre de dicho movimiento, constituye el profundo reconocimiento de que la no-violencia es la

respuesta al más trascendental de los dilemas políticos y morales de nuestra era: la imperiosa necesidad de que los hombres venzan la opresión y la violencia sin pagar a cambio con la misma moneda.

Civilización y violencia son dos términos antitéticos. Los negros de los Estados Unidos, siguiendo el ejemplo de los pueblos de la India, han demostrado que la no-violencia no es igual a pasividad estéril, sino que ejerce una poderosa fuerza moral que contribuye a la transformación social. Tarde o temprano, todos los ciudadanos del mundo tendrán que encontrar un modo de convivir en paz y, para eso, deberán convertir esta elegía cósmica sin resolver en un salmo espiritual de hermandad.

Y si lo conseguimos, los hombres deberán desarrollar un método para tratar con los conflictos humanos que rechace el uso de la venganza, la agresión y la toma de represalias. Los cimientos de tal método son el amor. El tortuoso camino que nos ha llevado de Montgomery, Alabama, hasta Oslo corrobora esta verdad. Es un camino por el que millones de negros están viajando en busca de un nuevo sentido de la dignidad.

Se trata del mismo camino que ha abierto una nueva era de progreso y esperanza para todos los norteamericanos. Del mismo modo, nos ha llevado a un nuevo proyecto de ley sobre los derechos civiles y, estoy convencido de ello, constituye una senda que se ensanchará y prolongará hasta convertirse en la mayor de las autopistas de justicia, a medida que cada vez más hombres negros y hombres blancos vayan creando alianzas para superar sus problemas comunes.

Acepto hoy este galardón con una profunda y sólida fe en Norteamérica y una fe cargada de osadía en el futuro de la humanidad. Me niego a aceptar la desesperación como respuesta definitiva a las ambigüedades de la historia. Me niego a aceptar la idea de que la tendencia a conformarse con la simplicidad de lo que "es", propia de la naturaleza humana de nuestros días, haga a los hombres de hoy moralmente incapaces de alcanzar el eterno "lo que debería ser" que

siempre se les ha planteado.

Me niego a aceptar la idea de que el hombre no es más que un fardo de restos y desechos en el río de la vida y que no es capaz de intervenir en los acontecimientos que se producen a su alrededor. Me niego a aceptar la visión de que la humanidad esté tan irremediablemente encadenada a la tenebrosa noche del racismo y la guerra, que el resplandor del nuevo amanecer en paz y hermandad jamás se pueda hacer realidad.

Me niego a aceptar la cínica creencia de que todos y cada uno de los países deban iniciar un descenso en espiral por la escalera de la militarización para acabar en el infierno de una destrucción termonuclear. Creo firmemente que la verdad desarmada y el amor incondicional tendrán la última palabra en nuestra realidad inmediata. Esta es la razón por la que el bien que ha sido derrotado temporalmente es más fuerte que el mal triunfante.

Creo que, incluso entre los estallidos de los motores y los silbidos de balas tan frecuentes hoy en día, todavía queda esperanza para un mañana más luminoso. Creo que la justicia mutilada, que yace postrada en los ríos de sangre que son las calles de nuestros países, todavía puede ser rescatada de esta oscura vergüenza y reinar en plena supremacía entre nuestros hijos.

Me atrevo a creer que todo el mundo, dondequiera que se encuentre, ha de poder confiar en tres comidas al día para el cuerpo, educación y cultura para la mente, y dignidad, igualdad y libertad para su espíritu. Creo que aquello que los hombres egoístas han destruido pueden reconstruirlo los hombres altruistas. Todavía creo que un día la humanidad se inclinará ante los altares de Dios y se coronará vencedora sobre la guerra y las masacres, y que la buena voluntad falta de violencia será proclamada ley en la tierra.

"Y el león y el cordero yacerán juntos y cada hombre reposará bajo su propia vid y su higuera, y ninguno de ellos tendrá miedo".

Todavía creo que venceremos.

La fe puede armarnos de valentía para afrontar las incertidumbres del futuro. Procurará a nuestros pies cansados la fuerza necesaria a medida que avanzamos de un paso seguro hacia la ciudad de la libertad. Cuando nuestros días se vuelvan tristes y se cierna sobre nuestras cabezas una estera gris de nubes bajas, y cuando nuestras noches sean más oscuras que boca de lobo, entonces sabremos que nos encontramos dentro del torbellino espiritual de una civilización genuina que lucha por salir a la luz.

Hoy vengo a Oslo en calidad de representante, con gran motivación y renovada dedicación a la humanidad. Acepto este galardón en nombre de todos los hombres que aman la paz y la hermandad. Y digo que vengo en calidad de representante porque en lo más profundo de mi corazón me doy cuenta de que este premio representa, para mi persona, mucho más que un honor.

Cuando tomo un avión pienso siempre en las personas que hacen posible que el viaje sea satisfactorio: los pilotos, conocidos, y la no tan conocida tripulación.

Estáis rindiendo homenaje a los pilotos de nuestra lucha que, con gran responsabilidad, se sentaron ante los mandos cuando el movimiento hacia la libertad entraba en órbita. Estáis rindiendo homenaje, repito, al jefe Albert Luthuli de África del Sur, cuyas batallas con y por su pueblo siguen enfrentándose a la más brutal expresión de la inhumanidad del hombre contra el hombre.

Rendís homenaje a la tripulación, sin cuyo trabajo y sacrificios los vuelos hacia la libertad no habrían podido despegar jamás.

La mayoría de estas personas no aparecerán nunca en ningún titular ni en la revista *Who's Who*. Con todo, cuando hayan pasado los años y enfoquemos la luz de la verdad hacia esta maravillosa época en que vivimos, los hombres y las mujeres sabrán, y a los niños se les habrá enseñado, que tenemos una tierra mejor, que somos mejores personas y una

civilización más noble, porque estos humildes hijos de Dios estuvieron dispuestos a sufrir en interés de la justicia.

Me parece que Alfred Nobel sabría a lo que me refiero cuando digo que acepto este galardón del mismo modo que un conservador acepta una preciadísima reliquia de familia y la guarda en depósito para sus verdaderos propietarios: todos aquellos para los que la belleza es verdad y la verdad es belleza, y en cuyos ojos la belleza de la verdadera paz y hermandad es más valiosa que los diamantes, la plata o el oro.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

GARDNER, HOWARD (1998): *Mentes Líderes. Una anatomía del liderazgo*, Barcelona, Paidós.

KING, MARTIN LUTHER (1963): *Los viajeros de la libertad*, Barcelona, Fontanella.

— (1964): *Porque no podemos esperar*, Barcelona, Aymà.

— (1986): *I Have a Dream: Writings and Speeches That Changed the World*, San Francisco, HarperCollins.

KING, MARTIN LUTHER; BALDWIN, JAMES; MALCOM X y BEIFRAGE, CEDRIC (prol.) (1965): *La protesta negra*, México, Era.

VV AA (1964): *Man of the Year. Martin Luther King, Jr.*, Nueva York, Time.

VV AA (1977): *Martin Luther King*, Madrid, Hernando.

VV AA (1979): *Martin Luther King*, Bogotá, Norma.

VV AA (1984): *Luther King*, Madrid, Urbión.

NOTAS

1 * Cronología elaborada a partir de la "Major King Events Chronology: 1929-1968", de la Stanford University, y de la edición completa y definitiva de Zinn, Howard (2021): *La otra historia de Estados Unidos*, Logroño, Pepitas de Calabaza.

2 * Nota del autor: Esta contestación a una declaración publicada por ocho compañeros sacerdotes de Alabama (el obispo C. C. J. Carpenter, el obispo Joseph A. Durick, el rabino Hilton L. Grafman, el obispo Paul Hardin, el obispo Holan B. Harmon, el reverendo George M. Murray, el reverendo Edward V. Rarnage y el reverendo Earl Stallings) fue escrita en unas circunstancias bastante opresivas. Empezada en los márgenes del periódico en que se publicó la declaración mientras me encontraba en la cárcel, la carta fue continuada en pedazos sueltos de papel de escribir que me proporcionó un negro simpatizante también encarcelado, y que estaba empleado en la administración de la cárcel; la terminé en un bloc de papel de escribir que mis abogados recibieron autorización para entregarme. A pesar de que el texto permanece sustancialmente inalterado, me he permitido ejercitar la prerrogativa del autor puliéndola para su publicación.

3 . Boston Tea Party, alusión a la celebérrima concentración de ciudadanos de Boston, el 16 de diciembre de 1773, para proteger las decisiones contrarias a la importación adoptadas por la colonia, a bordo de tres buques ingleses recién llegados, de los que echaron por la borda el cargamento de té que traían. (N. del T.).

4 . "Espíritu del tiempo".